

MARICELA GUTIÉRREZ

Más allá del
HORIZONTE



Más allá
del

HORIZONTE



MARICELA GUTIÉRREZ



Título: Más allá del horizonte.
2017 ©Maricela Gutiérrez
©Todos los derechos reservados
1ªEdición: Septiembre, 2017
ASIN: B074GMM686
Safe Creative: 1708053237839

Diseño de Portada: China Yanly
Maquetación: China Yanly
chinayanlydesign@gmail.com

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor.

Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
sin el permiso del autor.



SINOPSIS

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete

Capítulo Dieciocho

Capítulo Diecinueve

Capítulo Veinte

Capítulo Veintiuno

Capítulo Veintidós

Capítulo Veintitrés

Más Allá del Horizonte.

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

*Para esos grandes amores que no conocen límites,
que viven en nuestros corazones eternamente,
y nos impulsan a creer que siempre,
siempre habrá algo más allá del horizonte.*





SINOPSIS

¿Acaso tiene límites el amor? Crecí rodeada de lujos, en un mundo de apariencias donde las normas dictan que debes ser feliz simplemente porque lo tienes todo; sin embargo, lo único que deseaba era por primera vez sentirme libre, entonces, un día conocí a Erik y desde el primer momento que lo vi, con sus expresivos ojos y su sonrisa amable, supe que nunca volvería a ser la misma. Él no tuvo una vida fácil, aun así, nunca dejó de creer en los sueños. Nosotros no debíamos amarnos, pues nos habían enseñado que éramos diferentes; pero juntos aprendimos que el corazón no hace distinciones y que nuestros sentimientos eran tan fuertes que podíamos enfrentarnos a todos los obstáculos que se presentaran, sin embargo, nada nos preparó para la montaña rusa de situaciones en la que se convertirían nuestras vidas.

Mi nombre es Sara y esta es mi historia, o ¿tal vez es la historia de Erik?, realmente no estoy muy segura, lo que sí puedo afirmar es que se trata de una gran historia de amor, un amor para el que no existían límites.

♥ Sara ♥



Capítulo Uno

Terminé de escribir en mi diario y lo guardé en el cajón de mi mesa de noche, me gustaba plasmar todos mis pensamientos, o tal vez era que me sentía tan solitaria que era la única forma de desahogarme; comencé a hacerlo desde niña, inicié escribiendo cartas a mi madre, a quien nunca tuve la oportunidad de conocer pues murió en un accidente a los pocos meses de yo haber nacido, desde entonces vivía con mi padre, quien estaba demasiado ocupado para notar mi existencia, aunque debía admitir que hasta cierto punto eso me gustaba, así no sería víctima de sus ataques verbales, era un hombre duro e implacable, que nunca soportó que su mujer no le hubiese dado un hijo varón y su mala suerte lo siguió acompañando en su segundo matrimonio, cuando su nueva esposa de nuevo le dio una hija mujer y luego otra más, después de muchos conflictos por fin se divorciaron y ella se mudó a Europa con sus dos hijas, tenía una buena relación con mi madrastra y hermanastras; después de todo, eran mi única familia, así que hablaba a menudo por teléfono con ellas ya que mi tirano padre no me permitía visitarlas. Le escribía a mi madre como una forma de sentirme cerca de ella, pero con el tiempo comprendí que se había ido y nunca leería mis cartas así que dejé de hacerlo, ahora solo escribía las cosas que me ocurrían a diario, no eran las más emocionantes pero en vista de que no tenía a nadie a quien contarle cómo me iba en mi día a día, se lo contaba a las hojas que me acompañaban en todo momento.

Miré el reloj y vi que eran las ocho de la mañana, decidí bajar a desayunar, solía levantarme temprano y desayunaba en la cocina, era algo que hacía a diario, ya que, aunque compartía la casa con mi progenitor, parecía que los empleados fueran mi familia; Anne, la cocinera era una mujer amable, que siempre me trataba con cariño, de haber conocido a mi madre, seguramente me hubiese gustado que fuera como ella. Me di un baño rápido, busqué entre mi ropa y decidí ponerme una falda larga de color verde y una blusa blanca sin mangas, unos zapatos planos de color negro; peiné mi largo cabello rubio en una trenza suelta y estaba lista, no solía usar maquillaje así que eso me ahorraba tiempo. Salí de mi habitación y caminé por el largo pasillo que llevaba a las escaleras, el piso estaba cubierto por una alfombra

persa que según mi padre era muy costosa pero que a mí me parecía espantosa, las paredes a cada lado se encontraban decoradas con cuadros de varios pintores famosos, a veces pensaba que el lugar parecía más una galería de arte que un hogar, bajé por las escaleras que llevaban a un amplio salón con pisos de mármol, una gran lámpara colgaba del techo, de nuevo el lugar estaba lleno de esculturas y pinturas, debía reconocer que algunas me gustaban, otras no eran más que adefesios aunque mi padre pagara fortuna por ellas, especialmente la que estaba justo en el centro, sobre una mesa, parecía una gran masa de donde sobresalían brazos como si se tratara de almas en pena queriendo escapar del infierno, la ignoré y me dirigí a la cocina, ese era el lugar de la casa que más me gustaba, era amplia, con electrodomésticos de acero inoxidable y unas puertas francesas de vidrio que daban directamente al jardín.

—Buenos días, Anne —dije en cuanto crucé la puerta, ella era la cocinera desde hacía muchos años, era una mujer de cuarenta y cinco años, con el cabello marrón muy corto, no era muy alta y tenía un poco de sobre peso, había llegado a la mansión trece años atrás, cuando yo tenía siete.

—Buenos días, señorita —justo iba a preguntarle qué había de desayuno cuando me di cuenta que no estaba sola, de pie a su lado había un chico bastante atractivo, de cabello y ojos marrones que escondían un aire de picardía y su mirada te hacía sentir como si tocara tu alma, vestía con jeans, camiseta negra y unas botas con los cordones sueltos, parecía unos pocos años mayor de los veinte que tenía yo, en seguida me puse nerviosa, era bastante tímida y me costaba relacionarme con las personas, tal vez fue porque mi padre nunca me permitió salir de casa, incluso estudié con tutores que iban a darme clases allí mismo, aunque ahora me permitía ir a la universidad, seguía sin poder comunicarme de forma adecuada con personas que no conocía—. Él es mi sobrino Erik —me dijo Anne señalando al chico—, a partir de hoy va a trabajar en el jardín.

—Mucho gusto, señorita —me habló él acercándose con la mano extendida, me quedé ahí como tonta sin saber qué hacer y justo cuando comenzaba a bajarla me di cuenta de mi grosería y me apresuré a tomarla.

—Mucho gusto, yo soy Sara, bienvenido —cuando le dije eso, una gran sonrisa se dibujó en su rostro haciéndolo ver aún más atractivo, no tenía ninguna experiencia con los hombres, pero sin duda él en seguida me agradó.

Anne se apresuró a servir el desayuno, que consistía en huevos revueltos, bacón, tostadas, frutas picadas, jugo de naranja y café, comimos en una agradable charla, así fue como descubrí que Erik era hijo de la hermana de Anne, que trabajaba como jardinero para ayudar a su madre, mientras iba a la universidad en las noches con una beca que había ganado; a sus veintitrés años tenía el carácter de un hombre incluso mayor. Me sentía muy bien hablando con él, por eso me decepcioné cuando se despidió para ir a trabajar, lo vi salir por la puerta que daba al jardín y una idea cruzó por mi cabeza, ayudé a recoger los platos rápidamente, me despedí de Anne y corrí a mi habitación, justo cuando estaba llegando a las escaleras, algo me detuvo.

—Sara —la fuerte voz de mi padre me hizo detener, giré lentamente esperando la reprimenda que sabía que vendría a continuación y obviamente no estaba equivocada, nadie pensaría a simple vista que era un hombre despiadado, a sus cincuenta y cinco años seguía sientiendo un hombre atractivo, con su cabello negro apenas salpicado por algunas canas y unos ojos azules que a veces se veían tan fríos como el hielo, pero que lograba engañar a quienes lo rodeaban, porque cuando se lo proponía podía ser un hombre encantador, incluso muchas mujeres buscaban sus atenciones—, ¿se puede saber qué haces corriendo por la casa como una cabra loca?, ¿acaso son esos los modales que te enseñaron los tutores a los que les pagué un dineral por tu educación?, definitivamente eres un caso perdido, ni siquiera sé por qué sigo perdiendo tiempo y dinero en ti —bajé la cabeza sin responder nada, sus palabras dolían, aunque estaba acostumbrada a ellas—, aléjate de mi vista, no soporto verte.

Caminé despacio subiendo las escaleras y cuando por fin llegué a mi cuarto dejé salir las lágrimas, quería entender por qué seguía odiándome cuando yo no había hecho nada para merecerlo, entonces recordé el motivo por el cual él corría y decidí olvidar el incidente con mi padre; total, eso nunca iba a cambiar, limpié mis lágrimas y me encaminé a la ventana, corrí la cortina y miré tratando de esconderme para que no me descubriera y ahí estaba él, cavaba y sembraba flores, mientras movía la cabeza al ritmo de alguna canción que escuchaba a través de los audífonos que se podían ver en sus orejas. A pesar de sus jeans viejos y su camisa ya sucia por la tierra, seguía siendo el chico más guapo que había visto, estuve un rato observándolo como una adolescente que espía a su vecino guapo, el cual sabe que jamás se fijará

en ella; era extraño, nunca me había interesado por ningún chico pero Erik en unos pocos minutos y unas cuantas palabras logró cautivarme, finalmente se movió a otro punto del jardín y lo perdí de vista, así que, dando un suspiro resignado busqué en mi colección de libros y me dispuse a leer uno sobre un príncipe que rescataba a su princesa. Uno de esos que yo nunca iba a encontrar.



Capítulo Dos

Salí de la cocina dejando a mi tía con la chica, era muy linda, con su cabello rubio recogido en una trenza y su falda muy larga, me recordó a esas princesas medievales, sus llamativos ojos verdes hacían que te perdieras en ellos, siempre escuchaba a mi tía hablar de su niña, pero la imaginaba más como una chica consentida y mimada, me sorprendió descubrir que en realidad era muy agradable, tal vez un poco tímida pero aun así, se podía hablar con ella fácilmente; sin embargo, tenía muy claro que no podíamos ser amigos, sabía por referencias que su padre era un ogro y yo no quería problemas, necesitaba el trabajo y no lo iba a perder solo por acercarme a la hija del jefe, no importaba lo hermosa que esta fuera, me puse mis audífonos y la canción *Fade To Black* de *Metallica* comenzó a sonar a todo volumen, así que me dispuse a trabajar, la jardinería no era lo que más me gustaba hacer, pero el trabajo como cargador de sacos en el mercado no me estaba dando lo suficiente, así que tuve que buscar otro para tener más ingresos, las medicinas de mi madre eran costosas y necesitaba el dinero; mi tía Anne se ofreció a recomendarme para el puesto y como siempre, al mal tiempo puse buena cara, ya encontraría algo mejor cuando me graduara de ingeniero automotriz, me encantaban los carros, por eso había escogido esa carrera, me costó mucho

ganar la beca pero lo había logrado, así que cualquier esfuerzo me parecía poco.

Comencé a tararear la canción mientras sembraba las plantas con flores de diversos colores, el jardín era amplio, había una enorme piscina compuesta por varias cascadas, en el centro de esta se encontraba una pequeña isla donde se apreciaba un bar, el lugar gritaba lujo por donde quiera que se mirara y me pregunté qué tan vacío tienes que estar para llenarlo todo con ese tipo de exageraciones, dejé de perder el tiempo en mirar el entorno y me dediqué a lo que había venido, reemplacé algunas que ya habían cumplido su ciclo de vida y se marchitaron, hacía un calor del demonio, me pasé la mano por la frente para limpiar el sudor y cuando levanté la cabeza, un movimiento llamó mi atención, miré disimuladamente hacia la ventana del segundo piso y allí estaba ella tratando de esconderse pero sin lograrlo del todo, algo en su semblante había llamado mi atención y era la melancolía que se podía apreciar en sus ojos, siempre pensé que la gente rica era feliz solo por eso; sin embargo, parecía todo menos dichosa, de todos modos no era mi asunto, volví a lo que estaba y un rato después de terminado mi trabajo me moví hacia otro lugar desde donde se veía la chica de pie en la ventana, pero estaba seguro de que no podía verme, un momento después desapareció.

El día transcurrió sin ningún inconveniente, a las cinco mi tía me permitió usar el baño del servicio para darme una ducha y salir corriendo a la universidad, me vestí con mis jeans viejos y mi camiseta negra y salí disparado para llegar a tiempo a mi primera clase, fui hasta donde había dejado mi moto, era lo único de valor que poseía y me sentía orgulloso de decir que la compré con mi esfuerzo. Al llegar me encontré con mi amigo Jack y mi novia Leah, una chica en apariencia agradable pero que se tornaba asfixiante por momentos, no entendía bien por qué seguía con ella, llevábamos seis meses juntos, la primera vez que la vi me quedé embobado, era alta, con un cuerpo bien formado y una sonrisa que te quitaba el aliento, siempre usaba vestidos muy cortos y ajustados, caminaba como si se tratara de la reina del mundo, ondeando su cabello negro y liso que siempre traía suelto, era muy atractiva, pero eso era solo hasta que tenías que lidiar con su carácter endemoniado.

—¿Qué tal, chicos? —saludé en cuanto estuve a su lado, mi novia se

acercó para darme un beso y puse mi mano en su cintura, ella se aferró a mí de forma posesiva, eso era algo que no me agradaba mucho.

—Hey, ¿qué tal tu primer día de trabajo? —me preguntó Jack, enarcando una ceja ante la actitud de Leah, él no era muy fan de ella y no se preocupaba por ocultarlo, ambos sentían una especie de rechazo el uno por el otro y en varias ocasiones tuve que hacer el papel de mediador, situación que resultaba estresante.

—Estuvo bien, tendrías que ver ese lugar, no le cabe un solo lujo más —respondí tratando de que el ambiente negativo se distendiera.

—Ese señor Williams sí que sabe lo que es la buena vida, ¿lo has visto en la televisión alardeando como si fuera el dueño del mundo? —intervino Jack, ignorando a mi novia y metiéndose de lleno en la conversación.

—¿Alguna zorra ricachona que te echara el ojo? —sí, era imposible ignorarla por mucho tiempo, siempre encontraba la forma de llamar la atención, me giré ante su pregunta, esa era una de las cosas que más odiaba de ella, siempre se refería a las demás mujeres como zorras.

—¿Qué te hace pensar que todas son como tú? —le respondió mi amigo sonando enfadado, la vi abrir sus ojos y un gesto de furia se dibujó en su rostro, nadie que la viera pensaría que podía pasar de ángel a demonio en unos pocos segundos, supe enseguida que se formaría una discusión, así que intervine antes de que llegara más lejos.

—Ninguna, Leah, solo la hija del dueño, pero en realidad es una chica muy simpática —no sé porque la mencioné, pero durante el trayecto a la universidad había pensado mucho en ella y en su mirada triste; vi a Leah desviando su atención de mi amigo y se enfocó en mí, se acercó hasta casi quedar con su cara pegada a la mía mientras me daba una mirada de advertencia, esa que decía eres de mi propiedad y solo yo tengo derechos sobre ti.

—Ni se te ocurra acercarte a ella, Erik, te lo advierto —sus palabras me llenaron de ira, yo no era un objeto que tuviera un letrero en la frente que dijera: “prohibido acercarse, propiedad de Leah”, separé mi cara de la suya, odiando sentirla cerca.

—Guárdate tus amenazas estúpidas, no eres mi dueña para decirme a quien puedo acercarme y a quién no —le dije y me alejé de allí dejándola sola mientras mi amigo me seguía.

—Creo que es hora de terminar con esa mujer, no sé cómo la soportas —dijo cuando estaba a mi lado.

—Ese es el problema, ya no la soporto.

Durante el resto de las clases ya no vi a mi novia, cosa que me alivió; en algún momento me creí enamorado, pero ahora me daba cuenta que simplemente me dejé impresionar por su belleza, había sido un verdadero ingenuo, cuando ella se fijó en mí me sentí afortunado de que la chica más guapa de la universidad me prestara atención. Leah sabía cómo involucrarte y lograr que terminaras haciendo todo lo que ella quería y durante un tiempo lo hice, hasta que me di cuenta de cuan manipuladora podría llegar a ser. Salí de mi última clase y caminaba al estacionamiento, quería llegar rápido a casa para terminar algunos trabajos de la universidad pues al día siguiente tenía que levantarme muy temprano para ir a trabajar, primero al mercado y luego a la mansión con mi trabajo de jardinería, siempre terminaba a la madrugada, dormía poco, pero era lo que tenía y no me iba a quejar.

—Erik —escuché la voz de Leah a mi espalda y sabía que comenzaba su diatriba sobre el mal novio que era, me giré despacio para escuchar su sermón. Y ahí estaba, de pie con los brazos cruzados y haciendo un puchero como si estuviese a punto de llorar, sin embargo, la conocía bien y sabía que era solo un truco para hacerme sentir culpable y ya no le funcionaba—. No puedo creer que te fueras y me dejaras ahí, eres un desconsiderado y ahora sales y te vas sin esperarme, ya me estoy cansando.

—Eso suena genial, Leah, yo ya estoy cansado desde hace tiempo.

—¿Qué me quieres decir? —preguntó cambiando su puchero por un gesto de desconcierto, me impresionaba cómo su cara cambiaba de expresión sin que ella se diera cuenta.

—Eso, que no tiene sentido que sigamos juntos, las cosas entre nosotros no funcionan.

—Estás siendo drástico, solo por una discusión no puedes terminar la relación —había bajado su tono y ahora sonaba más conciliadora, incluso intentó acercarse, pero me alejé para que no pudiera tocarme, quería que entendiera que ya no producía ningún efecto en mí.

—Ese es tu problema, que siempre crees que eres el centro del mundo y no te das cuenta de lo que realmente pasa a tu alrededor, no es una simple discusión, son las múltiples discusiones que tenemos casi a diario, lo siento de verdad, pero no quiero seguir así —le dije mirándola directamente a los ojos, luego me volví para continuar mi camino.

—Erik, no puedes hacerme esto —corrió detrás de mí haciendo sonar sus zapatos de tacón en la acera, cuando logró alcanzarme me tomó del brazo clavándome sus uñas, ahora parecía poseída, sus ojos lanzaban llamas, esa era la verdadera Leah, la que se descomponía y hacía berrinches cuando no obtenía lo que quería —. ¿Quién te crees para botarme cuando se te dé la gana?, ¿se te olvida que eres un simple cargador de sacos?, yo podría estar con el hombre que quisiera, sin embargo, te elegí a ti —me gritó con desprecio.

—Pues entonces es momento de que acudas a alguno de ellos —le hablé haciendo presión en su mano para que me soltara, odiaba que me menospreciara, ella tampoco era rica, solo tenía un poco más de dinero que yo porque su padre era médico y podía pagarle sus estudios, me fui sin mirar atrás mientras la escuchaba gritar detrás de mí.

—Eres un estúpido, te vas a arrepentir y que te quede claro que tú no me botas, te boto yo a ti, imbécil cargador de sacos, eres un don nadie —por alguna razón sus palabras no me causaron molestia, simplemente hice de cuenta que no la escuchaba y seguí mi camino, al fin y al cabo, era cierto, al menos una parte de ello.

Regresé a mi casa cansado, aunque sintiéndome libre, mi madre ya se encontraba dormida pero como de costumbre hallé mi comida tapada sobre la mesa, comí rápidamente y luego fui a mi cuarto a estudiar, tenía un pequeño escritorio desgastado por el paso del tiempo y una silla de madera muy vieja que hacía un feo sonido cuando me movía, prendí la pequeña lámpara que usaba en las noches y saqué mis apuntes.

—¿A qué hora piensas dormir? —preguntó mi madre sobresaltándome, me giré para encontrarla de pie en la puerta mirándome con un gesto de ternura, estaba tan concentrado que no la había escuchado llegar, miré el reloj para ver que eran las tres de la mañana y tenía que estar de pie a las cuatro para ir a mi primer trabajo, me di vuelta en la silla para quedar de frente y ella caminó hacia mí, a pesar de tener solo cuarenta y siete años parecía mayor, su rostro que aún seguía siendo hermoso pese a las inclemencias de su enfermedad; había cortado su cabello marrón a la altura de sus hombros pues se le dificultaba peinarlo, aunque a veces yo le ayudaba con esa tarea, estaba vestida con su pijama favorito de color azul pálido con manga larga que le llegaba casi hasta los tobillos, solía hacerle bromas diciéndole que parecía

esas abuelitas antiguas, ella solo reía y me respondía que al menos estaba caliente en las noches.

—En un momento más, ya casi termino —dije pasándome las manos por mis ojos que ya comenzaban a cerrarse.

—Lamento tanto que tengas que trabajar tan duro —me dijo acercándose y poniendo su barbilla en mi cabeza—, no has podido disfrutar de tu juventud, siempre trabajando, siendo adulto antes de tiempo.

—Soy adulto mamá —respondí rodeándola con mis brazos y apoyando mi cabeza en su pecho, me gustaba el calor de mi madre, desde niño me gustaba que me abrazara porque me hacía sentir seguro, siempre usaba un perfume de jazmines y desde entonces cada vez que olía una flor de estas pensaba en ella.

—Sí, pero tuviste que serlo desde hace mucho tiempo, cuando los demás chicos de tu edad jugaban al fútbol tú estabas trabajando —dejé salir un suspiro y levanté la cabeza para estar frente a ella, sabía cómo se sentía desde que mi padre murió y nos quedamos solos, mi madre sufría de artritis y sus fuertes dolores no le permitían trabajar, así que fui yo quien se hizo cargo de todo con tan solo quince años, era cierto que tuve que crecer antes de tiempo, pero eso no me afectaba.

—Mamá, así es la vida, a algunos nos toca más complicado que a otros, lo importante es aprender a vivir con aquello que tenemos, ya ves, tú aprendiste a vivir con tu enfermedad y rara vez te quejas —me sonrió de esa forma que hacía siempre, con sus ojos llenos de ternura.

—No puedo quejarme cuando te tengo, eres el mejor hijo del mundo —habló mientras acariciaba mi cabello.

—Soy tu único hijo —le dije en tono de broma.

Después de la corta charla, mi madre regresó a dormir y yo terminé lo mío, solo dormí media hora, me di un baño mientras ponía la cafetera para preparar café, dejé listo el desayuno de mamá para que comiera cuando despertara, tomé mi café y salí corriendo. A las cinco estaba en el mercado, los camiones que traían los productos estaban listos y los otros cargadores ya se estaban preparando para comenzar a descargar, el lugar era enorme y llegaban camiones de todas partes del país, me dirigí al que sabía que me correspondía cuando escuché la voz de mi jefe que me llamaba, luego me hizo un gesto para que lo siguiera a su oficina, me dirigí allí preocupado, aunque el señor Roberts era un tipo bastante amable, nunca me había requerido antes.

—Siéntate, muchacho —me dijo cuando estuvimos en el interior.

—Buenos días, señor Roberts, usted dirá —hizo un movimiento de cabeza para devolverme el saludo mientras me invitaba a sentar. Era un hombre de estatura promedio, con su cabello peinado de lado y unos enormes lentes, siempre traía un pañuelo con el que se secaba el sudor constantemente.

—Verás, te llamé porque me gustaría hacerte una propuesta —lo observé en silencio esperando lo que iba a decirme—, sé que eres un buen chico y muy trabajador, también sé que te falta poco para terminar la universidad, tengo un hermano que tiene un taller automotriz y necesita un ayudante, pensé que tal vez estarías interesado, de paso haces un poco de lo que te gusta, sería solo los fines de semana, ¿qué me dices? —me sentí emocionado, claro que podía hacer lo que me gustaba ahí.

—No sabe cuánto le agradezco su ayuda señor —le dije estrechando su mano.

—No tienes que darme las gracias Erik, es solo más trabajo —sí, era más trabajo, pero también más oportunidades.

Me despedí del señor Roberts muy contento, y fui a terminar lo que estaba haciendo. A las siete finalicé y salí rumbo a la mansión para comenzar con un nuevo día, algo dentro de mí se sentía ansioso por ver de nuevo a la chica, sabía por mi tía que siempre desayunaba en la cocina con ella, así que tal vez la viera, sonreí y subí a mi moto; con los ánimos renovados me puse en marcha.



Capítulo Tres

Mi sueño era estudiar música, desde niña fui una apasionada de esta, pero mi padre se había empeñado en que tenía que estudiar derecho, prácticamente me había obligado a inscribirme en esa carrera, llevaba dos años yendo a la facultad y cada día la odiaba más, así que a escondidas había comenzado a tomar clases extras de música, compré un violín y siempre me cuidaba de que él no lo viera, era algo así como mi tesoro secreto, algunas veces aunque sonara tonto me hacía sentir bien al llevarle la contraria. Cuando tocaba me olvidaba del mundo, era como si la música me transportara a otra dimensión donde nada más importaba, siempre me aseguraba que él no estuviera cerca para perderme en mi mundo de notas musicales, pero esa mañana cuando pensé que no estaba en casa lo tomé y comencé a tocar, la música me envolvió y dejé que me calentara el alma, el fuerte golpe que produjo la puerta al ser abierta de forma brusca me sobresaltó, mi padre era amante de las entradas dramáticas, era como si de esa forma pudiera mostrar más su poder.

—¿Qué significa esto? —su fuerte grito resonó en la habitación, traté tontamente de esconder mi tesoro, pero era demasiado tarde, su sonido lo

había alertado, el hombre parecía tener oídos en cada rincón de la casa sin importarle que me hubiese mandado al rincón más alejado.

—Papá, por favor —intenté hablarle, pero se acercó y me lo arrancó de las manos lastimándome con las cuerdas, sentí el dolor, pero lo hice a un lado tratando de razonar con él.

—Te dije que no quería esta basura, eres una maldita descerebrada que no entiende cuando se te da una orden —lo vi levantarlo dispuesto a estrellarlo contra la pared, lo tomé del brazo queriendo impedir que lo hiciera, la bofetada vino sin que siquiera me diera tiempo a reaccionar, caí llevándome todo lo que estaba sobre la cómoda, frascos de lociones y algunos portarretratos con fotos de mi madre, el ruido de vidrios rotos no hizo que se detuviera, desde mi posición vi cómo mi tesoro era destruido mientras lo golpeaba una y otra vez, cada golpe se llevaba una parte de mis sueños, hasta que no quedó nada; cuando se aseguró de que estaba inservible lo tiró a mi lado—. Si te vuelves a pasar de lista te vas a arrepentir —me dijo con una mirada de odio, noté su respiración acelerada y el sudor que corría por su frente, salió dejando la puerta abierta de par en par y caminando como si de un dios se tarara, como si el mundo le perteneciera; intenté moverme con cuidado para no cortarme y fui hasta donde estaba mi violín o lo que quedaba de él, un río de lágrimas comenzó a correr por mis mejillas, me había costado tanto conseguirlo, todo mi esfuerzo destruido en segundos, todo lo que tenía no valía nada en manos de mi padre; a pesar de ser un hombre adinerado, pocas veces me permitía usar su dinero, así que comencé a hacer trabajos para algunos compañeros de la universidad y así junté lo suficiente para comprarlo, salí de la habitación con los restos en la mano sintiendo que había perdido lo único que de verdad me pertenecía.

Busqué el lugar más alejado de la casa, ese que me gustaba tanto porque me permitía estar sola, nadie se acercaba ahí, solía ir cuando no soportaba estar cerca de las demás personas que allí habitaban, me escondí detrás de un arbusto de celindo cuyas flores blancas y agradable olor me hacían sentir en paz, cerré mis ojos y mientras escuchaba los sonidos de las cigarras comencé a llorar abrazada a mi violín destruido, no supe cuánto tiempo estuve ahí, podía quedarme horas, cuando escuché una voz a mi espalda.

—¿Estás bien? —reconocí la voz de Erik enseguida, rápidamente me

limpié las lágrimas, avergonzada, ¿qué estaba haciendo ahí?

—Esto... sí, está todo bien —lo vi ponerse delante de mí y cuando levanté la cabeza para mirarlo a los ojos, estos se abrieron mucho.

—¡Mierda!, ¿quién te golpeó? —me llevé la mano a la mejilla tratando de cubrir el moretón que seguramente ya se veía y le di una respuesta tonta.

—Qué cosas dices, nadie me golpeó, es solo que soy algo torpe y tropecé —me miró de forma extraña, haciéndome sentir incómoda, sus ojos me evaluaron durante un momento.

—Ya veo y caíste sobre tu violín, además tu mano está sangrando —no era una pregunta, miré para ver que efectivamente tenía rastros de sangre, no solo en mi mano sino también en mi ropa.

—Sí, eso mismo —empuñé mi mano y me di cuenta que no dolía mucho, así que estuve segura que no era nada grave.

—Varias veces —eso tampoco era una pregunta y supe por sus palabras que no creía nada de lo que le había dicho.

—Creo que mejor me voy —me puse de pie para marcharme, pero él me detuvo sujetándome por el brazo.

—¿Qué te parece si limpiamos tu mano y luego te enseño unas plantas nuevas que llegaron? —no sabía mucho de plantas, de hecho, no me interesaban, pero verlo sonreír me animó a quedarme, al menos era agradable estar en su compañía.

—Está bien —le dije devolviéndole la sonrisa, comenzamos a caminar hacia el invernadero, pocas veces había entrado ahí y me sorprendió la cantidad de plantas que vi, el techo de vidrio permitía que entrara la luz del sol y de esa forma se apreciaban mejor todos los colores de las diferentes flores.

Me acercó hasta un pequeño lavadero y lavó mi mano, luego sacó un pañuelo de su bolsillo para envolverla.

—Voy a mancharlo —dije tratando de retirarme.

—No importa, es solo un pañuelo —tomó de nuevo mi mano y la cubrió—. Ahora sí, de esta forma no se va a llenar de tierra, podría infectarse, luego tenemos que lavarla bien y poner algún tipo de desinfectante.

—Así está bien, no te preocupes no es tan grave —le dije sintiendo un revoloteo de mariposas en mi estómago, nunca nadie había sido tan amable conmigo, luego se giró para buscar las plantas.

—Hoy voy a sembrar de estas, son violetas —me habló enseñándome la que sostenía en sus manos con sus bonitas flores que hacían honor a su

nombre.

—¿Sabes mucho de plantas?, ¿conoces todos los nombres? —pregunté interesándome en el tema.

—En realidad no sé nada sobre ellas, pero sus nombres están en las macetas —me respondió sonriendo y acercándola a mí para que pudiera ver el rótulo en el que se leía: “*Violeta*”.

Pasamos las siguientes horas hablando sobre plantas que ambos desconocíamos y fue lo más emocionante que había vivido, era refrescante por fin tener a alguien con quien hablar.

—Ya es hora del almuerzo —dije mirando mi reloj—, no me di cuenta que era tan tarde, te estoy distraendo de tu trabajo —estando a su lado era como si el tiempo no existiera.

—Eso es porque soy una compañía muy agradable y hago que te olvides de todo, hasta del tiempo —hablaba de una forma coqueta y divertida y eso me gustaba, me di cuenta que cuando sonreía lo hacían también sus ojos, Erik era de esas personas que reflejaban todo lo que sentía en su mirada, sus ojos tenían una luz especial—, además, no me distraes de mi trabajo, en realidad haces que sea más agradable, pero sí tengo hambre, vamos a ver qué tiene la tía Anne para comer —me dijo poniéndose de pie y tendiéndome su mano, la tomé un poco insegura, pero su suave apretón hizo que la inseguridad se fuera enseguida, sus manos eran un poco ásperas por su trabajo, sin embargo, se sentía bien tocarlo, comenzamos a caminar rumbo a la casa y entonces vino la pregunta que creí no haría —: Entonces... ¿Por qué tu papá destruyó tu violín?

—¿De qué hablas? —traté de fingir ignorancia, no estaba segura de cómo responder a eso.

—Pues de que no te creo nada eso de que te caíste, es obvio que fue él y también sé que fue él quien te golpeó —bajé la cabeza sintiéndome avergonzada de que se diera cuenta del infierno que era mi vida—, oye —dijo poniéndose delante de mí y levantando mi barbilla con su mano—, eso no es tu culpa, yo no sé qué pasó exactamente, pero nadie debe golpearte de esa forma, no importa si es tu papá —me quedé mirándolo a los ojos y sentí que me comprendía de una forma que no lo había hecho nadie, era como si en él hubiese encontrado un alma afín con quien no necesitara las palabras.

—Gracias —le dije en un susurro.

Continuamos caminando dando el tema por terminado, cuando entramos a la cocina Anne se sorprendió un poco al vernos juntos, pero no hizo ningún comentario al respecto, tampoco lo hizo sobre el moretón que tenía en mi cara, ya estaba acostumbrada a ellos, pero sí lo hizo cuando vio mi improvisada venda.

—¿Pero señorita qué le pasó?, ¿no me diga que se lastimó en el invernadero?, Erik no deberías llevar a la señorita Sara a ese lugar, no es un sitio para ella.

—Tía, hablas como si se tratara de algún antro de mala muerte, está justo en su jardín ¿lo recuerdas?

—No es nada, Anne, y no me lastimé en el invernadero —dije tratando de calmar los ánimos, almorzamos en una tranquila charla, el incidente de mi mano lastimada parecía haber quedado en segundo plano, cosa que agradecí. Erik nos contó emocionado sobre su nuevo empleo, me hubiese gustado buscar un empleo yo también, pero estaba segura que mi padre no me lo iba a permitir, le preocupaba demasiado lo que dijeran sus amistades y que su hija trabajara en otro lugar que no fuera su bufete de abogados no era una posibilidad.

—Bueno, chicos, me voy a cambiar, tengo que salir a hacer algunas compras, el señor dará una fiesta esta noche —dijo Anne levantándose de su silla, tomó los platos y los puso en el lavavajillas, luego se dirigió a su habitación, Erik y yo nos quedamos ahí sentados unos minutos más, me sentía decepcionada, él ya tenía que regresar a su trabajo y ya no tenía más excusas para estar a su lado.

—Entonces, niña bonita, ¿te gustaría seguir plantando flores? —sus palabras hicieron que mi corazón latiera acelerado, no solo por el cumplido cariñoso, sino porque quería pasar más tiempo conmigo.

—Claro, me encantaría —respondí poniéndome de pie.

Regresamos al invernadero donde buscamos las flores que necesitaban ser plantadas y luego volvimos al jardín, estaba arrodillada en el suelo cavando, me gustaba hacer eso, no entendía por qué no lo había hecho antes, tal vez porque no estaba el chico lindo que me acompañaba ahora y que me tenía fascinada.

—¿Suele hacer fiestas muy seguido tu padre? —preguntó de pronto.

—Algunas veces, cuando quiere presumir de algo —su risa me hizo girar la cabeza para mirarlo, era aún más guapo cuando reía.

—Así que a ti no te gustan mucho —dijo de nuevo adivinando mis pensamientos.

—No lo sé, nunca he asistido.

—¿Por qué? —pareció confuso, como si el hecho de que no asistiera a las fiestas de mi propia casa fuera lo más extraño de la vida.

—Él no me lo permite, no le gusta que nadie vea a su hija tonta —no sé por qué le dije eso, simplemente no medí mis palabras, enseguida me avergoncé de haberlo hecho, una cosa era saber lo que pensaba mi padre de mí y otra admitirlo frente a alguien más.

—Tú no eres ninguna tonta, de hecho, creo que eres más inteligente de lo que él cree —habló con un gesto de simpatía.

—Gracias, pero para mi padre todas las mujeres son tontas, fue por eso que nunca perdonó a mi madre por no darle un hijo varón que heredara su imperio.

—¿Todavía hay alguien en este siglo que piense que solo los hijos varones pueden hacerse cargo de sus cosas? —entonces fui yo quien reí de su pregunta.

—Así es, mi padre lo cree, igual a mí no me interesa su dinero, puede quedárselo todo si quiere, yo solo quisiera ser libre —me miró por un momento ladeando su rostro, sopesando mis palabras.

—¿Te sientes encerrada?

—Así es, como esos pájaros que encierran en una jaula lujosa que sirve de adorno en un rincón de la casa porque parecen bonitos, pero que nunca nos preguntamos cuanto anhelan la libertad, me sorprendió darme cuenta de que era justo, así como me sentía.

—¿Y no tienes más familia?

—Sí, tengo a mi madrastra Helena, mi padre se casó con ella cuando yo tenía cinco años, cuando Helena se embarazó él estaba feliz, por fin iba a tener ese hijo que tanto quería, yo por mi parte estaba emocionada de tener un hermano con quien jugar; lamentablemente y a pesar suyo nació mi hermana Cristinne que ahora tiene catorce años, a mí no me importaba que fuera niña, era mi hermana y punto, pero entonces comenzaron los problemas entre ellos, aun así mi madrastra volvió a embarazarse pasados dos años y nació Amanda, como te imaginarás, mi padre estaba furioso, a partir de ahí todo se vino

abajo, así que Helena no lo soportó más y pidió el divorcio, luego se mudó con mis hermanas a Italia con su familia, desde entonces no las he visto, solo hablo con ellas por teléfono.

—Lamento escuchar eso, seguro las extrañas mucho —dijo sonando apenado.

—Sí, las extraño —respondí con algo de tristeza—, lo siento, te estoy aburriendo con mis cosas —le dije poniéndome de pie.

—Claro que no, de hecho, contigo el trabajo es más divertido —me respondió tomándome de la mano y haciendo que volviera a mi posición, por un momento se quedó mirándome fijamente y me pregunté qué veía en mí, tal vez una chica demasiado simple y necesitada de afecto, un alma solitaria atrapada en una jaula de oro, por mi parte veía un hombre maravilloso, capaz de ver más allá de los que las demás personas podían, Erik simplemente se metía dentro de ti, sin buscarlo, sin proponérselo.



Capítulo Cuatro

Sabía que estaba jugando con fuego, pero no podía evitarlo, ella me atraía de una forma que no lo había hecho ninguna otra chica, ni siquiera Leah. No quería que se fuera, por eso seguía buscando excusas para pasar tiempo juntos, escucharla hablar con tanta tristeza sobre su vida hacía que sintiera ganas de golpear al imbécil de su padre y eso decía mucho de mis sentimientos pues yo no era un hombre violento, pero verla tan vulnerable y sola despertaba en mí un instinto protector, quería hacer que se sintiera segura, tenía deseos de abrazarla y decirle que todo estaría bien, que nunca más iba a estar sola.

Pasamos el resto del día en medio de plantas y tierra y para mi sorpresa, en ningún momento la vi incómoda por estar sucia, parecía cómoda estando conmigo y eso me gustaba, en un momento se pasó la mano por su rostro limpiándose el sudor, dejando una mancha de barro; sin siquiera pensarlo, me estiré para limpiarla, su piel era suave al tacto y me demoré unos segundos más de lo normal, sus ojos quedaron fijos en los míos y todo a nuestro alrededor desapareció, ya no éramos el jardinero y la chica de la casa, nos convertimos en dos personas que parecían verse el alma, me imaginé cómo sería besarla, tocar sus labios que parecían tan suaves y me llamaban para que los probara, pero la razón ganó por encima de mi deseo, apenas la

conocía y estaba fuera de mi alcance, me separé rápidamente y comencé a recoger los implementos de jardinería que habíamos tomado del invernadero, ya eran las cuatro y treinta, y en solo media hora tenía que irme.

Se puso de pie limpiando sus manos en los shorts negros que tenía puestos, miraba a todos lados menos a mí y supe que estaba avergonzada por lo que pasó.

—Me agradó mucho pasar tiempo contigo —le dije tratando de cambiar su ánimo, enfocó su mirada de nuevo en mí y me sonrió de una manera que supe que podía derretir el ártico pues en ese momento estaba derritiendo mi corazón.

—Gracias, yo también lo pasé genial, no sabía que plantar flores fuera tan divertido.

—En mi compañía cualquier cosa resulta divertida —le hablé en tono de broma, como solía hacer siempre, me había dado cuenta que de esa forma lograba que se abriera más a mí.

—Estoy segura de que así es —me respondió riendo, cuando sonreía sus ojos se iluminaban.

Después se despedirse me quedé de pie viéndola caminar en dirección a su casa, era cierto que me había gustado pasar tiempo con ella, de lo que no estaba seguro era de poder volver a repetirlo, seguramente su padre no querría que su hija tuviera tratos con alguien como yo, no lo conocía personalmente, quien me contrató fue el ama de llaves, aunque sabía cómo era porque aparecía seguido en los periódicos, era conocido por ser un abogado implacable y curiosamente no siempre defendía a los buenos, dejé de mirar embobado a Sara, terminé de guardarlo todo y fui en busca de mi tía para que me permitiera dar un baño y cambiarme de ropa, ese día no tenía clases en la universidad así que quería aprovechar mi tiempo estudiando; pero al llegar, descubrí que eso no iba a ser posible.

—Erik, cariño, qué bueno que te veo, necesito que me hagas un favor —parecía preocupada.

—¿Está todo bien, tía?

—Sí, pero uno de los meseros no pudo venir y el señor odia que las cosas no salgan como él quiere en sus fiestas, necesito que por favor tú lo

reemplaces —parecía que el señor además de golpear a su hija se dedicaba a asustar a sus empleados, por la cara que tenía mi tía.

—¿Yo?, pero si no tengo ni idea de cómo llevar bandejas y eso, seguro dejo caer todo y termino haciendo un desastre —no quería quedarme ahí y menos tener que enfrentar al miserable, todavía no podía apartar la ira que sentí cuando vi a Sara llorando escondida en el jardín, con su mano lastimada y su rostro amoratado.

—Claro que no lo harás, confío en ti, solo péinate y seguro vas a quedar decente.

—¿Debería sentirme insultado?

—Por supuesto que no querido, era un cumplido.

Finalmente acepté sin muchas ganas y me preparé para estar rodeado de un montón de gente estirada que me mirara extraño, uno de los meseros me entregó un traje que consistía en un pantalón y chaleco negro, acompañados de una camisa blanca y un corbatín. Como me pidió mi tía me dispuse a cumplir con mis tareas, cuando salí me entregaron una bandeja y seguí a otro chico a la sala donde estaban los invitados, me sorprendió ver la opulencia del lugar, nunca había pasado de la cocina, pero debí imaginarlo por el tamaño del jardín, sabía que el señor Williams era muy rico y no debió de extrañarme que su casa lo demostrara, solo había visto ese tipo de mansiones en las películas, pero ahí solían exagerarlo todo, aunque parecía que en la vida real también exageraban, los pisos eran de un color negro brillante y del techo colgaba una gran lámpara de araña que brillaba con miles de cristales como si fueran diamantes, caminé llevando la bandeja con canapés, observé las personas allí presentes, parecía que todos habían salido de esas revistas de moda, los hombres usaban esmoquin y las mujeres trajes de gala y muchas joyas, seguramente costarían más de lo que podía imaginar, cuando me acercaba a ellos con la bandeja, algunos simplemente actuaban como si no existiera, seguí paseándome entre los invitados cuando algo llamó mi atención, en un rincón alejado al lado de una de las puertas que daba al jardín se encontraba Sara, estaba con la cabeza baja pareciendo fuera de lugar, traía un vestido azul con transparencias y el aire que entraba, lo levantaba dando la impresión de que flotaba, caminé hacia ella disimuladamente aparentando querer ofrecerle lo que llevaba.

—Pensé que tu padre no te dejaba asistir a sus fiestas —le dije en

cuanto estuve cerca, levantó la cabeza sorprendida y cuando sus ojos se encontraron con los míos una sonrisa se dibujó en sus labios, me fijé en que había maquillado su cara tratando de disimular el golpe.

—Erik, no sabía que estarías aquí.

—A decir verdad, yo tampoco lo sabía, pero hubo un problema con uno de los meseros y mi tía me pidió ayuda.

—Me alegra que eso haya pasado, digo no que tuviera problemas el mesero, sino que te quedaras tú.

—Entiendo a lo que te refieres, pero aún no respondes, pensé que tu padre no quería que estuvieras en sus fiestas.

—En realidad yo tampoco lo entiendo, solo me exigió que estuviera — me dijo dirigiendo su mirada hacia un costado de la sala, la seguí para ver que observaba a su padre quien en ese momento conversaba con el alcalde, sabía quién era porque lo había visto varias veces en la televisión, junto a ellos se encontraba un hombre más joven tal vez de mi edad, tenía pinta del típico chico de fraternidad que quiere intimidar a los demás, con su cabello rubio un poco despeinado y su piel bronceada por las veces que iba de vacaciones a la playa, vestía un caro traje de diseñador y tenía ese aire de quien se cree dueño del mundo.

—Daré una vuelta más y en un rato regreso —le dije haciendo una pequeña reverencia que la hizo reír, me alejé para mezclarme nuevamente en medio de la gente.

Pasadas unas dos horas en las que Sara se mantenía en el mismo lugar y yo me acercaba de vez en cuando con alguna excusa, vi a su padre caminar con el hombre más joven hasta donde se encontraba su hija, le dijo algo y luego le hizo un gesto para que lo siguiera, ella dudó un momento pareciendo confundida pero finalmente los siguió, los vi alejarse por un pasillo y decidí continuar con mi trabajo, unos minutos más tarde su padre regresó solo, me pareció extraño no verla con él, esperé a que ella y el otro tipo regresaran pero no los veía por ningún lado, una inexplicable inquietud se apoderó de mí y supe que algo no andaba bien, miré a todas partes para asegurarme de que nadie me estaba prestando atención, afortunadamente en ese lugar parecía invisible. Dejé la bandeja sobre una mesa y me adentré en el pasillo por donde los había visto irse antes, me acerqué a la primera puerta para tratar de escuchar algo, pero no salía ningún sonido, de pronto en la puerta siguiente escuché un grito, mi corazón se aceleró y corrí, la empujé sin saber qué iba a

encontrar dentro, el tipo que había acompañado al señor Williams estaba sobre Sara quien se encontraba tendida en un gran sofá, trataba de levantarlo el vestido, mientras ella luchaba por impedirlo, afortunadamente el maldito no se había molestado en poner el seguro, pensando que nadie los molestaría, la ira me invadió, por primera vez en mi vida quise matar a alguien y sin pensar en nada más lo tomé del cuello, lo levanté y estampé mi puño en su cara, seguramente se la cuidaba mucho y eso me hizo sentir cierta satisfacción, el tipo se tambaleó, pero encontró apoyo en el escritorio y esto impidió que cayera.

—¿Qué te pasa imbécil? —preguntó llevándose la mano a su nariz que sangraba, el maldito arrogante tuvo el descaro de enfadarse, como si lo que estaba haciendo fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué te pasa a ti, cabrón?, intentas aprovecharte de una mujer indefensa —el tipo enfurecido lanzó un puño que no esquivé del todo y golpeó mi hombro haciéndome perder el equilibrio, me repuse rápidamente y se lo devolví con más fuerza, el impacto dio directo en su estómago, lo vi caer por encima del escritorio llevándose todo a su paso y cuando estaba listo para seguir golpeándolo, se levantó sosteniéndose con su mano y se alejó camino a la puerta.

—Esto no se va a quedar así, meserucho, su padre me dio su consentimiento —mientras hablaba, la saliva brotaba de su boca hacia todos lados.

—Entonces es igual de poco hombre que tú si no le importa vender a su hija —le respondí queriendo que me atacara de nuevo para molerlo a golpes, lamentablemente era un cobarde que solo podía meterse con las mujeres.

—Me las vas a pagar, no sabes con quien te metiste —me dijo señalándome con su dedo.

—Vete a la mierda, si le vuelves a poner una mano encima, te mato — me miró con odio y abandonó el lugar, en ese momento escuché los sollozos y me olvidé del cobarde que acababa de tratar de abusar de ella, cuando me giré, su rostro estaba bañado en lágrimas, el maquillaje se había corrido y una sombra negra cubría sus mejillas—, tranquila niña bonita —me senté a su lado y la abracé, saqué un pañuelo de mi bolsillo y comencé a limpiar el desastre de su bonita cara.

—Gracias, gracias —dijo aferrándose más a mí, sentía sus latidos

debocados y me fijé que su vestido seguía levantado dejando al descubierto sus piernas, me estiré para ponerlo en su posición, pareció no darse cuenta porque no dijo nada, al contrario, siguió llorando.

—Tranquila, todo está bien, ese maldito no te va a volver a tocar —le hablé acariciando su cabello.

—No sé qué pasó —decía en medio de su llanto—, mi padre me pidió que los acompañara y cuando estábamos aquí, dijo que necesitaba hacer una llamada urgente y que regresaría en un momento, luego se fue y me dejó sola con él, me sentí incómoda porque nunca lo había visto y entonces se lanzó sobre mí, tenía mucho miedo, Erik; no sabía qué estaba pasando, intentaba tocarme, nunca había sentido tanta repulsión.

—Shhh, ya pasó —le dije tratando de calmarla y de calmarme a mí mismo para no ir a buscar al mal nacido para romper su cara de niño bonito.

—¿Por qué mi padre me hizo eso?, él me dejó sola con ese tipo a propósito, quería que me hiciera esas cosas —su llanto se intensificó al saberse traicionada, yo mismo estaba furioso, quería salir y hacerle un escándalo delante de sus invitados, pero eso no fue necesario, la puerta se abrió y por ella cruzó el ser más miserable que conocería en mi vida.

—¿Qué diablos pasa aquí?, aléjate de mi hija mesero de quinta —vaya, el tipo me llamó mesero y no jardinero, así que ni siquiera sabía que trabajaba en su casa a tiempo completo, la ira se apoderó de mí y aunque se trataba de mi jefe no me importó.

—Es usted un hijo de perra capaz de vender a su hija —grité poniéndome de pie para acercarme a él.

—A ti no te importa lo que yo haga con ella, además, yo no le dije al imbécil que la violara, solo que se acercara a ella para conquistarla, no es mi culpa que tenga el cerebro de una mosca. De todos modos, ese no es tu problema, sal de mi casa ahora mismo y si te cruzas de nuevo en mi camino te vas a arrepentir —el maldito ni siquiera se había preocupado por lo que estaba pasando su hija, en su rostro no había el más mínimo asomo de intranquilidad. ¿Cómo podía ese sujeto dormir tranquilo en las noches?, estaba furioso y eso me ayudó para seguir enfrentándolo.

—No, no me voy, no me da la gana de dejarla sola con un cerdo como usted y si me despide voy a denunciarlo —por fin pude ver algo más que arrogancia en su semblante, ahora un pequeño asomo de duda se reflejó en su mirada y supe que mis palabras estaban causando efecto; después de todo, el hombre no era tan intocable como quería hacer ver a todos.

—¿Quién te creería?, tú no eres nadie —dijo, pero esta vez no sonaba tan seguro de sus palabras, entonces aproveché para echarle más leña al fuego.

—Tal vez no me crean, pero sé de algunos periódicos que estarían encantados de publicar una noticia como esa, “el prestigioso abogado Thomas Williams permite que su hija sea violada en su propia casa, por nada más y nada menos que el hijo del alcalde”, eso sería un escándalo y sus enemigos estarían felices de conocer esa información.

—Te voy a matar —dijo lanzándose sobre mí, preso de la ira, pero fui más rápido y me aparté haciendo que cayera al piso, desde esa posición no se veía tan intimidante.

—Ya lo sabe, usted podrá ser poderoso, pero yo soy persistente —dije alzándome sobre él—. Vamos —dije acercándome a Sara que seguía llorosa sin moverse de su sitio, observando toda la situación, la tomé de la mano y la saqué de allí, pasamos por la sala abarrotada de invitados que nos miraban sin entender por qué uno de los meseros llevaba de la mano a la hija del señor de la casa, me dirigí a la puerta de la calle y cuando iba a abrirla, me detuvo.

—Espera, ¿a dónde vamos? —me preguntó, mirando por encima del hombro, seguramente esperaba que su padre viniera detrás de nosotros, pero yo sabía que no lo haría, le importaba demasiado su imagen como para dar un espectáculo mayor.

—A cualquier lugar fuera de aquí, no voy a dejarte así, no confío en que no vuelvan a intentarlo —asintió haciéndome saber que ella tampoco confiaba. Caminamos hasta el lugar donde había dejado aparcada mi moto, me subí y le tendí la mano para ayudarla a acomodarse en la parte trasera, su largo vestido resultaba incómodo, pero ella lo hizo con gracia—, ¿alguna vez te has subido en una moto? —le pregunté, tratando de alejar de su mente lo que sucedió.

—La verdad es que no —respondió todavía llorosa.

—Entonces sostente fuerte que vas a saber lo que es viajar con clase —me sonrió y rodeó mi cintura con los brazos, aceleré por las calles de la ciudad; unos minutos después ya la escuchaba reír a mi espalda, al menos había dejado de llorar, se sentía bien tenerla así; Leah nunca quiso subir conmigo, siempre usaba vestidos muy cortos y decía que no estaba vestida adecuadamente, en el fondo sabía que le molestaba que yo no tuviera un auto.



Capítulo Cinco

Estuvimos dando vueltas por la ciudad durante varias horas, me sentía libre en su moto mientras el viento golpeaba mi rostro, nunca había vivido una experiencia similar y estaba feliz a pesar de los últimos acontecimientos. Paramos en una cafetería para tomarnos un café y conversar un poco, mi ánimo había mejorado y en el fondo debía reconocer que era un alivio saber que mi padre no intentaba que me violaran, aunque no entendía muy bien por qué quería que el hijo del alcalde me conquistara, seguramente intentaba conseguir algún favor, pero era imposible que ese sujeto me agradara; en cuanto lo vi, supe que era demasiado arrogante y egocéntrico, todo lo contrario a mi nuevo amigo quien ahora me miraba de una forma dulce.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó mientras tomaba mi mano por encima de la mesa, la calidez de su toque siempre hacía que me sintiera mejor.

—Sí, y todo gracias a ti, no sé qué hubiera hecho si no entras en ese momento y la forma como te enfrentaste a mi padre, aún no puedo creer que hayas hecho eso, todos tienen miedo de él, pero tú ni te inmutaste —dije con algo de admiración.

—Espero que ese cabrón no intente acercarse a ti de nuevo, es obvio que tu padre no está muy preocupado por tu seguridad, en cuanto a lo de

enfrentarlo, lo haría las veces que sea necesario, yo no le tengo miedo, no soy uno de sus perros falderos que babea a su paso —de pronto pareció darse cuenta de lo que había dicho y trató de arreglar sus palabras—, lo siento, no fue mi intención decirte eso —sin embargo, su comentario me hizo reír, porque era justo así como se comportaban las personas con mi padre, como perros falderos que buscaban su atención.

—No te preocupes, no dijiste nada que no sea cierto, puede que sus intenciones no fueran que abusaran de mí, pero fue él quien me puso en esa situación —nos quedamos en silencio unos minutos sin saber que más decir—, creo que es hora de irnos.

—¿Estás segura que quieres regresar ahí?

—Claro que sí, después de todo, es mi casa, no tengo otro lugar a dónde ir —en el fondo no quería regresar, tenía miedo de enfrentar a mi padre o de volver a encontrarme con el hijo del alcalde, pero no podía decirle eso a Erik, él ya se había arriesgado mucho por mí.

—Podríamos ir a la mía —me sentí tentada de aceptar, pero no era correcto, no podía involucrarlo más en mis conflictos, era demasiado bueno y sabía que tarde o temprano, el enfrentamiento que tuvo con mi padre traería consecuencias negativas para él.

—Te lo agradezco mucho, pero ya te causé demasiados problemas, mi padre estuvo a punto de despedirte.

—En realidad lo hizo, fui yo quien no se quiso ir —lo dijo sonriendo y eso me hizo sentir mejor, cada vez que sonreía, mi corazón se calentaba, me pregunté si sabría el efecto que tenía.

—Me alegra que no te fueras, no habría sabido qué hacer si me quedaba sola —lo miré y supe, por su expresión, que él también estaba pensando en lo que habría pasado si no se encontraba ahí en ese momento.

—Siempre que me necesites, niña bonita —dijo besando mi mejilla, esas palabras acompañadas de su gesto, hacían que olvidara todo lo malo que pasaba en mi vida, sin importar qué, Erik siempre lograba que pensara que todo podía ir mejor.

Regresamos a mi casa y sentía que la magia se estaba acabando, no sabía qué pasaría luego, estaba segura que mi padre haría cualquier cosa para echarlo. Se bajó de la moto y luego me ayudó a bajar, nos miramos durante un momento sin saber qué decir, no quería que se fuera aún pero tampoco era conveniente que se quedara.

—Bueno, aquí estás de nuevo, sana y salva —fue él quien primero rompió el silencio.

—Gracias de nuevo, por todo, por salvarme, por invitarme a pasear en tu moto, fue muy divertido.

—Cuando quieras, niña bonita, de haber sabido antes que eras una pequeña aventurera amante de las motos, te habría llevado de paseo —no era por amor a las motos, era por su compañía, pero preferí no decirle nada, no quería que se diera cuenta lo que causaba en mi interior, especialmente porque no sabía si yo causaba algo en él, o era simple cordialidad.

—¿Por qué me dices así? —pregunté, desde la primera vez que me llamó niña bonita, sentí algo especial, pero bien podría decirles lo mismo a todas y solo me hacía falsas ilusiones, así que decidí salir de dudas.

—¿Te molesta que lo haga? —su frente se arrugó y pareció preocupado.

—No, claro que no, es solo que nunca me han hecho cumplidos —me apresuré a responder.

—Pues entonces me alegra ser el primero y te lo digo porque es cierto, eres hermosa —dijo cambiando el gesto de nuevo a su habitual picardía, luego se inclinó para darme un beso en la mejilla, era la segunda vez que lo hacía esa noche, mi corazón se aceleró, me habría gustado que ese beso fuera en la boca, sin embargo, me conformaba.

Nos despedimos y caminé el corto trayecto hasta el portón, entré sin saber qué me encontraría; eran las dos de la mañana, seguramente la fiesta ya habría terminado. Cuando estuve en la puerta principal, el silencio me hizo saber que, en efecto, los invitados ya se habían ido, abrí tratando de no hacer ruido y entré flotando en una nube, no solo me dijo hermosa, sino que me besó.

—¿Dónde diablos estabas? —mi burbuja se rompió enseguida, me había olvidado por completo de mi padre, pero él, por supuesto, no iba a dejarme ser feliz por mucho tiempo.

—Papá, yo solo salí a dar una vuelta —respondí retrocediendo cuando lo vi de pie al inicio de las escaleras, envuelto en las sombras con un vaso de whisky en la mano, la luz se reflejaba en un solo lado de su cara, como si de un demonio se tratara.

—¿Y desde cuándo sales a dar vueltas con muertos de hambre? —el

ruido que hizo el vaso al estrellarse en el piso me hizo dar un pequeño salto.

—Erik es mi amigo —dije con voz temblorosa, tenía miedo que me golpeara sabía que lo haría, siempre lo hacía.

—Eres tan estúpida que ni siquiera te das cuenta de nada, ese no quiere ser tu amigo, solo está detrás de tu dinero —sus palabras dolieron y sin pensarlo respondí.

—¿Cuál dinero?, yo no tengo nada, nunca me das nada, ¿no has pensado que a lo mejor no soy tan estúpida como tú crees y alguien me puede querer por mi misma? —soltó una sonora carcajada que me hizo estremecer.

—Ese es el problema, tienes tan poco cerebro que te crees tus propias fantasías, fuera de mi vista y si te vuelvo a ver con ese arrastrado, te vas a arrepentir —sentí cierto alivio, al menos no había intentado golpearme, supuse que por esa vez tuve suerte.

Corrí a mi habitación y me acosté en la cama llorando, ¿por qué tenía que ser tan cruel?, yo nunca había hecho nada para molestarlo, aun así, no perdía ocasión para humillarme, a veces sentía que me odiaba, siempre me preguntaba cómo habría sido si mi madre viviera, tal vez ella me defendería de sus ataques, tal vez ella sí me hubiese amado.



El sábado no salí de mi habitación en todo el día, me sentía demasiado deprimida, los hechos de la noche anterior seguían reproduciéndose en mi cabeza; primero, el hijo del alcalde tratando de abusar de mí, y luego, mi padre humillándome, ni siquiera se interesó por lo que me había sucedido, había pensado en mudarme, pero para eso tendría que conseguir un empleo, así que al día siguiente ese sería mi objetivo, encontrar uno que me permitiera cubrir mis gastos y así poder alejarme de ese infierno que se suponía que era mi hogar. Primero buscaría un lugar para vivir, tenía unos pocos ahorros de los trabajos que hacía para mis compañeros en la universidad, tal vez me alcanzaría para pagar el primer mes de renta; con los ánimos renovados, busqué mi ordenador portátil y me dispuse a ver anuncios, tomé apuntes de algunos que podrían funcionar y luego me acosté sintiéndome mejor.

A la mañana siguiente me levanté con un propósito en mente, como de costumbre, desayuné en la cocina y salí a buscar un lugar dónde vivir, el lunes buscaría un empleo, pasé toda la mañana recorriendo lugares, pero no tuve suerte, algunos eran muy costosos y los que se ajustaban a mi presupuesto se encontraban en sitios muy desagradables. Mi ánimo comenzó a decaer, parecía que no sería tan fácil como pensaba, pero no estaba dispuesta a darme por vencida, no esta vez. Caminaba de regreso a mi casa cuando el rugido de una motocicleta llamó mi atención, me giré justo cuando se detuvo a mi lado, ahí estaba Erik, mi caballero que en lugar de caballo tenía una moto, vestido con unos jeans desgastados y una sencilla camiseta blanca, una chaqueta de cuero negra completaba su atuendo, nunca me había parecido más guapo que en ese momento, con su aspecto de chico malo.

—Entonces, niña bonita, ¿te gustaría dar un paseo? —verlo hizo que mi día mejorara totalmente; tanto, que olvidé las advertencias de mi padre sobre estar con él.

—Por supuesto, me encantaría —respondí subiendo a la parte trasera y rodeando su cintura con mis brazos, afortunadamente, ese día vestía jeans y no el incómodo vestido del viernes en la noche; tomó mis manos y les dio un ligero apretón, para luego hacer rugir el motor.

De nuevo la sensación de libertad se apoderó de mí cuando se alejó por las calles de la ciudad a toda velocidad, cerré los ojos y levanté mi cara al cielo, permitiendo que los rayos del sol me acariciaran, dejé que todo a mi alrededor desapareciera y me concentré en disfrutar del paseo, sentía como si volara.

—Llegamos —me dijo más tarde deteniéndose, en ese momento, abrí mis ojos y me percaté de que estábamos al costado de un camino que conducía a una colina.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté extrañada, mirando a todos lados, nunca había estado ahí.

—Quiero enseñarte algo que sé que te va a gustar —se bajó y me tendió la mano para ayudarme, comenzamos a subir por la pendiente y me di cuenta que nuestras manos seguían unidas, parecía un gesto normal como si lo hiciéramos todo el tiempo, su calor me abrazaba y me hacía sentir segura.

Llegamos a la cima y dejé salir un suspiro, el lugar era hermoso; bajo mis pies se encontraba una alfombra de césped verde salpicado de pequeñas flores blancas y azules, un poco más alejado, justo al borde, se podía apreciar un gran árbol de manzano que en esa época estaba cubierto de flores en tonos blanco y rosa que para el otoño se convertirían en manzanas, la brisa que soplaba en ese momento traía el dulce olor a flores, el enorme árbol se veía imponente como si se tratara de un guardián que protege sus dominios.

—Nunca había venido a este lugar a pesar de que he vivido toda mi vida en la ciudad —dije admirada por tanta majestuosidad.

—Suelo venir a menudo, lo descubrí hace algunos años y desde entonces vengo cada vez que lo necesito —me sorprendió escucharlo decir que venía cuando necesitaba y no cuando quería—, ven, vamos a sentarnos ahí —dijo señalando el árbol, caminamos hasta él y entonces vi que la verdadera belleza del lugar estaba en el paisaje que se extendía ante nosotros; al fondo, se podía apreciar la ciudad en todo su esplendor, me quedé ahí sin decir nada, solo pensando en lo pequeños que éramos frente al horizonte que se perdía en el infinito—, ¿es hermoso, verdad? —me preguntó viendo mi fascinación.

—Es más que hermoso, diría que no hay una palabra adecuada para definirlo —se quitó la chaqueta y la puso extendida sobre el césped justo debajo del árbol, luego me tomó de la mano para ayudarme a sentar; estuvimos un rato en silencio hasta que lo vi extraer algo de su bolsillo y ponerlo frente a mí, cuando me di cuenta de lo que era, mi corazón se emocionó, un regalo simple pero que significaba mucho para mí.

—Nunca me habían regalado chocolates —le dije tomando el bombón con forma de corazón.

—A todas las chicas les gustan, supuse que tú no eras la excepción —dijo de forma despreocupada, quería que sonara como que no le había dado mucha importancia, sin embargo, algo me decía que lo hizo con toda la intención.

—Estás en lo cierto, amo los chocolates, gracias —dije y me incliné para darle un beso en la mejilla, me sonrió y me hizo un guiño. Pasamos un tiempo sin hablar, solo mirando el paisaje, hasta que por fin decidí hacer la pregunta que rondaba mi cabeza—: ¿por qué necesitas venir a este lugar? —no respondió enseguida y temí haber hecho la pregunta equivocada.

—Descubrí este sitio hace algunos años —dijo arrancando una pequeña brizna de pasto—, cuando tenía diecisiete, fue un día que sentía que

no podía más con la carga que llevaba en mis hombros, mi padre murió cuando yo tenía quince años y me quedé con la responsabilidad de todo, era solo un adolescente que quería ver el mundo como cualquier chico de su edad, ansiaba rebelarme y tirar todo por la borda y por un momento lo hice, estaba dispuesto a seguir mis propios deseos —se quedó en silencio de nuevo y yo solo esperé a que continuara, tomó una respiración profunda y continuó—, aquel día asistí a una fiesta en casa de unos amigos, allí bebí todo el alcohol que pude; en mi mente me sentía invencible, pensaba que en eso consistía la libertad, ahora entiendo cuan tonto era y lo equivocado que estaba. Un chico que estaba en la fiesta al cual no conocía me ofreció drogas, estaba borracho, pero al menos fui lo suficientemente sensato como para negarme, así que se burló de mí, dijo que era un mariquita, nunca fui violento pero el alcohol me cegó, me levanté del lugar donde estaba y comencé a golpearlo hasta dejarlo sin sentido; alguien llamó a la policía y terminé preso, a la tarde siguiente, mi madre fue a buscarme, en ese momento no supe cómo consiguió el dinero para la fianza, pero después me enteré que había vendido sus anillos de bodas —volvió a quedarse en silencio como si lo que me acababa de contar le causara mucha vergüenza.

—Erik, eras solo un chico, todos podemos hacer locuras a esa edad.

—Estoy seguro de que tú nunca las hiciste, ¿no es verdad, niña bonita?
—preguntó con su vista fija en el paisaje.

—Pero fue porque nunca me permitieron ser libre, tal vez si mi situación fuera diferente también habría hecho un montón de locuras —me miró como si dudara de mi capacidad para hacer algo loco—, mejor continúa con tu historia.

—Mi historia..., en realidad es la historia de este sitio —dijo sonriendo—, cuando regresamos a casa, mi madre me reclamó y, en lugar de sentirme avergonzado por lo que hice, le grité, le dije lo cansado que me sentía y me fui dejándola sola, caminé sin rumbo hasta que terminé aquí, pasé varias horas sentando bajo este árbol, preguntándome ¿en qué me había convertido? Al final, simplemente comprendí que no estaba enojado con mi madre, ni con mi padre por haberse ido dejándonos solos; al fin de cuentas, él no quiso hacerlo, lo vi luchar contra su enfermedad hasta el último aliento, entonces me di cuenta que solo estaba enojado con la vida por lo que tenía que vivir, pero que era yo quien decidía cómo hacerlo, podía lamentarme siempre, o hacer que fuera mejor, así que tomé la segunda opción y con la decisión tomada regresé a mi casa y pedí perdón a mi madre, desde entonces cada vez

que siento que me pierdo vengo aquí donde me puedo encontrar de nuevo.

—Eres un hombre fuerte ¿sabes?, nunca dejes de sentirte orgulloso por ser quien eres —en ese momento lo vi de otra forma, y sentí una gran admiración por él, se necesita de mucha fuerza para enfrentarnos a nosotros mismos.

—Gracias, niña bonita, pero solo soy lo que me ha tocado ser.

Nos quedamos mirándonos y poco a poco nos fuimos acercando hasta que nuestros labios se juntaron. Nunca me habían besado y no sabía muy bien lo que debía hacer, sus labios eran suaves y el beso tierno, tomó mi cabeza con su mano para acercarme más a él mientras que yo rodeaba su cuello con las mías, poco a poco se fue haciendo más intenso, su lengua entró en mi boca así que la acaricié de forma tímida con la mía, sin darme cuenta, terminé tendida en el césped con él sobre mí, era la sensación más dulce que había vivido, sentí una de sus manos colarse bajo mi blusa y acariciar mi costado, su tacto era delicado y no quería que terminara, deseaba saber lo que se sentía ser acariciado.

—Creo que es hora de detenerse —dijo separándose de mí y mirándome a los ojos.

—¿Por qué? —pregunté algo aturdida.

—Porque no creo que quieras ir más allá —acarició mi mejilla suavemente y luego depositó un beso en mi nariz.

—Yo no quiero parar —estaba tan perdida en sus caricias y en sus besos que no me importaba nada más que sentirlo.

—Vamos a hacerlo, cariño, tú te mereces algo mejor que tener tu primera vez en medio de un prado —me dio un beso rápido y me ayudó a levantar.

—¿Qué te hace pensar que sería mi primera vez? —pregunté entre molesta y avergonzada, ¿era tan obvia mi inexperiencia?

—No lo pienso, lo sé, pero eso no es algo malo, al contrario, estoy seguro de que cuando llegue el chico adecuado se sentirá orgulloso de ser el primero —cuando dijo el chico adecuado, sentí como si me hubiesen golpeado en el estómago, habló como si se tratara de alguien más.

—Pero ese chico no eres tú, ¿es eso lo que quieres decirme?, que tú también piensas que soy demasiado tonta para llamar tu atención, no te

preocupes ya lo entendí —le dije y comencé a caminar alejándome de él, me sentía demasiado humillada, mi padre tenía razón, era una estúpida a la que nadie iba a querer, sentí las lágrimas correr por mis mejillas y las limpié con fuerza, odiaba no ser buena para nadie.

—Oye, espera —me tomó del brazo y me hizo detener.

—Déjame tranquila, ya me quedó claro que no estás interesado en mí —traté de zafarme de su agarre, pero no me lo permitió.

—Yo no dije que no estaba interesado en ti —sus palabras me confundieron y levanté la cabeza para mirarlo, limpió mis lágrimas con sus dedos y se inclinó para besar mi frente —no eres el problema, mi niña bonita, soy yo, no tengo nada que ofrecerte, no soy como tú, ¿entiendes eso?

—No, en realidad no sé a qué te refieres con que no eres como yo, si hablas del dinero de mi padre te aclaro que en ese asunto soy tan pobre o más que tú —me contempló durante un momento en el que parecía tener una batalla consigo mismo, al final supuse que llegó a un acuerdo porque sonrió.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó abrazándome, sabía que no esperaba una respuesta, era más una pregunta hecha para sí mismo, lo rodeé con mis brazos y nos quedamos un rato así, sin decir nada más; aspiré su olor fresco y supe que ese sería mi olor favorito, cuando alguien me lo preguntara, diría que amaba el olor a Erik.



Regresamos a mi casa, mi día mágico estaba terminando, no sabía qué pasaría luego y temía que después se alejara, que hiciera de cuenta que nada pasó, pero si así fuera, me quedaría feliz con el recuerdo de ese momento en el que sentí que era importante para alguien, él siempre me hacía sentir especial.

—Déjame aquí —le dije una calle antes de llegar, no quería que mi padre nos viera, sabía lo que significaba desobedecerlo.

—¿Por qué no quieres que te lleve hasta tu casa? —preguntó enarcando una ceja, me quedé viéndolo sin poder evitarlo, cada gesto suyo me gustaba más que el anterior, al final salí de mi aturdimiento y respondí.

—Es que tú sabes como es mi padre, no quiero que tengas problemas

con él —no parecía muy seguro, pero finalmente asintió, me bajé de la moto y me quedé de pie a su lado no muy segura de cómo despedirme—, esto... gracias, me lo pasé muy bien —dije poniendo mis manos en los bolsillos traseros de mi pantalón.

—Yo también, fue bueno estar contigo —le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—Debo irme, nos vemos mañana, quiero decir cuando vengas a trabajar.

—Sé a lo que te refieres.

—Entonces adiós, que pases una buena noche —me giré para irme cuando sentí que me tomó de la cintura.

—¿No se te olvida algo? —susurró en mi oído, una corriente recorrió mi espalda al sentirlo tan cerca.

—No sé a qué te refieres —respondí sin girarme, escuché su risa y luego se puso frente a mí.

—Claro que lo sabes, pero igual te lo puedo decir o demostrar, como más te guste —comenzó a inclinarse y de nuevo me besó, me puse en puntillas para rodear su cuello con mis brazos, no supe durante cuánto tiempo nos besamos, el mundo dejó de existir, ni siquiera me importaba estar en un lugar donde mi padre nos podría descubrir, en ese momento solo importábamos él y yo, y los millones de estrellas que me hacía ver cada vez que me besaba, finalmente comenzamos a separarnos, pegó su frente a la mía mientras respirábamos agitadamente, mi corazón latía tan rápido que sentía que en cualquier momento se iba a salir de mi pecho, me dio otro corto beso y se apartó—, que tengas dulces sueños, mi niña bonita.

—Igual tú —dije en un susurro, me di la vuelta y corrí a mi casa con el corazón acelerado y sintiéndome más feliz de lo que me había sentido nunca, ya no era simplemente niña bonita, ahora era su niña bonita.



Capítulo Seis

Me quedé de pie viéndola alejarse, no sabía qué pasaría después, pero estaba seguro de quería volver a repetir ese beso, una sonrisa se dibujó en mi rostro, había sido el primero en besarla y si las cosas no prosperaban, al menos iba a tener algo por lo cual recordarme, me subí en mi moto y aceleré para llegar a mi casa, cuando entré, mi madre se encontraba en la sala viendo televisión, pensé en que tendría que comprarle un televisor nuevo, el nuestro estaba tan viejo que en cualquier momento dejaría de funcionar, comenzaría a ahorrar algo de dinero para esa tarea.

—Buenas noches, ¿cómo está la mujer más guapa del mundo? —saludé besándola en la frente, para luego sentarme a su lado en el sillón que estaba cubierto por una sábana vieja para tapar los huecos producidos por el desgaste de la tela.

—Eres un pequeño adulator —no era cierto, mi madre era una mujer hermosa, a pesar de la terrible enfermedad que la consumía día a día, seguía conservando el brillo de sus ojos y esa voluntad inquebrantable que tanto admiraba.

—¿Qué tal te fue durante la tarde? —le pregunté, haciendo que apoyara su cabeza en mi pecho.

—Mejor, ¿por qué no me dices tú qué tal te fue a ti? —la conocía suficientemente para saber que su pregunta no era al azar.

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que estuviste perdido y no fue con tu novia porque ella vino a buscarte —Enseguida el rostro de Leah vino a mi mente, no sé por qué pensé que se daría por vencida, ella no era de las que aceptaba un no por respuesta.

—¿Leah estuvo aquí?

—¿Por qué te sorprende?, no es la primera vez que viene, aunque sí es la primera que no estaba contigo y mucho menos tenía idea de dónde estabas.

—¿Qué le dijiste? —pregunté conociendo la respuesta, mi madre nunca estuvo muy de acuerdo con mi relación con Leah, aun así, la aceptó y respetó todo el tiempo.

—La verdad, que no sabía dónde encontrarte, Erik, tú siempre has sido un buen chico y no quiero pensar que estás jugando con esa muchacha —se apartó para mirarme a la cara mientras me decía aquello.

—Claro que no, mamá, tú me conoces y sabes que yo no trataría mal a ninguna mujer, lo que pasa es que Leah y yo terminamos.

—Me parece que no lo tiene muy claro y eso me preocupa —dijo mientras tomaba mis manos entre las suyas.

—Tranquila, te prometo que hablaré con ella y le dejaré las cosas claras —me miró durante un momento y supe que no podía esconder durante mucho tiempo lo que me estaba pasando con Sara.

—Así que... ¿si no estabas con Leah, dónde te metiste toda la tarde? —tomé aire y lo solté, no estaba seguro de que mi madre lo entendiera, sin embargo, sabía que me apoyaría de todos modos.

—Estaba con una chica —enarcó una ceja esperando que continuara—, su nombre es Sara, es la hija del señor Williams.

—¿Te refieres a la chica que vive en la casa donde trabajas? —contrario a lo que pensé, no parecía escandalizada.

—La misma —dije esperando si siguiente reacción.

—¿Sabes que eso puede terminar mal, verdad?

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué soy pobre? —pregunté sintiéndome molesto.

—No, aunque seas pobre, eres el mejor hombre que una mujer podría encontrar y esto no lo digo porque seas mi hijo, sino porque te conozco, si te advierto sobre las cosas que pueden salir mal es porque ella es una chica rica, no quiero que te tome como un capricho, además, tu tía no me ha dado muy

buenas referencias de su padre, ese hombre no es bueno y no creo que esté muy feliz de que su hija esté contigo.

—Ese hombre es un miserable, la trata mal todo el tiempo, incluso la ha golpeado, ella no es feliz, no la juzgues sin conocerla —me arrodillé a su lado y la tomé de las manos—, madre, ella es la chica más dulce que he conocido, no ha tenido una vida fácil y le ha faltado tanto afecto, sin embargo, siempre sonrío y cada vez que veo sus ojos siento que una fuerza me impulsa a acercarme más —se quedó un momento sopesando sus siguientes palabras.

—¿Es por eso que estás con ella?, ¿acaso sientes pena? —esas preguntas me impactaron, sobre todo viniendo de mi madre que me conocía mejor que nadie.

—¿Qué?, no, claro que no —respondí mientras negaba con la cabeza.

—Erik, escúchame, yo no la conozco pero tengo la certeza de que nadie se merece que se queden a su lado por lástima, no confundas tus sentimientos, porque entonces, quien saldrá lastimada será ella y si como dices no ha tenido una vida fácil no le agregues más dolor —me senté en el piso y abracé mis rodillas, por un momento me pregunté si mi madre tendría razón, pero entonces recordé la calidez de sus labios y la forma en la cual mi corazón latía cuando la veía sonreír y supe que eso estaba muy lejos de parecerse a la compasión.

—Te juro que no es compasión lo que siento por mi niña bonita —le dije levantando la cabeza y mirándola directamente a los ojos para que viera la sinceridad de mis palabras, me sonrió de esa forma que me hacía sentir que todo era posible. La vi adoptar un gesto de comprensión.

—Entonces no dejes de luchar, porque no lo vas a tener fácil y ya sabes que yo siempre te voy a apoyar.

—Gracias mamá, eres la mejor —la abracé y besé su cabeza.

—Por cierto, quiero conocerla —agregó un momento después.

—Si prometes no avergonzarme recordando mis travesuras de niño, te la presento.

—No seas majadero, yo nunca te avergonzaría —dijo riendo, pero sabía que sí lo haría, ella amaba recordar la época de mi infancia.

Me fui a dormir pensando en ella, en su hermoso rostro, en cómo sonreía cuando le hacía alguna broma, en lo suaves que se sentían sus labios, todavía tenía el sabor de sus besos. En aquel momento, aún no alcanzaba a comprender todo lo que significaría en mi vida y aun así una parte de mí sabía

que para mi corazón ya no había vuelta atrás.

A la mañana siguiente me levanté muy animado, apenas eran las cuatro de la mañana, pero me sentía tan bien que por primera vez no me quería quedar unos minutos en la cama y la razón era que en algunas horas la vería de nuevo. Como siempre, puse la cafetera mientras me duchaba, me vestí como de costumbre con jeans y camiseta negra, preparé el desayuno de mi madre y salí rumbo a mi primer trabajo, el tiempo no pasaba lo suficientemente rápido, estaba ansioso por llegar a su casa, cuando por fin fueron las siete, prácticamente corrí a buscar mi moto para ir a la mansión, pero me sentí desilusionado nada más llegar y mi tía me informó que los lunes ella tenía clase en la mañana y no llegaba hasta el mediodía, me cambié de ropa y me dirigí al jardín, me puse mis audífonos y comencé a cantar la canción *Back In Black* de AC/DC.

Estaba tan concentrado en mi trabajo que me sobresalté cuando sentí una mano posarse en mi hombro, me giré para verla ahí de pie sonriendo, con el sol detrás de su espalda haciéndola parecer como si brillara, me quité los audífonos y miré mi reloj, era mediodía, me puse de pie y limpié mis manos en el pantalón.

—Lamento haberte asustado —me dijo tendiéndome un vaso con limonada.

—Solo por verte, valió la pena —recibí el vaso, miré a todos lados para asegurarme que nadie nos estuviera viendo y luego me incliné para darle un beso rápido.

—Anne dice que ya es hora del almuerzo —dijo una vez nos separamos.

Caminamos a la cocina en una agradable charla, pero en cuanto entramos, mi tía me lanzó una mirada interrogante, aunque no hizo ningún comentario, sin embargo, sabía que más temprano que tarde querría saber por qué pasaba tanto tiempo con Sara.

—En un rato voy a ir a ver un empleo que vi en un anuncio —dijo mi niña bonita cuando estábamos comiendo, me sorprendió escuchar que estaba buscando empleo, pues no tenía necesidad de trabajar o al menos eso era lo

que me parecía, entonces recordé lo que me había dicho la tarde anterior cuando mencionó que era más pobre que yo, ¿sería posible que su padre teniendo tanto dinero no le diera lo que ella necesitaba?

—¿Por qué quiere buscar un empleo? —le preguntó mi tía.

—La verdad es que quiero irme de esta casa —respondió como si la respuesta fuera más que obvia.

—¿Estás segura de que quieres dejar todas las comodidades, señorita? —preguntó de nuevo mi tía, yo permanecí en silencio, solo escuchando su charla mientras mordía una manzana.

—¿De qué comodidades hablas, Anne?, ¿de una cama grande con un colchón blando?, ¿o tal vez del baño con tina y agua caliente?, a lo mejor te refieres al gran salón lleno de adefesios que dicen ser obras de arte, eso no es lo que yo quiero, no me sirve de nada vivir cómodamente si me paso todo el tiempo escuchando cuan estúpida y cabeza hueca soy —en cuanto la escuché decir eso mi espalda se puso rígida, sabía de primera mano lo que las palabras de su padre la afectaban—, prefiero vivir en una pocilga pero estar tranquila —sin importarme que tuviéramos compañía la tomé de la mano y le di un suave apretón, para que supiera que la apoyaría en todo.

—Si quieres ir a ver ese empleo, yo te acompaño —la vi relajar sus hombros y comprendí que para ella era importante sentir el apoyo de alguien.

—Gracias —me dijo con una dulce sonrisa—, voy a cambiarme de ropa y ahora regreso —me quedé viéndola irse y supe que era hora que comenzara el interrogatorio.

—¿Se puede saber qué está pasando? —preguntó mi tía en un tono acusatorio.

—¿Qué está pasando con qué, tía?

—No te hagas el simpático conmigo, Erik, últimamente pasas más tiempo con ella que trabajando, ahora la tomaste de la mano como si fueran amigos.

—¿Y qué tiene de malo que lo seamos? —iba a resultar que no podía ser amigo de Sara sin que mi tía se interpusiera.

—Tiene todo, ella es una muchacha rica, ahora tiene un ataque de rebeldía en contra de su padre, pero cuando se le pase y se dé cuenta que el mundo no es tan sencillo, entonces va a regresar y tú no vas a significar nada en su vida, búscate una mujer de tu nivel, no mires tan alto.

—¿Es esa la opinión que tienes de ella?, ¿de tu señorita a la que tanto quieres? —mi ira comenzó a hervir, ella no tenía ningún derecho a juzgar a mi

niña bonita.

—No es que tenga una mala opinión de ella, es simplemente que he vivido el suficiente tiempo aquí para darme cuenta que nunca ha enfrentado el mundo sola.

—Ese es tu problema, que has vivido aquí tanto tiempo como dices y nunca te acercaste a ella realmente, todos ustedes los que trabajan en esta casa ven el trato que le da su padre y nadie ha hecho nada para ayudarla.

—¿Y qué se supone que hagamos?, solo somos empleados —la miré sin poder creer lo que escuchaba.

—Pues entonces yo no voy a ser como otro empleado, no me voy a quedar de pie viendo cómo es maltratada, no me importan tus prejuicios.

Salí de la cocina hecho una furia, no podía comprender que mi tía tuviera una mente tan cerrada, se suponía que le tenía afecto, pero ahora me daba cuenta que tanto ella, como los demás, solo la veían como una niña malcriada, me senté en un banco junto a la piscina mientras esperaba que regresara y trataba de calmar mi ira, respiré profundo y me concentré en las pequeñas cascadas de la piscina.

—¿Erik? —me giré para verla corriendo hacia mí luciendo un vestido largo de color blanco con una chaqueta negra, su cabello que había dejado suelto se movía al compás de viento, haciéndola lucir como un ángel, me puse de pie y esperé a que llegara a mi lado—, ¿está todo bien?, Anne me dijo algo muy extraño cuando pasé por la cocina.

—¿Qué te dijo? —pregunté tenso.

—Me dijo que no te diera alas, que tú y yo no éramos iguales —tomó mi cara con sus manos y me obligó a mirarla a los ojos—, yo no sé si tú me consideras diferente, pero para mí, tú eres lo mejor que me ha pasado, la única persona que me ha tratado bien y ha sido amable conmigo, por eso quiero que si en algún momento piensas que estar conmigo de alguna forma te afecta, me lo digas y te prometo que te dejo tranquilo, yo nunca haría nada para lastimarte.

—Claro que no, mi niña bonita, estoy seguro de que nada de lo que hagas será con la intención de lastimarme, eres demasiado buena para hacerle daño a alguien —bajé mi cabeza y junté mis labios con los suyos, seguramente mi tía estaría en algún lugar vigilándonos, pero no me importaba, ambos queríamos eso y mientras ella se sintiera bien estando conmigo, nada más

importaba. Sus brazos rodearon mi cintura y la pegué más a mí tratando de profundizar el beso, no podía sobrepasarme, pues sabía que mi tía no se perdía ningún detalle y no iba a darle más motivos para juzgarme, me separé y acaricié su mejilla—, olvidé cambiarme de ropa —dije señalando mis jeans y camiseta sucios por la tierra, además era una buena oportunidad para calmarme—, regreso en un momento.

Me cambié lo más rápido que pude y salí evitando encontrarme con mi tía, cuando volví me encontré a mi niña bonita sentada en el mismo banco donde estaba yo.

—Estoy listo, niña bonita —se puso de pie y me tendió la mano con una sonrisa, la tomé y caminamos hasta mi moto.

—Me gusta cuando me dices así, tal vez debo buscar un apodo cariñoso yo también para llamarte —dijo bromeando; cuando estaba en ese plan juguetón, sus mejillas adquirirían un tono rosa.

—Bueno, puedes decirme dios griego —rio a carcajadas y me pareció incluso más hermosa cuando estaba feliz.

—Eres un creído, apuesto a que es tu madre quien te mete esas ideas.

—Hablando de mi madre... quiere conocerte —comenté esperando su reacción, era pronto para llevarla a casa, pero quería saber qué me esperaba.

—¿En serio?, ¿tú le hablaste de mi? —preguntó con un gesto de sorpresa.

—¿Te molesta que lo hiciera?

—Claro que no, de hecho, me alegra mucho, eso quiere decir que me consideras importante.

—Por supuesto que eres importante, ¿qué te hace pensar lo contrario?

—Es que yo... bueno yo... —entonces lo comprendí, su padre de nuevo, él la había hecho sentir insegura tantas veces que para ella confiar era difícil.

—Escúchame bien, cariño, tú eres muy importante, no dejes que nadie te haga creer lo contrario —le di un corto beso y su ánimo pareció mejorar.



Llegamos al lugar donde tendría su entrevista de trabajo, era un despacho de abogados, pero no tenía muy buen aspecto, estaba situado en el centro, en uno de esos edificios antiguos que a simple vista parecen abandonados; las paredes parecían no haber sido pintadas en años y las baldosas del piso en tonos blancos y negros me hicieron pensar en esas películas de los años cincuenta.

—Así que, ¿en qué consiste el empleo? —le pregunté cuando entramos.

—En el anuncio decía que es para asistente, tengo la esperanza de que me contraten, aunque no tengo mucha experiencia, en el anuncio decía que podrían ser alumnos de primer año de derecho y yo estoy en segundo —asentí no muy seguro de que ese fuera el lugar adecuado.

Caminamos en silencio, las oficinas estaban en el primer piso “afortunadamente porque no vi un ascensor por ningún lado”, nos recibió una recepcionista, que no aparentaba tener más de treinta años, vestida con una falda muy corta y un maquillaje recargado que imposibilitaban saber si tenía algún atractivo.

—Buenas tardes, vengo por el anuncio —le dijo Sara, la mujer me miró de arriba abajo, pero en ningún momento se fijó en mi compañera, incluso parecía que no la había escuchado.

—Claro, el señor Peters viene en un momento —le respondió por fin sin apartar su mirada de mí.

—Gracias.

Nos sentamos en un viejo sofá y la mujer seguía mirándome, al punto de ponerme nervioso.

—¿Estás segura que quieres trabajar aquí? —pregunté ya sintiéndome incómodo bajo su escrutinio.

—¿Por qué lo preguntas?, ¿te parece mal? —la miré un momento, se veía tan inocente que no la podía imaginar en un sitio como ese, estaba totalmente fuera de lugar.

—Cariño, ¿has escuchado eso de que la primera impresión es la que vale?, pues bueno esa mujer es la primera impresión que tenemos de este lugar y para ser sincero, no es muy buena —dije refiriéndome a su peculiar

vestuario.

—¿Lo dices porque te está mirando como si fueras ese dios griego que presumes? —preguntó con una sonrisa.

—Lo digo porque está vestida y maquillada como si acabara de salir de algún bar del centro —ella volvió su mirada hacia la mujer que nos seguía mirando, la evaluó durante un momento y luego me miró de nuevo.

—No le hagas caso —dijo como si hubiese llegado a la conclusión de que era un caso perdido.

En ese momento vimos que se acercaba un hombre mayor, era bajo y con una enorme panza, vestía un traje negro que seguramente había tenido mejores tiempos y su cabeza estaba cubierta con un largo mechón de cabello que cruzaba de un lado a otro, ya que el resto seguramente se había caído hacía mucho tiempo. *Alguien debería decirle que existen los peluquines*, pensé; la recepcionista le dijo algo y enseguida se giró hacia donde estábamos, sus ojos se enfocaron en Sara y lo vi cambiar su expresión por una de lujuria, una sonrisa ladina apareció en sus labios.

—Buenas tardes, linda —dijo acercándose y tomando su mano, esperé a que la soltara, pero no parecía dispuesto a hacerlo.

—Buenas tardes, señor —le respondió ella tratando de soltarse, él bajó su mirada a sus pechos y eso me enfureció, la tomé de la cintura y la aparté.

—Creo que ella no está interesada en el empleo después de todo —por fin logré que el sujeto se enfocara en mí y su sonrisa anterior fue reemplazada por una de molestia, como si acabara de quitarle su dulce favorito.

—¿Y tú eres? —preguntó enfadado.

—Soy su novio y si no deja de mirarla como lo está haciendo voy a romperle la cara —el hombre abrió los ojos y se alejó luciendo intimidado, mientras tanto, yo aproveché para sacarla casi a rastras de ese tugurio.

—¿Se puede saber por qué hiciste eso? —me preguntó en tono molesto una vez que estuvimos fuera.

—¿En serio me estás preguntando eso?, ese tipo te estaba mirando como si fueras un trozo de carne y él un lobo hambriento —sabía que me estaba comportando como un novio celoso, pero no me importaba, nadie iba a mirar de ese modo a mi niña bonita.

—Por supuesto que me di cuenta, yo misma iba a rechazar el empleo, pero sería bueno que me dejes tomar mis propias decisiones, ya sé que

parezco tonta pero no lo soy —verla enojada me hizo querer abrazarla, era la primera vez que se molestaba conmigo, sus mejillas adquirieron un tono rosa y sus ojos verdes brillaban, se veía tan hermosa.

—Lo siento cariño, es que me enfureció la forma como te miraba y no creo que seas tonta, solo que eres demasiado buena para ver la maldad en otros —me incliné y deposité un beso en sus labios queriendo calmarla, cosa que funcionó porque enseguida su tono cambió.

—Erik, gracias por salvarme, pero me gustaría no sentirme como un mueble que las personas mueven a su antojo —dijo con sus ojos clavados en los míos, no me había detenido a pensar cómo había sido su vida, o cuántas veces su padre la hizo sentir invisible al no permitirle tomar sus propias decisiones.

—Perdóname mi niña bonita, pensé que te estaba protegiendo.

—Gracias entonces por protegerme —dijo rodeando mi cintura con sus brazos.

—¿Qué te parece si te invito un helado para compensarte? —pregunté queriendo alejar los malos pensamientos, que por un momento no pensara en las cosas malas que pasaban en su hogar.

—Solo si es de fresa y chocolate —respondió con una enorme sonrisa, en ese momento me recordó a una niña pequeña.

—Trato, vamos, conozco un lugar donde venden unos deliciosos —la tomé de la mano y nos alejamos del tugurio donde por suerte nunca más volvería.

Llegamos a la heladería que solía visitar con mi madre, era uno de los pocos gustos que nos dábamos, pues nuestra situación económica no nos permitía ir a restaurantes o algún otro sitio más caro, así que los domingos siempre la invitaba a tomar un helado, era un lugar agradable, con sillas y mesas de colores, y del techo colgaban pequeños adornos con formas de diferentes helados. Nos sentamos e hicimos nuestro pedido, uno de fresa y chocolate para ella y de vainilla para mí, comíamos y charlábamos animadamente cuando una voz muy conocida se escuchó a nuestro lado.

—¿Así que ahora te gustan las moscas muertas? —levanté la cabeza para encontrarme con Leah de pie fulminándonos con la mirada mientras daba pequeños golpes con su tacón en el piso, como siempre, traía un vestido corto que se ajustaba a la perfección a su cuerpo, era una verdadera lástima que

tuviera tan mal carácter pues realmente era una chica hermosa—, déjanos tranquilos Leah, no queremos problemas.

—¿Ah sí?, ¿al menos le dijiste que tienes novia? —vi el dolor reflejarse en los ojos de Sara cuando la escuchó decir eso, su expresión alegre enseguida cambió y supe que pensaba que yo la había engañado—, así es perra, ese que está contigo es mi novio.

—¡Ya basta, Leah!, no te atrevas a insultarla, tú y yo no somos nada —sin más, mi exnovia se abalanzó, tomó la copa de mi helado y la lanzó sobre mi acompañante quien parecía no poder moverse, rápidamente me puse frente a ella para evitar que la atacara de otra forma.

—¡Apártate! ¿Es tan poca cosa que no puede defenderse sola? —dijo tratando de alcanzarla.

—No sigas insultándola porque me voy a olvidar que eres una mujer —sentí el vestido de Sara rozarme cuando esta salió corriendo del lugar—, estás demente —le dije a Leah antes de salir en busca de mi niña bonita. Cuando estuve fuera de la heladería miré a ambos lados, primero no la vi y me preocupé, pero entonces la localicé a unos metros, caminaba rápidamente mientras trataba de esquivar las personas que transitaban a esa hora por la acera, la llamé, pero no se detuvo, en cambio, aceleró sus pasos, corrí más rápido hasta que la alcancé, sujeté su brazo tratando de detenerla—, Sara, espera, déjame explicarte.

—No es necesario, lo entiendo —¿que lo entendía?, esa respuesta me descolocó, esperaba que gritara y me insultara, no que con una calma que me superaba me dijera que lo entendía.

—¿Y qué se supone que entiendes?

—Eso, que estabas enojado con tu novia y solo pasabas el rato conmigo hasta que volvieras con ella —habló mirando a los transeúntes como si no le diera mucha importancia a sus palabras, pero su expresión me decía que estaba dolida.

—Estás diciendo tonterías —me puse frente a ella y me molestó ver su ropa llena de helado y las lágrimas corriendo por su rostro—, mi niña bonita, lamento mucho que te hiciera eso, Leah es una berrinchuda que no mide las consecuencias de sus actos.

—¿La amas? —preguntó de pronto.

—No, tal vez lo hice en algún momento, pero su actitud hizo que cada día me sintiera más lejos de ella —y era verdad, hacía mucho tiempo que había dejado de sentir algo por Leah.

—¿Es verdad que terminaron? —parecía dudar de mis palabras y eso me dolió, yo nunca le mentiría.

—Sí, el día que comencé a trabajar en tu casa, aquella noche en la universidad me hizo una de sus escenas, no lo soporté más.

—Ella no te va a dejar ir tan fácil, lo sabes ¿verdad? —ella lo tenía tan claro como mi madre y ni siquiera conocía lo suficiente a Leah, era de verdad perceptiva.

—Es su problema, yo siento que me fui de su lado hace tiempo —limpié sus lágrimas y la abracé sin darle importancia a embarrarme de helado, sentía que de cierta forma estaba así por mi culpa—, vamos, es mejor que te lleve a tu casa para que te puedas dar un baño y quitarte todo eso de encima.

La ayudé a subir en la moto y luego me dirigí a su casa, como siempre, me pidió que la dejara una calle antes, sabía que era por miedo a que su padre la viera conmigo, no porque sintiera vergüenza de mí, eso lo tenía claro.

—Gracias por acompañarme —me dijo cuando nos bajamos.

—No fue nada, lamento mucho que las cosas no terminaran bien — señalé su vestido manchado.

—No te preocupes por eso, tal vez esa chica te ama de verdad y por eso no quiere perderte —ella no comprendía que algunas personas amaban de la forma equivocada, pues solo conocía una forma de amar.

—Ella no me ama, solo cree hacerlo —dudó un momento como si no estuviera muy segura y finalmente asintió—, te prometo que no volverá a pasar, hablaré con Leah para que me deje tranquilo.

—Entiendo porqué estabas enamorado de ella, es hermosa.

—Tú eres más hermosa, mi niña bonita —tomé su rostro en mis manos y la besé—, no lo olvides —sonrió y luego se alejó del lugar.

Un momento después subí a mi moto y me fui a dar una vuelta antes de llegar a mi casa, quería pensar en lo que estaba pasando con Sara, sin darme cuenta llegué a la colina, subí la pequeña cuesta y caminé hasta llegar debajo del árbol, allí mientras observaba la ciudad me di cuenta que, sin importar las razones, ella se había convertido en lo más importante para mí.



Capítulo Siete

Había pasado una semana desde el incidente en la heladería con la exnovia de Erik, aquel día cuando ella dijo que eran novios sentí que se abría un hueco y me tragaba, Leah era ese tipo de mujer que llama la atención por donde quiera que pasara, incluso me di cuenta que algunos chicos en la heladería la miraban embobados, con su cabello castaño que caía liso por su espalda y sus ojos marrones que resaltaban con el maquillaje que tenía, traía un vestido verde muy corto y unos tacones demasiado altos, supe enseguida por qué él se había fijado en ella, Leah gritaba seguridad sin siquiera proponérselo, ambos formaban la pareja perfecta; sin embargo, luego me di cuenta que toda esa belleza no era más que una superficie, también era cruel, yo estaba acostumbrada a la crueldad de las personas, después de todo había vivido toda mi vida con mi padre, sentí tanta vergüenza cuando me insultó y todos en el lugar miraron en nuestra dirección que lo único que pude hacer fue salir corriendo y llorando como una tonta sin carácter, a veces me gustaría ser diferente, poder enfrentar el mundo como lo hacen otras personas y no tener miedo, pero no era así como funcionaba y tenía que aprender a vivir con ello.

Era domingo e iría a conocer a la madre de Erik, estaba asustada y emocionada al mismo tiempo, quería que ella me aceptara, que entendiera que

su hijo era importante para mí.

Me miré al espejo para asegurarme que estaba bien, no quería que nada se me pasara, me había puesto jeans, un suéter verde y unos zapatos planos de color negro, me recogí el cabello en una coleta alta y usé mis pequeños pendientes en forma de mariposa, eran la única joya que tenía, se suponía que habían pertenecido a mi madre, pero era algo de lo que no estaba segura, solo sabía que los tenía desde niña. Tomé mi bolso con el poco dinero que tenía, quería comprar unas flores para la señora Claire, así que le diría a Erik que se detuviera en alguna floristería. Por suerte, mi padre no estaba en casa, había salido de viaje por una semana, lo que significaba para mí una semana de libertad, amaba cuando se iba por un tiempo, era lamentable que dijera eso pero era la verdad, bajé las escaleras y me dirigí a la entrada, feliz. Cuando salí, allí estaba él apoyado en su moto, tan guapo como siempre y luciendo su eterna sonrisa, su aspecto de chico malo lo hacía aún más atractivo.

—Hola —saludé cuando me acerqué.

—Hola, mi niña bonita, te ves hermosa —dijo mirándome de arriba a abajo, haciéndome sentir que de verdad lo era, se inclinó para besarme, no sabía qué tipo de relación teníamos, si él me consideraba su novia o solo una amiga especial y aunque sonara patético no me interesaba mientras estuviera a mi lado.

De camino a su casa le pedí que se detuviera en una floristería y cuando entré, el olor a flores inundó mis fosas nasales, era agradable estar ahí, rodeada de tantos aromas y colores, una mujer mayor, de esas que parecen las abuelitas tiernas de las películas, se encontraba detrás del mostrador y me saludó con una sonrisa, después de enseñarme todas las flores que tenía me decidí por unos lirios blancos, no le había preguntado a Erik qué tipo de flores le gustaban a su madre así que me guié por mi instinto. Luego de dar las gracias, me dispuse a salir, pero algo llamó mi atención, en una de las paredes se encontraba un cartel donde solicitaban una persona para trabajar ahí.

—Disculpe —dije dirigiéndome de nuevo a la mujer—, ¿todavía necesita a una ayudante?

—Oh, claro que sí, en pocos días mi hija dará a luz y me gustaría pasar

más tiempo con ella y mi nieto, por eso estoy buscando a alguien que pueda ayudarme, ¿estás interesada?

—La verdad es que sí, necesito conseguir un empleo —dije entusiasmada con la idea.

—¿Qué tal si te das una vuelta mañana y hablamos de los detalles?

—Pos supuesto, se lo agradezco mucho —salí de allí sintiéndome feliz, no podía creer mi suerte.

—¿Y por qué tan sonriente, cariño?, ¿algún tipo ahí dentro?, ¿debería sentirme celoso? —preguntó mirando hacia el interior.

—No seas tonto, es que creo que por fin voy a conseguir un empleo, la dueña necesita a alguien que le ayude, me pidió que viniera mañana.

—Eso es genial, te felicito.

Por fin llegamos a su casa, desde afuera se veía sencilla pero acogedora, tenía un pequeño porche blanco donde había una silla mecedora y varias macetas que contenían plantas con flores violetas y rojas.

—¿Tú te encargas de cuidar las plantas aquí también? —pregunté acercándome para aspirar su olor.

—A decir verdad, sí, mi madre ama sus plantas y fue difícil para ella cuando ya no pudo cuidarlas, así que yo lo hago —respondió echándole un vistazo a las que decoraban el lugar.

—¿Puedo preguntarte qué enfermedad tiene tu madre? —en su rostro se dibujó un gesto de tristeza, uno que nunca le había visto, nadie pensaría que detrás de esa imagen de chico alegre se escondía uno que sufría por su madre.

—Fue diagnosticada hace unos años con una enfermedad conocida como artritis reumatoide —respondió pasando su mano por las hojas de una de las plantas con tanta suavidad, como si temiera romperla.

—No sé mucho de medicina, ¿eso es grave? —me sentí algo tonta por no entender su situación.

—Es una enfermedad extraña en la que su propio sistema inmunológico se encarga de atacar los tejidos del cuerpo que se supone debe proteger, causando que sus articulaciones se inflamen, se pongan rígidas y se deformen, además de que causa un intenso dolor.

—Lo siento, debe ser difícil para ella —dije tomando su mano.

—Lo es y fue peor porque sus síntomas comenzaron mientras mi padre luchaba contra el cáncer, así que no solo era su enfermedad sino la de él —se

quedó en silencio, con la mirada perdida en algún lugar, como si estuviera recordando aquello.

—También debió serlo para ti.

—Lo fue y lo sigue siendo, pero tengo que ser fuerte por ella, soy lo único que le queda y si decaigo, no tendrá en qué apoyarse —me habló con una sonrisa que no llegó a sus ojos, siempre pensé que mi vida había sido complicada, pero ahora entendía que Erik lo tuvo más difícil, a pesar de ello, no perdió su fortaleza.

—Ella debe de estar orgullosa de ti, yo lo estaría si fuera tu madre.

—Es una suerte que no lo seas, sería raro querer besarte —dijo guiñándome un ojo, luego me dio un beso.

Caminamos tomados de la mano y comencé a ponerme nerviosa, no sabía lo que ella pensaría de mí, esperaba sinceramente agradecerle, sabía que para Erik era demasiado importante la opinión de su madre.

—Mamá, llegamos —gritó en cuanto cruzamos la puerta, la casa era pequeña, los muebles de color marrón se veían desgastados, incluso pude ver que uno de ellos estaba cubierto por una vieja sábana; el lugar estaba muy limpio y sobre todo tenía calor de hogar, sobre la mesa del centro había una pequeña maceta con una planta y justo al lado, descansaba un libro, me acerqué un poco para leer el título, cuando una voz suave llamó mi atención.

—¿Te gusta la poesía de Dante Gabriel Rossetti? —me giré apenada porque me encontrara husmeando sus cosas, frente a mí había una mujer que estaba segura que en algún tiempo había sido hermosa, lucía una sonrisa cálida y sus ojos aún tenían un brillo idéntico a los de Erik.

—Lo siento, no quería ser imprudente —dije poniéndome nerviosa, no era esa la primera impresión que quería causar.

—No lo eres, es mi poeta favorito, su poema *Through Death to Love* lo he leído tantas veces que lo sé de memoria. ¿Así que tú eres Sara? —me dijo acercándose.

—Ella es mi niña bonita —habló Erik pasando sus brazos por mis hombros.

—Es un placer conocerla, señora —le dije tendiéndole la mano.

—Llámame Claire por favor —cuando tomó mi mano pude notar que sus dedos estaban rígidos y se le dificultaba abrirlos, los conflictos que tuvo que pasar en su vida sin duda le habían pasado factura, tenía un sencillo

vestido azul claro y unos zapatos negros, llevaba su cabello corto hasta los hombros recogido a un lado con una peineta de pequeñas piedras azules.

—Esto es para usted —le tendí las flores y las tomó con una enorme sonrisa.

—Muchas gracias, ¿tú se lo dijiste, Erik? —preguntó mirando a su hijo, me quedé confusa sin entender a qué se refería.

—No, ella las escogió sola —dijo sonando orgulloso cosa que me confundió aún más.

—Oh querida, no sabes cuánto te agradezco, estas son mis flores favoritas, mi esposo solía regalármelas en nuestro aniversario —noté un matiz de tristeza en su expresión y me pregunté qué se sentiría perder al amor de tu vida, tal vez yo nunca lograría comprender ese tipo de dolor.

—Me alegra mucho que le gusten, no estaba segura de cuales traerle.

Un rato después pasamos a la mesa, el almuerzo consistía en pollo frito, papas al horno y algunas verduras, mientras comíamos conversábamos de todo un poco, ella tenía un sentido del humor muy similar al de su hijo y la relación entre ellos me daba un poco de envidia, yo nunca supe qué se sentía ser amada por mi madre. La tarde pasó rápidamente, hasta que finalmente llegó la hora de despedirnos, prometí volver a visitarla cada vez que pudiera. Regresamos a mi casa, era curioso cómo la sencillez del hogar de Erik me hizo sentir por primera vez en una familia, sin embargo, el mío con todos sus lujos, siempre me había parecido una prisión.

—Llegamos, niña bonita —me dijo cuando detuvo la motocicleta frente a la entrada.

—Gracias por invitarme, me lo pasé muy bien, tu madre es encantadora.

—Ella piensa lo mismo de ti.

—Me alegra haberle gustado, me daba miedo no hacerlo —en el fondo estaba más que alegre, me sentía eufórica de saber que la señora Claire me aceptaba.

—Cariño, tú le gustas a todo el mundo, es imposible no quererte —dijo y me besó en la frente—, creo que es mejor que me vaya —antes de pensar en lo que hacía, le pregunté.

—¿No quieres quedarte un rato más?

—Nada me gustaría más que pasar todo el tiempo posible contigo,

pero no creo que a tu padre le guste mucho verme en su casa.

—Él no está, se fue de viaje toda la semana —dije dudando si había hecho lo correcto al pedirle que se quedara, ¿y si pensaba que iba muy rápido?, me habría gustado tener algo de experiencia y saber qué hacer en esos casos.

—Ahora entiendo porqué me dejaste acompañarte a la puerta —comentó con una amplia sonrisa, me tranquilizó ver que no lo había escandalizado mi propuesta.

—¿Entonces vas a quedarte? —pregunté esperanzada.

—Enséñame el camino —dijo tendiéndome la mano, lo llevé por el salón y luego por las escaleras hasta el segundo piso, mi cuarto estaba al final del pasillo, mi padre me había asignado la zona más alejada y eso me gustaba, prefería estar lejos de él todo lo que pudiera. Abrí la puerta y lo invité a pasar, estaba nerviosa de tenerlo ahí; por un momento, me sentí como una adolescente que hace algo sin permiso.

—Bonito lugar, se parece a ti —miré a mi alrededor y me di cuenta que era cierto, mi habitación era sencilla, con pocos muebles, solo la cama, dos mesas de noche a cada lado donde descansaban dos pequeñas lámparas blancas, un escritorio y un librero lleno de mis libros favoritos.

—Gracias, me alegro que te guste —retorcía mis manos sin saber qué hacer, aunque era una adulta, nunca había estado a solas con ningún hombre.

—Es la primera vez que traes un chico a tu cuarto —no era una pregunta y no sabía si sentirme avergonzada porque él me conociera tan bien, como si tuviese un letrero que gritara virgen desesperada, no era que lo estuviera, pero así me sentía en ese momento.

—Se nota mucho ¿verdad? —sentí mi cara ponerse roja de vergüenza.

—Es que estás nerviosa, como cuando haces algo que no está permitido, ¿quieres que me vaya?

—No, no quiero que te vayas —y era cierto, lo que más quería en ese momento era estar con él, de todas las formas posibles.

—Entonces ¿qué quieres hacer? —preguntó acercándose a mí.

—Yo... no lo sé —respondí cerrando los ojos cuando su aliento acarició mi oreja, en realidad sí sabía lo que quería, pero tenía demasiada vergüenza de decirlo.

—Vamos a tener que improvisar —sus labios se pegaron a los míos mientras sus manos sujetaban mis caderas, levanté los brazos para rodear su cuello, su lengua entró en mi boca y una de sus manos comenzó a acariciar mi

espalda, un escalofrío recorrió mi cuerpo y me pegué más a él, su otra mano descendió hasta posarse en mi trasero, estábamos tan juntos que pude sentir el bulto que se presionaba en mi estómago—, ¿quieres que me detenga, cariño? —me preguntó repartiendo pequeños besos por mi cuello.

—No, no lo hagas, quiero continuar hasta el final —separó su cabeza y sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Estás segura? —vi su mirada llena de deseo, eso era algo que, aunque nunca había experimentado, no me costó reconocer; Erik me deseaba y yo lo deseaba a él.

—Completamente, nunca había estado tan segura de algo en mi vida — apenas había terminado de hablar cuando se apoderó de mi boca nuevamente, un minuto después, se separó de mí y despacio me quitó el suéter, quedé frente a él con mi sujetador de encaje blanco.

—Eres hermosa y me siento el hombre más afortunado porque me permitas ser el primero, pero te advierto que seré el único; si llegamos al final, nunca permitiré que otro te toque —un escalofrío recorrió mi cuerpo ante sus palabras, esa era una faceta que nunca esperé ver en él.

—Está bien, yo no quiero que nadie más que tú me toque, siempre serás solo tú —desabrochó mi sujetador y lo dejó caer junto al suéter, me sentí avergonzada, pero me obligué a permanecer tranquila mientras me desnudaba, no quería que se detuviera.

—No sabes lo que me hace sentir tenerte así —dijo, bajando su boca hasta uno de mis pezones mientras con la mano acariciaba el otro.

—Erik.

—Todo va a estar bien cariño, si quieres que me detenga, lo haré.

—No —fue lo único que alcancé a decir antes de sentir que succionaba con fuerza, mi cuerpo comenzó a arder, me aferré a su cabello, un momento estaba de pie con él pegado a mi pecho y al siguiente, me encontraba recostada en la cama, su boca comenzó a descender hasta mi estómago y sentí su lengua en mi ombligo. Desabrochó mi pantalón y lo bajó acompañado de mi ropa interior, levanté las caderas para ayudarlo en el trabajo hasta que estuve completamente desnuda ante él, se quedó de pie mirándome mientras se desvestía; cuando por fin estaba tan desnudo como yo, se arrodilló y me arrastró hasta dejarme al borde de la cama, no estaba segura de lo que iba a hacer, pero entonces ya no tuve tiempo de preguntármelo cuando se inclinó y sentí su lengua en mi centro. Me aferré a las sábanas mientras él seguía lamiendo y succionando, había leído algunas novelas donde hablaban sobre el

sexo, pero nada se podría comparar a la realidad. Sentí algo inexplicable que se formaba en mi interior y entonces llegó una explosión, me retorcí gritando su nombre. Se separó mientras yo seguía respirando agitadamente, se puso sobre mí y me besó, correspondí tomándolo del cabello para impedir que se alejara, alargó su mano hasta llegar a mi centro sensible por lo que acababa de hacerme y comenzó a acariciarme, era algo que nunca pensé que podría existir.

—Voy a ir despacio, mi amor, si te hago daño dímelo y me detendré — asentí mirándolo a los ojos cuando comenzó a entrar en mí, era una sensación placentera, hasta que llegó a un punto donde se detuvo—, esto te va a doler un poco, ¿lo sabes, verdad? —de nuevo asentí, el que fuera virgen no quería decir que no conocía nada sobre el sexo; en la escuela nos dieron clases de educación sexual, eso contaba ¿verdad? Pegó sus labios a los míos y en un movimiento rápido, quedó totalmente enterrado en mi interior, acababa de comprobar que el dolor no era poco, en realidad era mucho—. Tranquila, mi niña bonita, va a pasar —esperaba que así fuera, si no, no querría hacer eso de nuevo nunca más, unos minutos después, el dolor disminuyó y él se movió nuevamente, entrando y saliendo mientras yo me aferraba a sus hombros.

—Erik, te amo —las palabras salieron de mis labios justo en el momento en que otro fuerte orgasmo me asaltaba.

—Yo también te amo —lo sentí tensarse y lo vi arquear su espalda, explotando él también.

Una vez más Erik me había hecho sentir especial y tuve la certeza de que nunca más sentiría eso con nadie, solo él podía hacerme ver el cielo con un solo toque.



Capítulo Ocho

Eran las tres de la mañana y la observaba dormir, se veía como un ángel, con su cabeza apoyada en mi pecho y su brazo rodeando mi cintura, su cabello rubio se extendía por la almohada. Le había hecho el amor varias veces y ahora me sentía mal, no estaba seguro de si en mi desenfreno le habría causado algún daño, aunque ella no se quejó en ningún momento, estaba dichoso de que hubiera confiado en mí, la escuché decirme te amo mientras estaba en su interior y yo le respondí que también la amaba, porque en el poco tiempo que llevábamos de conocernos y estar juntos, estaba seguro de que lo que sentía por Sara era amor, un amor de esos que se quedan en tu corazón para siempre, solo esperaba que ella quisiera lo mismo conmigo, pues no estaba dispuesto a dejarla ir, menos ahora, podría parecer retrógrado pero no me importaba, nunca iba a permitir que otro la tocara de la misma forma que yo lo hice. Miré de nuevo el reloj, era hora de irme, no quería dejarla, pero si pretendía ser el hombre que ella merecía, tenía que esforzarme mucho.

—Despierta cariño, me tengo que ir ya —le dije dándole un suave beso en los labios.

—No quiero que te vayas —dijo pegándose más a mí.

—Tengo que irme, debo ir a trabajar —acaricié su mejilla y deposité

un suave beso en su cabeza.

—Tal vez algún día seamos ricos y ya no tengas que trabajar más, así te puedes quedar conmigo en la cama todo el tiempo —hablaba con su cara enterrada en mi pecho y tuve que inclinarme para entender lo que decía.

—Pensé que tú ya eras rica —comenté riendo, pero mi sonrisa se borró con sus siguientes palabras.

—El rico es mi padre, en realidad yo soy tan pobre o más que tú, el poco dinero que tengo, lo consigo haciendo trabajos para algunos compañeros y maestros de la universidad.

—¿Él no te da dinero para tus gastos? —pregunté haciendo que girara su cara para verla.

—Antes me daba un poco para comprarme ropa y alguna cosa que necesitara por si sus amigos me veían no pensarán que estaba mal vestida, pero en cuanto cumplí los dieciocho dejó de darme, dijo que ya era una adulta y tenía que mantenerme por mi misma, que le agradeciera por pagarme la universidad, realmente no me importa.

—Lamento que tu padre sea un bastardo insensible.

—Yo también lo lamento y no porque no me de dinero, sino porque nunca he comprendido por qué no me quiere —bajó la cabeza, mis padres siempre me habían dado tanto amor que no comprendía cómo es que un padre no puede amar a un hijo y más a Sara, ella que solo transmitía amor a quienes la rodeaban.

—Tal vez te quiera a su manera —dije tratando de hacerla sentir mejor.

—Tal vez —me dijo cerrando los ojos y metiendo su cabeza en mi cuello.

—Tengo que irme ahora, pero ya sabes que nos veremos en unas horas cuando venga a trabajar en tu jardín.

—Eso sería al mediodía, en la mañana tengo clase, pero vendré rápido para que almorcemos juntos —respondió recuperando el ánimo.

—Perfecto, mi niña bonita —acerqué mi boca a la suya y comencé a besarla, su mano acariciaba mi pecho y yo estaba preparado para hacerle el amor nuevamente—, tenemos que parar, cariño.

—No quiero, por favor hazme el amor de nuevo.

—Debes estar adolorida, no quiero lastimarte —en el fondo me moría de ganas por llenarla de besos y caricias nuevamente.

—No me lastimas, nunca lo harías —sus palabras me dieron vía libre,

me acomodé encima suyo y con mis rodillas separé sus piernas, estiré la mano para acariciarla y asegurarme que estaba lista, la escuché gemir cuando introduje un dedo en su interior, estaba lista y yo no podía esperar más, lentamente comencé a entrar en ella—. Te amo —me dijo mientras se aferraba a mis hombros con fuerza y clavaba sus uñas en mi piel.

—Y yo te amo a ti, mi niña bonita —quería ir despacio pero no podía, estaba demasiado perdido en ella, un solo toque suyo y desaparecía por completo mi buen juicio, así que mis movimientos se hicieron rápidos, la besé con fuerza y mordí su labio.

—Erik, no puedo más.

—Sí, mi niña bonita, sí que puedes, solo déjate ir —la sentí tensarse y supe que estaba cerca así que aceleré mientras la seguía besando, hasta que alcanzó el orgasmo, entonces me dejé ir yo también.

Nos despedimos en medio de besos y caricias y me dirigí a mi casa, cuando llegué, me sorprendió ver la luz de la sala y enseguida me preocupé, corrí y cuando abrí la puerta encontré a mi madre en el sofá de la sala esperándome, respiré aliviado cuando supe que estaba bien.

—Madre, ¿qué haces levantada a esta hora? —pregunté mirando el reloj para ver que eran las cuatro de la mañana.

—Te estaba esperando —dijo mirándome, no había reproche en su voz, lo que indicaba que no estaba enojada porque me quedé fuera, aunque no era la primera vez que lo hacía, cuando estaba con Leah me quedaba algunas veces con ella.

—¿Me esperaste toda la noche? —pregunté pasando mis manos por mi cuello y luego poniéndolas en mi bolsillo, ella nunca antes me preguntó sobre no venir a dormir, y ahora me sentía como un chiquillo regañado, aunque no me estuviera reclamando.

—No, claro que no, me desperté hace como una hora y cuando fui a tu habitación vi que no habías venido a dormir, así que asumí que te quedaste con Sara.

—Yo... bueno, quería avisarte, pero se me pasó el tiempo —me miró dubitativa.

—¿Estás seguro de lo que haces? —levanté la cabeza ante su pregunta.

—¿Tú también vas a juzgarme como la tía?, ¿vas a decirme que no estoy a su altura? —su entrecejo se arrugó cuando mencioné a mi tía.

—¿Anne te dijo eso?

—Algo así —preferí omitir todos los detalles y solo darle la versión corta.

—Hijo, ven, siéntate un momento —caminé hasta llegar a ella y me senté a su lado, cuando lo hice, me tomó de las manos y me miró a los ojos — yo nunca te diría que no estás a la altura de alguien, sin querer sonar arrogante, eres mi hijo, yo te crié y sé que eres el mejor hombre del mundo y que cualquier mujer sería afortunada de tenerte, sin importar que no tengas dinero —le sonreí agradecido, mi madre me veía mejor de lo que me veía yo mismo —, solo quiero que tengas cuidado, Sara no es como Leah.

—Eso lo sé, mamá —nunca tuve algo más claro en la vida, ellas eran como el agua y el aceite.

—Entonces no la hagas sufrir, no quiero que mañana te des cuenta que no la quieres tanto y la dejes también.

—Mamá, lo de Leah era diferente, yo siempre supe que no estaba enamorado de ella, pero a Sara la amo con todo mi corazón, quiero hacer las cosas bien, quiero ser ese hombre que ella se merece —quería que mi madre comprendiera lo importante que Sara era para mí, que supiera que mi corazón estaba lleno solo de ella.

—Lo eres hijo, tú eres ese hombre —dijo besando mi frente y yo quise creerle, quise convencerme de que era cierto porque para mí no habría nadie más que mi niña bonita.

—Gracias mamá, te amo.

—Yo también te amo y siempre te voy a apoyar en todo, ella me gusta, es una chica buena.

—Lo sé, tú también le gustas —dije recordando el entusiasmo que Sara mostró cuando vino a visitarla—, ahora tengo que ir a trabajar, voy a darme un baño.

—Está bien, mientras tanto yo te preparo café —Besé su mejilla y me dirigí a mi habitación, mi madre era todo lo que tenía y me sentía feliz de que entendiera mi relación con Sara sin juzgarme.



Pasé las horas siguientes ansiando que fuera el mediodía para verla, llegué a su casa a las ocho y después de desayunar con mi tía comencé mi trabajo, sembré plantas pensando en ella y recordando la noche anterior una y otra vez, la forma en que se veía cuando estaba excitada, cómo se entregaba a mis caricias y correspondía a ellas, éramos uno solo en ese momento, sin límites, sin restricciones. Al mediodía mi tía me llamó para comer y mi niña bonita aún no regresaba, comenzaba a pensar que llegaría más tarde, pero cuando estábamos en la mesa, entró corriendo y sin importarle que no estuviéramos solos, se lanzó a mis brazos y me besó, correspondí encantado de tenerla de nuevo conmigo.

—Lo siento, Anne —le dijo a nuestra acompañante cuando nos separamos, quien nos dio una mirada reprobatoria y supe que de nuevo estaba pensando que lo que hacíamos estaba mal.

—No quiero ser entrometida señorita, pero si su padre se entera que usted está saliendo son mi sobrino no le va a gustar, incluso puedo perder mi empleo si piensa que yo les ayudé —odiaba que dijera eso, era como si tratara de manipularla para que se alejara de mí.

—No te preocupes, Anne, si no quieres él no se enterará y si lo hace yo diré que tu no sabías nada —respondió muy tranquila, cosa que pareció molestar más a mi tía porque arrugó la frente y comenzó a limpiar la mesa de forma brusca.

—Como usted diga, es su decisión, simplemente no quiero verme afectada por sus inconsciencias.

—¡Ya basta, tía! ¿Cuál es tu problema con que estemos juntos? —pregunté poniéndome de pie.

—Ya te lo dije, Erik, ustedes no son iguales, ¿qué crees que va a pasar cuando ella se dé cuenta que no tienes nada que ofrecerle? —decía Anne mientras agitaba el paño con el que estaba limpiando.

—Anne —intervino mi niña bonita pareciendo molesta por primera vez —me gustaría que no hables de mí como si no estuviera, yo amo a tu sobrino y no me importa su situación económica, tú me conoces desde niña y pensé que tenías un mejor concepto de mí, pero veo que estaba equivocada.

—Yo no tengo un mal concepto de usted, solo no quiero tener problemas ni que los tenga Erik —ahora mi tía parecía más calmada, pero el daño ya estaba hecho.

—No los tendrá, te lo aseguro —se enfrentó a Anne y nunca la vi más

decidida que en ese momento, y entonces la amé más por ello, por no tener miedo de decirle al mundo que nos amábamos sin importar nada más.

—Tía, soy un adulto que sabe lo que hace, no necesito que estés arreglándome la vida, mejor cuida la de tus hijos, esta discusión no tiene sentido, vamos cariño —la tomé de la mano y la arrastré fuera de la cocina, para luego dirigirnos al invernadero.

—No sé porque Anne se comporta de esa manera —dijo con la cabeza baja, levanté su barbilla para ver que estaba llorando.

—No llores mi niña bonita, no quiero ver lágrimas en esa cara hermosa —besé sus ojos queriendo borrar sus lágrimas con mis besos.

—Es que me duele que sea así, ella ha trabajado durante años en esa casa, es lo más parecido a una madre que he conocido, sin embargo, me trata como a una extraña que intenta hacerte daño.

—No le hagas caso, mi tía solo es una mujer prejuiciosa —la atraje para abrazarla, apoyó su cabeza en mi pecho y besé su cabello.

—Tú sabes que te amo y nunca te lastimaría ¿verdad? —preguntó levantando la cara para mirarme, sus ojos y su nariz estaban rojos.

—Lo sé cariño, de la misma forma que yo te amo a ti, estoy ansioso porque llegue la noche —dije besándola.

—¿Te vas a quedar de nuevo conmigo? —enseguida cambió su expresión triste por una sonrisa, solo por eso me iría a vivir a su casa si quería.

—Por supuesto que voy a quedarme y te haré el amor toda la noche —susurré en su oído.

—Eso me gustaría mucho —nuestros labios se encontraron y la levanté para que rodeara mi cintura con sus piernas.



Los siguientes días fueron los mejores, me quedaba con ella en las noches y hacíamos el amor sin parar, pero lamentablemente las cosas buenas no duran para siempre, así que una noche, mientras dormíamos, la puerta de su habitación se abrió con fuerza y en el umbral apareció su padre luciendo una

expresión endemoniada.

—¡Maldita puta!, te advertí que no te quería cerca de este mugroso — dijo abalanzándose sobre ella; sin importarme mi desnudez me puse en medio y lo tomé de su costoso traje para impedir que la golpeará, mientras la veía cubrirse con la sábana.

—No se atreva a tocarla —le advertí, estaba dispuesto a todo y no iba a permitir que la lastimara.

—Vístete y te largas de mi casa mugroso infeliz —gritaba tratando de zafarse de mi agarre.

—No voy a dejarla sola con usted para que la golpee —lo empujé y lo vi dar un traspié, pero de nuevo se enfrentó a mí como un toro embravecido.

—Yo hago lo que quiera con ella, para eso soy su padre —dijo escupiendo las palabras cerca de mi cara.

—Me importa una mierda quien sea —me mantuve firme y no me aparté, Thomas Williams no me intimidaba.

—Te doy cinco minutos para que te marches —dijo, saliendo de nuevo hecho una furia.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó fijando mi atención en ella.

—Sí, estoy bien, es mejor que te vayas, no quiero que mi padre se moleste más —Habló poniéndose de pie mientras buscaba su ropa que estaba esparcida por el piso.

—No puedo dejarte sola con él en ese estado —dije tomándola del brazo para que me prestara atención.

—Voy a estar bien, no te preocupes, no me hará nada —no estaba muy seguro de que eso fuera verdad, pero preferí irme antes de causarle más problemas.

—Prométeme que si te pone una mano encima me llamarás enseguida y vendré por ti.

—Te lo prometo —le di un beso y comencé a vestirme mientras ella hacía lo mismo.

—Te acompaño a la puerta —dijo cuando ya estábamos listos.

—No, es mejor que te quedes aquí, no quiero que tengas más problemas con él.

—Pero —la interrumpí antes de que terminara.

—Sin peros, te quedas aquí tranquila, todo va a estar bien —la besé una vez más y salí de ahí con el corazón acelerado, temía lo que su padre

pudiera hacerle mientras yo no estaba, pero si se atrevía a golpearla se iba a arrepentir.

Bajé las escaleras y me sorprendió cuando lo vi esperándome acompañado de dos hombres que tenían pinta de matones, altos y vestidos de negro, no sabía que el hombre tenía guardaespaldas, pero dados sus antecedentes no me extrañaba que los necesitara, seguramente más de uno quería ponerle las manos encima.

—Te advertí que si te metías conmigo te ibas a arrepentir, maldito mugroso —dijo acercándose a mí con una mirada asesina—. Deténganlo —habló a los dos tipos por encima del hombro; estos, sin darme tiempo a reaccionar, se lanzaron sobre mí, traté de luchar con ellos, pero eran más fuertes que yo, me sujetaron por ambos brazos y uno me golpeó en el costado haciéndome caer de rodillas, mientras tanto el otro ponía algo en el bolsillo de mi pantalón, en ese momento el timbre de la puerta sonó y el padre de Sara abrió, adoptando de nuevo su semblante serio de abogado intachable—. Teniente, le agradezco mucho que viniera tan rápido —dijo pasándose una mano por su rostro pareciendo apenado, quise poder pararme y quitarle esa expresión con mi puño—, aquí está el ladrón que le dije, mis hombres lo atraparon robando —un nudo se formó en mi estómago, el desgraciado me estaba inculcado, el denominado teniente venía acompañado por dos oficiales.

—Eso no es cierto, yo no robé nada —grité, aunque en el fondo sabía que no tenía oportunidad.

—Silencio, cualquier cosa que diga podría ser usada en su contra —me dijo el teniente muy serio.

—Es una verdadera pena, le di trabajo al chico como jardinero para ayudarlo y mire como me paga —mientras hablaba, movía la cabeza de un lado a otro.

—¡Es usted un desgraciado! —le grité con toda la furia que tenía.

—Jovencito, le sugiero que guarde silencio, no está en condiciones de insultar a nadie —habló de nuevo el teniente—, regístrenlo —dijo a sus compañeros, me pusieron de pie y comenzaron a registrarme, sabía que iban a encontrar lo que habían puesto en mi bolsillo, un momento después, uno de los oficiales metió su mano y sacó un reloj de oro.

—¿Erik? —escuché la voz de Sara y en ese momento me preocupé, no quería que ella viera eso, tenía que haberse quedado en su habitación.

—Sara, regresa a tu habitación ahora —gritó su padre.

—No, ¿por qué estás haciendo esto?, él no hizo nada malo —giré la cabeza para verla bajar corriendo las escaleras—, papá, te lo ruego, no le hagas nada, déjalo, si quieres te juro que no lo vuelvo a ver, pero no le hagas daño —pedía llorando mientras lo sujetaba del brazo, odié verla rogar por mí, especialmente porque sabía que sus lágrimas no conmoverían a ese mal nacido.

—Cariño, yo no le estoy haciendo nada malo —habló con fingida ternura para aparentar delante de los policías—, este chico te mintió, te usó para aprovecharse y tú eres tan inocente que no te diste cuenta.

—No, tú estás mintiendo, señor por favor no se lo lleve, él es inocente —dijo cambiando su atención al teniente.

—¡Sara, silencio!, deja que la policía haga su trabajo —le reclamó tomándola de los hombros, la vi hacer una mueca de dolor y supe que la estaba lastimando a propósito.

—¡Suéltela, maldito!, lo mataré si le hace daño —en medio de mi ira no me preocupé porque mis amenazas ayudaran a hundirme más.

—Ya deja de causar más problemas muchacho, y ten en cuenta que una amenaza de muerte es algo muy grave que se puede agregar a tu expediente, llévenselo —ordenó el teniente a los oficiales, uno de ellos me esposó.

—No, por favor —Sara seguía suplicando sin que nadie la escuchara, sentí un nudo en la garganta, y tragué para poder hablarle.

—Tranquila mi niña bonita, todo va a estar bien —comenzaron a llevarme hacia la puerta y ella trató de seguirme, pero los hombres de su padre se lo impidieron, mi corazón se rompió al verla llorando por mí, haría cualquier cosa por evitar causarle dolor. Me subieron a la patrulla y miré por última vez la casa donde se quedaba la otra mitad de mi corazón, no estaba seguro de lo que me esperaba, solo sabía que Thomas Williams haría lo que fuera para acabar conmigo.



Capítulo Nueve

Ver que la policía se llevaba a Erik me destrozó como nada podía hacerlo, mi padre estaba siendo implacable, conocía de primera mano lo que era capaz de hacer y aun así me arriesgué sin pensar que era mi amor quien saldría perdiendo, en cuanto la puerta se cerró, sentí una bofetada que me derribó al piso.

—Eres una puta igual que tu madre que se acuesta con el primero que se le pone en frente, te hiciste la digna con el hijo del alcalde cuando quiso ser atento contigo, pero metes en tu cama a ese basurero —me llevé mi mano a la cara mientras lloraba.

—No le digas así, Erik es mi novio y yo lo amo —dije mirándolo desde mi posición, se acercó tanto que sus pies casi tocaban mis rodillas y ahí desde su opción de dominación, haciéndome ver que siempre estaría sobre mí, me lanzó sus siguientes palabras cargadas de tanto veneno que me sorprendió que no se envenenara él mismo.

—Pobre estúpida, ¿qué sabes tú de amor?, eres como un perro al que se conquista con una simple caricia —en ese momento sentí odio por el hombre que me había engendrado. Por primera vez en mi vida sus palabras no

me dolieron, solo hicieron que se instalara en mí, un profundo rencor—, Robert —dijo mirando a uno de sus matones—, llévate a la ilusa esta y enciérrala en su habitación, a partir de ahora te vas a convertir en su sombra, por ningún motivo verá de nuevo al mugroso ese —el hombre se acercó y me levantó del brazo sin mucha delicadeza, me estaba lastimando pero no pensaba suplicarle que me soltara, ya sabía que mis súplicas no valían nada en ese lugar, prácticamente me arrastró al piso de arriba, me metió en la habitación y cerró la puerta, un momento después, se abrió de nuevo y su compañero entró para registrarlo todo, pasados unos minutos salió llevándose mi teléfono celular y mi ordenador, me sentí impotente y lo único que pude hacer fue llorar.

Pasé toda la noche en vela, a la mañana siguiente mis ojos estaban hinchados y mi cara lucía un feo moretón, me di un baño rápido y me vestí con lo primero que encontré, tenía que hablar con Anne, ella seguramente sabría algo de Erik. Abrí la puerta y me encontré con el matón de mi padre ahí de pie cerrándome el paso, me hubiese gustado tanto estampar mi puño en su cara, nunca antes sentí ganas de golpear a nadie, pero este sujeto lograba sacar mi instinto agresivo.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó cruzándose de brazos.

—Voy a la cocina, ¿eso también lo tengo prohibido? —pregunté sin disimular mi molestia, el hombre se apartó sin decirme nada y cuando comencé a caminar me siguió.

Cuando llegué, me encontré con una mujer que nunca antes había visto, tenía una mirada fría y su aspecto era bastante desagradable, enseguida pensé en las brujas que tienen una nariz puntiaguda y una horrible verruga, casi me dieron ganas de buscar el caldero con la pócima mágica en algún lugar de la cocina.

—¿Dónde está Anne? —pregunté mirando hacia el jardín, pensando que tal vez se encontraba ahí.

—No sé de quién me habla señorita, a mí me enviaron de la agencia esta mañana —comencé a preocuparme cuando recordé las palabras de Anne: *“No quiero ser entrometida señorita, pero si su padre se entera que usted está saliendo con mi sobrino no le va a gustar, incluso puedo perder mi*

empleo si piensa que yo les ayudé”. Mi padre la había despedido, algo más de lo que sentirme culpable, salí de nuevo de ahí pensando qué otro camino tomar, ella era la única que me podía decir algo de Erik.



La semana siguiente me mantuvieron encerrada e incomunicada, pero una mañana por fin me dieron la buena noticia que podría ir a la universidad, acompañada de mi nueva sombra, pero no me importó, esa podría ser la oportunidad que esperaba, me vestí con más ánimo y salí rápidamente, el hombre me miró como siempre con su cara de molestia, luego me acompañó hasta un auto, *vaya, antes siempre tenía que ir en metro a todos lados porque mi padre no estaba dispuesto a gastar su dinero en un auto para mí, no sabía si ver esto como una ventaja o una desventaja, si se tomaba tantas molestias para mantenerme vigilada*, después de abrirme la puerta para que subiera a la parte trasera, se acomodó en el asiento del conductor, estaba impaciente por llegar para poder buscar un teléfono y llamar, pero mis esperanzas murieron cuando me di cuenta que me acompañaría incluso dentro de mi aula de clase, lo vi darle una excusa tonta a mi maestro de historia sobre una amenaza en contra de mi familia, lo miré con odio y me dirigí a mi asiento.

No escuché nada de lo que dijo el profesor, no estaba interesada en el tema, cuando por fin el timbre que anunciaba que la clase había terminado sonó me levanté y me dirigí al baño, no me molesté en mirar si me seguía pues estaba segura de que lo hacía, entré y me lavé la cara, el moretón ya estaba desapareciendo, pero mi desesperación aumentaba y justo en ese momento apareció mi salvación, Rose, una chica de mi clase con la que nunca había hablado, pero no me importó, era mi única salida.

—¿Rose? —se giró con cara de sorpresa, pero no me dijo nada—, disculpa que te moleste, pero, ¿podrías prestarme tu teléfono?, es una emergencia —de nuevo sin decirme nada buscó en su bolso y me lo entregó—, te lo agradezco mucho, te prometo que no me tardo nada. Marqué el número de Anne que me sabía de memoria, hubiera querido llamar a la mamá de Erik,

pero no tenía el suyo.

—Diga.

—Anne, soy yo Sara.

—¿Qué quiere? —su pregunta cortante me desanimó.

—Solo quiero saber cómo está Erik —le dije en un tono que parecía más una súplica.

—¿Que cómo está?, lleva una semana en la cárcel ¿y usted apenas ahora se viene a preocupar cómo está? —Anne nunca me había hablado de esa forma, debía de estar muy enojada conmigo.

—Yo... no pude llamar antes —traté de explicarle, pero me interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Pues tampoco debió llamar ahora señorita, mi sobrino está preso y yo sin empleo por culpa de sus caprichos.

—Anne, tú me conoces —hablé con la voz entrecortada y las lágrimas a punto de salir—, no haría nada para lastimar a Erik, yo lo amo, no es mi culpa que esté en la cárcel, pero te prometo que haré lo que sea para sacarlo de ahí, en cuanto a ti, lamento de verdad que mi padre te despidiera.

—No llame más, Sara —me dijo y colgó, en ese momento dejé salir las lágrimas que estaba conteniendo, la mujer a la que había querido toda mi vida como si fuera mi madre me despreciaba.

—¿Estás bien? —escuché la pregunta y me di vuelta para encontrarme con una Rose que parecía preocupada.

—Lo estoy, te agradezco mucho por tu ayuda —le dije tendiéndole su teléfono.

—Por nada, por cierto, sin querer escuché que alguien está preso, mi padre es abogado tal vez pueda ayudarte —la esperanza regresó de nuevo.

—Eso me vendría muy bien —nunca me imaginé de dónde vendría la ayuda, pero estaba tan agradecida de encontrar a alguien que pudiera hacer algo por Erik.

—¿Si quieres podemos ir a verlo después de clase? —un nuevo inconveniente apareció.

—La verdad es que no puedo ir —dije mordiéndome el labio.

—¿A qué te refieres con que no puedes ir?, ¿necesitas la ayuda o no? —preguntó sonando confundida.

—Por supuesto que la necesito y mucho, pero ¿viste el hombre que está afuera? —pregunté señalando hacia la puerta.

—¿El que tiene pinta de asesino? —dijo levantando una ceja y

haciendo un gesto con la mano como si fuera a disparar, eso me pareció gracioso y sonreí.

—Sí, el mismo, mi padre lo tiene vigilándome y no puedo escapar de él —me lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Qué se supone que hiciste para que te tengan vigilada? —preguntó girando para mirarse al espejo, pero pude ver que tenía el ceño fruncido.

—Según mi padre me enamoré del chico incorrecto —respondí con un suspiro.

—Vaya, y yo que pensé que eso solo pasaba en Romeo y Julieta —comentó sacando un lápiz labial de su bolso.

—Supongo que en la vida real también pasa —le dije con una sonrisa triste a la que ella correspondió, era una chica bonita, con el cabello rubio muy corto y ojos marrones, siempre se vestía de negro y usaba maquillaje oscuro, estaba segura que era el tipo de amiga que mi padre nunca me permitiría tener, era bueno que su opinión no me importara.

—Está bien, hagamos algo, si quieres, apunta toda la información que tengas y en la clase me la pasas, yo hablaré con mi padre y mañana te tengo alguna noticia —en ese momento volví a respirar de nuevo.

—Gracias, gracias —le dije dándole un corto abrazo, debió pensar que estaba loca pues en los dos años que llevábamos coincidiendo en algunas clases nunca nos habíamos dirigido la palabra y ahora no solo le había pedido su teléfono también contado mis problemas.

Salí del baño y caminé a mi siguiente clase, sintiéndome tranquila por fin después de una semana; unos minutos después, Rose llegó y se sentó en la banca de adelante, sin dirigirme la mirada, tomé mi cuaderno y comencé a escribir todo lo que había ocurrido, sin omitir detalles, quería que el abogado supiera cómo ayudar a mi novio, “*mi novio*”, se sentía tan bien llamarlo así. Cuando terminé de escribir busqué a la sombra con la mirada y afortunadamente estaba distraído mirando su teléfono, así que le pasé mi cuaderno a Rose.



El resto de la tarde y la noche se hicieron eternos esperando que llegara la mañana y pudiera tener noticias, me levanté temprano, me bañé y vestí con jeans, un suéter blanco y como de costumbre zapatos muy bajos, recogí mi cabello en una trenza y luego salí apresurada, la sombra me miró con sospecha.

—Tengo un examen a primera hora y voy tarde —le dije tratando de sonar tranquila, sin decirme nada me siguió al auto y nos llevó a la universidad, lo primero que hice fue buscar a Rose, pero aparentemente no había llegado aún, en mi prisa no me había fijado que era demasiado pronto, fui a la cafetería por un café y esperé a que la primera clase comenzara, cuando por fin llegó el momento, casi corrí por el pasillo, era la primera en llegar al salón así que me senté y esperé hasta que la vi atravesar la puerta, se sentó delante de mí y un momento después me pasó un papel por debajo de su asiento, disimuladamente lo leí.

“Nos vemos en el baño al final de la clase”.

Tuve que hacer todo lo posible por aparentar serenidad y no salir corriendo en cuanto el profesor dio por terminada su clase, me levanté y recogí las cosas muy despacio, luego salí sin mirar a la sombra. Cuando llegué al baño, Rose ya me estaba esperando.

—Hola, ¿qué noticias me tienes? —pregunté ansiosa, mientras retorció mis manos.

—Hablé con mi padre y le di tus apuntes, después de leerlos me dijo que le gustaría hablar personalmente contigo, quiere que vayas mañana en la tarde a su oficina —de nuevo me sentí acorralada. ¿Cómo iba a librarme de la sombra si lo único que no hacía era dormir en mi habitación, pero estaba en todos lados?

—¿Y cómo se supone que me voy a librar de la sombra? —pregunté más para mí que para ella.

—No te preocupes, tengo un plan, mañana te contaré de qué se trata —dijo con una sonrisa pícaro, esperaba que de verdad lo tuviera, era mi única esperanza.

—Te agradezco mucho que hagas esto, Rose, yo sé que nunca hemos sido amigas —tomé sus manos mientras hablaba, queriendo transmitirle todo

mi agradecimiento.

—No es nada y tal vez antes no éramos amigas, pero ahora podemos serlo —a pesar de su aspecto de chica dura, Rose tenía un gran corazón.

—Eso me gustaría mucho, nunca he tenido una —sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Pues entonces, seré la primera —era bueno tener a alguien más en quien apoyarme, además de Erik, no tenía ningún otro amigo.



Esa noche me encontraba en mi habitación sin hacer nada, mirando por la ventana a las plantas del jardín y recordando la primera vez que lo vi, recordé cómo mi corazón latió cuando lo vi sonreír, la forma en que sus ojos se quedaron fijos en los míos, mi amado Erik, ¿qué estaría pasando con él mientras estaba encerrado?, me preocupaba imaginarlo encerrado en una celda oscura, nunca entendería la maldad de mi padre, ¿cómo alguien podía lastimar a otra persona sin dudarlo ni un segundo?, en ese momento, la puerta se abrió y justo apareció él.

—Ponte decente que vamos a salir —me dijo con un gesto de fastidio, como si solo tener que hablarme le molestara.

—No quiero ir a ninguna parte —respondí volviendo la mirada al jardín, no soportaba mirarlo y no gritarle todo lo que quería.

—No te estoy preguntando, y más te vale que te comportes, vamos a un evento con el alcalde, su hijo Brandon estará presente, así que si no quieres que al mugroso le vaya peor y sufra un accidente en la cárcel vas a hacer lo que te diga —mi espalda se tensó al escuchar la amenaza contra mi novio y para completar, lo último que quería era volver a ver al desgraciado ese.

—Tú no serías capaz de lastimarlo físicamente —dije poniéndome de pie para enfrentarlo.

—Ponme a prueba y sabrás de todo lo que soy capaz —en sus ojos vi la maldad que se escondía en él y supe que de verdad era capaz de todo, volvió a salir sin molestarse en cerrar, comencé a llorar, ese hombre era malvado y no entendía cómo era que alguien como él me había engendrado.

Con desánimo, busqué en mi armario por algo que me pudiera servir y encontré un vestido que tenía hacía mucho tiempo, nunca lo había usado, fue un regalo de mi madrastra, era de color negro, con el corpiño ajustado y una falda larga que llegaba hasta mis tobillos, pensé que el negro estaba bien, así era como me sentía en ese momento, oscura y sin esperanza, me recogí el cabello en un moño y apliqué algo de maquillaje, opté por unos zapatos no muy altos porque no estaba acostumbrada a usarlos y no era momento de sufrir un accidente.

Salimos de la casa a las ocho de la noche y nos dirigimos a un lujoso hotel donde se celebraba un evento de caridad ofrecido por el alcalde, era curioso que mi padre participara en este tipo de cosas cuando caridad era lo último que él sentía por las personas. Caminé detrás suyo con la cabeza baja, lo escuché saludar a alguien y levanté la mirada para ver de quién se trataba, ahí estaban el alcalde y su despreciable hijo, nunca iba a olvidar su horrible cara mientras intentaba abusar de mí, ni el asco que sentía con solo tenerlo cerca, si no hubiese sido por Erik, no sabía qué habría pasado.

—Señorita Williams, qué gusto que haya acompañado a su padre —me dijo el alcalde mirando mis pechos y no mi cara, sentí repugnancia hacia ese hombre que era igual a su hijo, quien se acercó para saludarme con una sonrisa cínica.

—Sara, qué guapa estás hoy —se inclinó tratando de besar mi mejilla y retrocedí como si fuera una serpiente que quisiera mordirme, le lancé una mirada de desprecio y sonrió más ampliamente; quise estampar mi mano en su cara, pero mi padre pareció leer mis pensamientos y se acercó para susurrarme.

—No te atrevas a hacer un escándalo o te va a pesar —empuñé mis manos y las dejé a los lados, el lugar estaba abarrotado de gente a la que nunca había visto, mi padre enseguida se fue a saludar, acompañado de sus dos compinches y me dejó sola, por primera vez me sentí agradecida de que lo hiciera, prefería estar en un lugar desconocido rodeada de extraños que acompañada por el trío psicópata.

La velada fue un infierno, entre escuchar a todos los ricos alabarse unos a otros y tratar de escapar de las garras de Brandon se me hizo un

suplicio, además de que mi padre me había obligado a posar con ellos para las fotos, ya era suficiente malo estar ahí como para también tener que aparentar que me gustaba toda esa basura, me acerqué a la barra para pedir un vaso de agua cuando sentí una mano posarse en mi trasero, me aparté rápidamente y me giré para ver al asqueroso hijo del alcalde riendo de nuevo. Me sentí furiosa y cansada, así que dejé salir toda la frustración que sentía.

—Escúchame bien, perverso, si me vuelves a poner una mano encima, te juro que haré tal escándalo que todos se enterarán de la clase de cerdo que eres —pareció sorprendido, yo misma me sorprendí de mi reacción; en otro momento me habría paralizado por el miedo, pero estaba cansada de que me pisotearan.

—Tú no harás ningún escándalo, eso también perjudicaría a tu papi —dijo pasando su mano por su barbilla y haciendo una mueca, como si pensara que yo era demasiado tonta solo por decir aquello, lo que no sabía era que en aquel momento estaba dispuesta a todo para evitar que me volviera a poner sus asquerosas manos encima.

—¿Quieres probar?, me importa poco si mi “papi” resulta afectado, yo ya no tengo nada que perder, todos se van a enterar de que no eres más que un degenerado violador —dije levantando la voz, las personas que estaban cerca se giraron para mirarnos, su cara se puso roja y sus ojos parecía que en cualquier momento comenzarían a echar chispas.

—Eres una zorra —escupió acercándose de forma amenazadora haciéndome retroceder, de pronto pareció recordar en dónde estábamos y recobró su expresión de chico bueno, miró a todos lados para asegurarse de que nadie lo había visto perder los papeles y se acomodó el traje. Saber que no me iba a atacar en un lugar lleno de agente me dio ánimo para seguir enfrentándolo.

—Y tú un asqueroso que tiene que forzar a las mujeres, porque no tienes la capacidad de conseguir que se acerquen a ti por sus propios medios —lo miré directo a los ojos para que supiera que no me intimidaba, en los suyos seguía reflejándose la ira, pero no era tonto, no haría algo que delatara su verdadera personalidad.

—Creo que tu padre se equivocó cuando me dijo que eras una estúpida sin personalidad, lo que eres es una puta que no sabe su lugar, yo soy el hijo del alcalde de esta ciudad, cualquiera querría que le prestara un poco de la atención que te estoy dando a ti —habló en voz baja y mostrando una sonrisa,

cualquiera que lo viera pensaría que estábamos teniendo una charla normal.

—Pues entonces ve y regala tus asquerosas atenciones a otra que las quiera y no sienta deseos de vomitar solo por tenerte cerca, y a mí, déjame en paz —me miró con odio y se apartó, por fin respiré aliviada, sabía que me había conseguido un enemigo peligroso, pero no me importaba, no iba a permitir que me manoseara, el único hombre que tenía derecho a tocarme era Erik.

Lo vi alejarse y luego hablarle a mi padre al oído, este me miró de forma amenazante; finalmente ambos desaparecieron, pasado un rato sin saber qué hacer, comencé a caminar por el salón, un pequeño balcón llamó mi atención y me dirigí allí en busca de aire. Ese lugar me hacía sentir asfixiada, cuando me estaba acercando, escuché voces y me di vuelta para no interrumpir a quien sea que estuviera manteniendo una conversación, pero entonces escuché mi nombre y me detuve.

—¿Sara?, estás loco, ¿de dónde sacas que mi tonta hija te amenazó con un escándalo?, si la pobre le tiene miedo hasta a una mosca.

—Te digo que la tonta no es tan tonta, me parece que te mantiene engañado, la muy zorra me amenazó, te lo juro —esa era la voz de Brandon, seguramente se estaba quejando de lo que había pasado, esperaba que mi ataque de valentía no le causara más problemas a Erik, mi padre me lo había advertido y aun así me dejó llevar.

—Entonces es porque no estás haciendo las cosas bien, solo necesitas cambiar tu estrategia, yo la conozco, se ha pasado toda la vida mendigándome un poco de afecto —cubrí mi boca tratando de ocultar el sollozo que salió en ese momento, escuchar a mi padre hablar de mí de esa forma me estaba destrozando—, si te pones cariñoso, va a caer; si el basurero logró meterla en su cama, qué no podrás hacer tú que tienes más dinero e influencias que él.

—Realmente estoy comenzando a dudar, si no fuera por la gran suma de dinero del fideicomiso, no perdería mi tiempo, tu hija es una simple, a mí me gustan las mujeres de verdad —¿fideicomiso?, sabía lo que significaba, pero no entendía qué tenía eso que ver conmigo.

—Tú encárgate de enamorarla y hacer que firme ese documento, ya después te consigues la que tú quieras —me aparté sintiéndome asqueada y profundamente humillada, había escuchado lo suficiente para saber que no era más que una moneda de cambio en manos de un par de sinvergüenzas que

hablaban de mí como si fuera un objeto.

Me pasé el resto de la noche en un rincón, evitando acercarme a mi padre, siempre pensé que era duro, pero ahora me parecía simplemente despreciable.



Capítulo Diez

Estaba acostado mirando el techo, no sabía qué hora era, en ese lugar el tiempo parecía no correr, llevaba más de una semana preso y no había tenido noticias de mi niña bonita, me preocupaba que su padre le hubiera hecho daño, era viernes y aún tenía que esperar hasta el domingo que era el día de visita, tal vez tendría suerte y vendría a verme. Por más que lo pensaba, no encontraba una forma de salir de aquello, ni siquiera tenía dinero para un abogado y aunque me mencionaron la idea de asignarme uno de oficio, aún no venía ninguno a hablar conmigo, así que supuse que el padre de Sara estaba moviendo sus hilos para evitar que consiguiera alguna ayuda, recordé aquella vez cuando tenía diecisiete y por meterme en una pelea terminé encerrado, esta era mi segunda vez en la cárcel, aunque seguramente esa no contaba pues solo estuve una noche, el tiempo pasó y por fin el sueño me venció.



Esa mañana salí al patio un rato, me senté en el piso con la espalda recostada a la pared y los ojos cerrados, no quería perder la esperanza, pero

en ese lugar era realmente difícil conservarla.

—¿Puedo sentarme? —escuché que preguntaban, abrí los ojos para encontrarme con un hombre de unos cincuenta años, con el cabello canoso y un rostro que lucía cansado; al igual que yo, vestía un llamativo uniforme naranja, un color bastante contradictorio en un lugar tan oscuro.

—Como quieras, de todos modos, no soy dueño del piso —hablé haciendo un gesto con los hombros.

—Aquí no somos dueños ni siquiera de nuestra propia vida —dijo sentándose—, por cierto, soy John.

—Erik —dije sin más y volví a cerrar los ojos.

—Parece que no eres muy hablador —los abrí de nuevo y lo miré—, es bueno tener a alguien con quien conversar, sino el tiempo se hace demasiado eterno.

—Sí, supongo que tienes razón —dije inclinándome para tratar de tomar un trozo de hilo que sobresalía de la manga de mi pantalón.

—Y cuéntame, Erik, ¿por qué estás aquí?, no pareces ser un chico problemático —lo miré y vi que en sus ojos no había real interés por saber, era más bien como si necesitara desesperadamente hablar con alguien.

—No le caigo bien al padre de mi novia —dije continuando con mi tarea.

—Esa es una mala cosa, ¿golpeaste al hombre y te acusó de agresión? —negué, ojalá hubiese podido hacerlo.

—Me hubiera gustado golpearlo, pero realmente no hice nada, él me tendió una trampa, me acusaron de robarle.

—Así que eres de los inocentes —dijo algo dubitativo, ladeando su cabeza.

—¿Has visto muchos de esos por aquí? —pregunté enarcando una ceja, lo vi sonreír como si mi pregunta le pareciera algún chiste.

—Bastantes, pero debo confesar que eres el primero a quien le creo —dijo y siguió riendo.

—Vaya, eso me hace sentir alagado —no pude más que sonreír con él —, y tú, ¿de cuáles eres? —pregunté un momento después, levantó la cabeza para mirar al cielo y noté que sus ojos se empañaban.

—Yo soy de los culpables que sí tienen una razón verdadera para estar aquí —habló con un deje de tristeza.

—¿Puedo saber cuál fue esa razón? —se quedó en silencio durante un

tiempo y finalmente contestó.

—Maté al amante de mi esposa —eso me sorprendió y no supe qué decirle, de todos modos, ¿qué se podría decir en esos casos?—. ¿Sabes qué es lo peor? —negué preguntándome si había algo peor que asesinar a alguien—, que no valió la pena, lamentablemente lo comprendí muy tarde.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir y él me correspondió con un ligero asentimiento.

—Ya no importa, algunas veces actuamos sin pensarlo y luego tenemos que cargar con las consecuencias de nuestros actos el resto de nuestras vidas, nada me gustaría más que regresar el tiempo y no haber llegado ese día más temprano a casa —cerró los ojos y se quedó en silencio como perdido en sus recuerdos, simplemente me quedé ahí sin decir nada hasta que lo escuché hablar de nuevo. Me contó toda su historia, a un completo extraño, como si tuviera una enorme necesidad de sacar todo aquello que oprimía su corazón—: Aquella tarde salí temprano de trabajar, quería sorprender a mi esposa, estábamos cumpliendo veinte años de casados, nuestro hijo Jacob se marchó a la universidad y nos quedamos solos, entonces pensé que podríamos celebrarlo, compré flores y una botella de vino, conduje a casa con una sonrisa, nunca me imaginé lo que me iba a encontrar. Abrí la puerta y todo estaba en silencio como si estuviese vacía, dejé la botella en el refrigerador para que estuviera fría mientras llegaba mi esposa, pero cuando subía a mi habitación a cambiarme de ropa, unas voces llamaron mi atención, no lo pensé, simplemente abrí la puerta y ahí estaba, mi esposa desde hacía veinte años, haciendo el amor con un hombre que podría ser su hijo, ¿te imaginas lo que se siente? —negué, definitivamente no sabía lo que se podría sentir en un momento como ese—, me enfurecí, comencé a romperlo todo, el hombre se vestía de forma apresurada mientras ella me pedía que la dejara explicarse, y yo pensaba ¿explicar qué, si todo está claro?, no podía soportar verlos desnudos así que salí de la habitación, bajé de nuevo hecho una furia, fui en busca de la botella que acababa de guardar, pensé en tomarme una copa para tratar de calmarme. Era un hombre que siempre pensaba en las cosas antes de hacerlas, nunca actuaba por instinto, pero en ese momento, el sujeto aquel apareció por las escaleras, nunca olvidaré ese momento, con toda la ira que sentía, golpeé su cabeza con la botella, hubo una explosión de vidrios, vino y sangre que se extendió por todo el lugar, escuché a mi esposa gritar, pero yo solo me quedé de pie ahí viendo lo que había hecho, por primera vez actué motivado por un sentimiento distinto a la calma y así fue como terminó mi

vida.

—Lo siento mucho, John, no sé ni qué decirte —sentí pena por él, porque comprendí que no era un mal hombre, simplemente las circunstancias lo empujaron a ello.

—No hay mucho que se pueda decir, mi abogado alegó intensa ira y dolor, me dieron veinticinco años, así que aquí estoy, no volví a saber nada de mi esposa y mi hijo venía a verme, pero le pedí que no lo hiciera más, este no es un buen lugar y no quería que me viera así —lo vi limpiar una lágrima que había escapado, debía de sentirse muy solo, pero amaba lo suficiente a su hijo como para no querer que estuviera ahí.

Pasamos un tiempo más hablando, pensé en que, si mi situación era difícil, la de John no tenía límites, no solo estaría ahí el resto de su vida si no que no tenía ninguna esperanza, lo había perdido absolutamente todo. Llegó la hora de regresar a nuestras celdas; haber podido hablar con alguien me hizo sentir un poco más tranquilo, al menos yo tenía una oportunidad de salir, John estaba condenado a veinticinco años y solo llevaba cinco de su larga condena.

A la mañana siguiente me levanté ansioso, por fin era el día y esperaba ver a mi niña bonita, me llevaron a la sala de visitas y me senté en una mesa a esperar que llegaran ella y mi madre; mientras estaba ahí, me dediqué a observar a los demás presos quienes recibían a sus familias con entusiasmo, abrazos y besos corrían por todo el lugar, como si en lugar de estar encerrados estuviesen llegando de un largo viaje. Finalmente, vi entrar a mi madre, pero no era Sara quien la acompañaba sino mi tía Anne, mi corazón se aceleró, seguramente su padre no le había permitido visitarme.

—Erik, cariño —dijo mi madre, abrazándome en medio de lágrimas.

—Tranquila, mamá, todo va a estar bien —me separé un poco para besar su frente, no quería que me viera derrotado, no necesitaba eso en ese momento.

—No sabes lo angustiada que me tiene el que estés aquí encerrado, ese hombre no tiene corazón, ¿cómo pudo acusarte de algo tan vil solo porque estabas con su hija? —mi madre era demasiado buena y en su cabeza no cabía la idea de que los demás fueran malos.

—No te preocupes que lo vamos a solucionar —dije tratando de tranquilizarla.

—Erik, hijo —habló mi tía Anne abrazándome también. Las invité a sentarse en la mesa y mi madre comenzó a sacar envases con comida.

—Te traje tu comida favorita, dulces —me enseñó un paquete con caramelos y chocolates, amaba a mi madre, siempre pensaba en todo—, y algunas cosas de aseo —me dijo pasándome una pequeña maleta.

—Te lo agradezco mucho, la comida aquí no es muy buena y los productos de aseo son un lujo —me regaló una sonrisa y luego nos dispusimos a degustar lo que me había traído, comimos en silencio, hasta que mi tía decidió romperlo.

—Si tan solo me hubieras escuchado cuando te dije que no te metieras con ella —habló negando con la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Basta tía, Sara no tiene la culpa de lo que pasó, fue su padre quien me metió en esto —comenzaba a molestarme, ya era bastante malo no tener noticias de mi niña bonita para que encima mi tía comenzara con sus reproches.

—¿Ah, sí?, ¿y dónde está ella en estos momentos?, ni siquiera ha venido a verte ¿verdad? —era cierto, pero estaba seguro que tenía motivos para no venir.

—A lo mejor su padre no se lo permite, la verdad es que no te entiendo, siempre me hablaste bien de ella, hasta parecía que la querías como a una hija —la miré queriendo entender su actitud.

—Por supuesto que le tengo cariño, pero he vivido con ella toda la vida, la conozco y sé qué hará cualquier cosa que su padre le imponga, no se enfrentará a él por ti.

—Tú no puedes estar segura de eso —respondí apretando mis puños.

—Claro que lo estoy, míralo tú mismo —dijo tendiéndome un periódico en la página de sociales, había varias fotos donde aparecía Sara acompañada de su padre, pero lo peor fue ver que también estaban el alcalde y su hijo, el mismo que intentó abusar de ella—, fueron tomadas el viernes, así que mientras tú estás aquí encerrado, Sara sigue su vida como si nada hubiese pasado —sentí mi corazón encogerse, mi niña bonita no podría hacerme eso, ella no era lo que me estaba dibujando mi tía.

—Ya basta, Anne, deja de torturarlo con tus cosas, ya bastante malo es que esté aquí metido —intervino mi madre, cosa que le agradecí, pues no quería seguir escuchando nada más de lo que tuviera que decirme—, hijo, tú sabes que no tenemos dinero para conseguir un abogado, pero te prometo que buscaré la forma de sacarte de aquí.

—Lo sé, mamá, ahora lo único que importa es que estés tranquila, no quiero que nada te afecte, acuérdate que tienes que cuidarte —le dije tomándola de las manos, me sentía un poco culpable de estar en esa situación, mi madre no merecía tener más preocupaciones en su vida.

—Hey, hermano —me alegró escuchar esa voz, me giré para encontrarme con que ahí de pie estaba mi mejor amigo, Jack.

—Jack, gracias por venir —le dije levantándome para darle un abrazo.

—Cuando quieras, ya sabes, para eso estamos los amigos —me respondió con su eterna sonrisa, luego de saludar a mi madre y mi tía se sentó en la mesa con nosotros, seguimos comiendo mientras mi amigo animaba la tarde con sus anécdotas divertidas, me gustaba su personalidad, era extrovertido y siempre tenía una palabra amable para todo, era el tipo de hombre que atraía las chicas como moscas, con su aspecto de surfista rebelde, con su cabello rubio oscuro un poco largo, ojos verdes y vestimenta desaliñada. Solía tener una novia distinta cada semana, sin embargo, nunca tomaba a nadie en serio, éramos amigos desde que entré a la universidad, su familia era de clase media y él trabajaba con su padre durante el día en un almacén de repuestos automotrices y estudiaba en la noche como yo, le gustaban los carros tanto como a mí, por eso nos hicimos buenos amigos en cuanto nos conocimos.

Dos horas después, mi madre y mi tía se despidieron y nos quedamos solos.

—Ahora sí, cuéntame qué fue lo que pasó —dijo en cuanto las vio cruzar la puerta de la salida.

—No pasó nada, estoy aquí y punto —dije jugueteando con un dulce de los que había llevado mi madre, no quería tocar el tema, las imágenes del periódico seguían dando vueltas en mi cabeza haciendo que mi estómago se revolviera.

—¿Tiene algo que ver con la chica esa por la que dejaste a Leah? —levanté la cabeza para encontrarme con su mirada interrogante.

—Yo no dejé a Leah por Sara, simplemente las cosas entre nosotros no funcionaban —no comprendí por qué había llegado a esa conclusión, él conocía a Leah y muchas veces me dijo que la dejara.

—No negaste que ella tuviera algo que ver, así que supongo que tengo razón —vaya, tenía un punto en eso.

—No, no la tienes, Sara no tuvo nada que ver, fue su padre, él no está de acuerdo con que esté con su hija —Jack negó y tomó uno de los dulces para llevárselo a la boca.

—En este punto no estoy seguro de que dejar a Leah fuera lo mejor, al menos ella no te trajo este tipo de problemas —eso sí que me descolocó, que mi amigo me dijera eso cuando no soportaba a Leah.

—Déjalo Jack, ¿por qué mejor no hablamos de otra cosa?, por ejemplo, ¿cómo está todo en la universidad?, no creo que vaya a poder graduarme luego de esto —al final se dio por vencido al comprender que no tenía sentido seguir con el tema.

—Está bien, como quieras, por eso no te preocupes, hablé con el decano y le conté lo que estaba pasando, él confía en que tu situación se resuelva pronto y puedas ponerte al día, sino, está dispuesto a hablar con el rector para que conserve tu beca hasta que salgas.

—Al menos una buena noticia, te lo agradezco mucho —dije sintiendo que tenía un peso menos, graduarme era importante pues eso me permitirá tener un mejor empleo.

—No tienes nada que agradecer, trataré de ayudarte en todo lo que pueda, ¿ya tienes un abogado? —preguntó buscando otro dulce.

—Me dijeron que me asignarán uno de oficio, ya sabes que no tengo dinero para pagarlo.

—Buscaré la forma de contratar uno que no cobre mucho —sabía que siempre podría contar con él.

—Te lo agradezco, pero ya haces mucho viniendo a verme, no es necesario que hagas nada más, esperaré hasta que venga el de oficio —en ese momento anunciaron que el horario de visitas terminaba.

—Vendré a verte de nuevo, eso si no sales antes, confío en que así sea —dijo tomando un puñado de dulces y poniéndolo en su bolsillo, gruñí y los aparté de su mano, él rio y me dio un ligero empujón con su hombro.

—Gracias, hermano —nos despedimos con un abrazo y lo vi salir en medio de los demás visitantes sintiéndome más que agradecido de poder contar con su apoyo en esos momentos.

Regresé al patio con el corazón destrozado, ver a mi madre sufriendo me desgarraba el alma y si a eso le sumaba ver a Sara en esas fotos y darme cuenta que ella tenía una vida diferente a la mía y que tal vez era cierto que no le importaba tanto, me hizo sentir desolado, me senté en un banco y apoyé mi

cabeza en mis manos.

—Pensé que la visita de tu familia te dejaría más animado —levanté la cabeza ante las palabras de John—, hace mucho que no me visita nadie.

—Sí, fue bueno ver a mi madre —dije pasándole el paquete con los dulces que logré rescatar de manos de Jack, tomó unos cuantos, y los metió en su bolsillo, luego comenzó a masticar uno, lo saboreaba como si de un manjar de tratara.

—¿Pero?, ¿tu novia no vino con ella? —preguntó una vez que terminó de comer.

—No, no lo hizo y creo que no lo hará, comienzo a pensar que me enamoré de la mujer equivocada —le entregué los que me quedaban y los recibió con una mirada de agradecimiento, pensé que de alguna forma yo era afortunado, para John, algo tan simple como un dulce, se convertía en un verdadero tesoro.

—Gracias, hace mucho que no probaba uno de estos —comentó, perdiéndose de nuevo en sus recuerdos—, cuando mi hijo era niño, solía llevarlo a comprar dulces cuando llegaba de trabajar, siempre me esperaba ansioso sentado en el porche y en cuanto me veía, corría a abrazarme. Recuerda una cosa siempre muchacho, el corazón nunca se equivoca, lo que sea que te esté pasando en este momento tendrá una solución, a veces pronto, a veces llevará más tiempo.

—Quisiera creer que es cierto —tenía que creerlo, sino me volvería loco en ese lugar.

Decidí buscar algo que hacer el resto de la tarde, así que me uní a un grupo de presos que jugaban voleibol, lo que me ayudó a distraerme, mi equipo ganó, terminamos sudorosos y cansados, aun así, ellos parecían sentirse bien, como si estuvieran acostumbrados a esa situación. En ese momento, me pregunté si me pasaría lo mismo, si me quedaría ahí tanto tiempo que olvidaría mi vida y me adaptaría a esa; aparté esos pensamientos, no, eso no pasaría, tenía que salir de ahí por mi madre, ella me necesitaba. Me alejé rumbo a las duchas pensando en cómo conseguiría mi libertad, estaba bañándome cuando escuché pasos que se acercaban, los ignoré pensando que se trataba de algunos reclusos que también iban a darse un baño, cerré la llave y me envolví en mi toalla; cuando estaba a punto de salir, me encontré con tres

sujetos que me bloqueaban el paso, un mal presentimiento se apoderó de mí, sabía lo que estaban buscando.

—Miren chicos, el niño bonito que nos encargaron para el trabajo —dijo uno de ellos riendo a sus compañeros, comenzaron a rodearme y me preparé para defenderme, ellos eran tres, pero yo estaba más enojado. El primer golpe vino sin que lo esperara, me tambaleé, pero me recuperé pronto y lancé un puñetazo que logró darle en el hombro a uno de ellos, sin embargo, los otros dos lograron atraparme y mientras me sujetaban, el primero me golpeó en el estómago.

—Son unos hijos de puta —dije, escupiendo con ira, nunca me había sentido tan impotente como en esos momentos mientras los tres sujetos me golpeaban.

—Claro que lo somos, unos hijos de puta que tendrán un buen dinero después de esto, un buen amigo tuyo nos pagó para darte una lección y como ya sabrás, en este hueco cualquier cosa sirve —una serie de golpes llegó mientras trataba de zafarme, lancé una patada que logró dar en el objetivo—, ahora sí te vas a morir, cabrón —me dijo el hombre molesto mientras sostenía su entrepierna, lo vi sacar una navaja de su bolsillo y esperé por lo que vendría, solo pensé en cómo se sentiría mi madre si yo moría.

—¿Qué está pasando aquí? —la voz grave de John se escuchó desde la puerta—, si no lo sueltan, voy a llamar a los guardias —los hombres que me estaban sujetando, enseguida me soltaron y el de la navaja se la guardó de nuevo después de pasarla por su lengua en una clara amenaza, me quedé ahí adolorido y sangrando; un momento después, sentí los brazos de John ayudándome a levantar—. Vamos, muchacho, te voy a llevar a la enfermería —estaba tan adolorido que no estaba seguro de poder llegar ahí, sin embargo, reuní todas mis fuerzas y apoyado en el hombro de mi amigo, logré levantarme.

—Gracias por la ayuda —dije limpiando la sangre de mi boca con el brazo.

—No te preocupes, lamento no haber llegado antes —dijo con un gesto de disculpa—, esos tipos estuvieron a punto de matarte. ¿Cómo es que terminaste buscándote problemas con ellos?

—No los busqué, alguien los envió —una imagen de Thomas Williams se formó en mi cabeza.

—El padre de tu novia —no necesité decirlo, él ya lo tenía tan claro

como yo.

En la enfermería un médico me atendió y limpió mis heridas, me dijo que me quedaría esa noche ahí, entonces, estuve todo el tiempo pensando en qué habría pasado si mi amigo no hubiese llegado. Hasta dónde llegaba el odio de ese hombre y lo que era capaz de hacer.



Capítulo Once

Eran las diez de la noche, al día siguiente me reuniría con Rose para conocer su plan de escape para poder hablar con su padre, esperaba que él pudiera ayudar a Erik y entonces una idea se me ocurrió; tomé un bolígrafo y una hoja y comencé a escribirle, plasmando todo lo que sentía en el papel, esa siempre había sido mi forma de expresarme, y nunca lo había necesitado tanto como en ese momento. Una hora después, por fin había terminado, le conté todo lo que pude, evité algunos detalles como los golpes de mi padre y lo que descubrí en la fiesta a la que me obligó a ir, no quería preocuparlo más de lo debido, ya era bastante malo que estuviera encerrado, le dije cuánto lo amaba y cómo esperaba que pudiéramos estar juntos pronto, mi corazón rogaba porque así fuera.

En la mañana me reuní con Rose en la cafetería, fingíamos mirar los apuntes mientras la sombra se mantenía a una distancia prudente.

—Escucha, esto es lo que haremos, simularemos estudiar en la biblioteca para despistar a tu vigilante, ya hablé con un amigo que trabaja como asistente ahí y nos permitirá salir por la puerta de atrás.

—¿Crees que eso funcionará? —pregunté preocupada, necesitaba

desesperadamente hablar con el abogado.

—Por supuesto, tú confía en mí, sé lo que hago, soy la reina de los escapes —respondió con una sonrisa que decía que estaba acostumbrada a hacerlo.

Salimos de la cafetería y nos dirigimos al baño, ahí saqué de mi maleta la carta que le iba a enviar a mi novio y el dinero que tenía, lo guardé todo en mi bolsillo y luego fuimos a la biblioteca, buscamos una mesa vacía y dejé mi bolso, me acerqué a una de las estanterías pretendiendo buscar algún libro, miré por encima del hombro para ver que, como de costumbre, la sombra estaba concentrado en su teléfono y no me estaba prestando mucha atención, seguí caminando hasta perderme en los pasillos y en uno de ellos, apareció Rose. Su amigo, quien estaba en un costado nos hizo señas hacia una pequeña puerta que mantenía abierta, corrimos pasando por ella, mientras nos alejábamos sentía mi corazón acelerado.

—Démonos prisa, no quiero que se dé cuenta que nos fuimos y me siga —dije mirando hacia atrás, sentía como si en cualquier momento fuera a aparecer la sombra.

—No te preocupes, estaba demasiado ocupado con sus cosas, además, la idea de dejar tu bolso en un lugar donde pueda verlo estuvo perfecta, así pensará que estás buscando algún libro —me dijo Rose con una tranquila sonrisa.

Llegamos al parqueadero donde había dejado su auto y rápidamente nos dirigimos a la oficina de su padre, entramos a un edificio moderno, aunque sin duda no tan lujoso como el que tenía el mío, pasamos por una recepción donde una mujer nos dio un corto saludo y subimos por el ascensor, nos atendió una secretaria bastante amable quien nos dijo que el señor Moore nos estaba esperando.

—Hola, papá —saludó mi nueva amiga dándole un beso en la mejilla, él le sonrió y eso me causó un poco de envidia, mi padre jamás había tenido un gesto de cariño conmigo—, mira, ella es mi amiga Sara, de quien te hablé —enseguida me acerqué y le tendí la mano.

—Señor Moore, un placer conocerlo —él la estrechó con un suave apretón.

—El placer es todo mío, Sara, siéntate por favor, veamos qué podemos hacer por tu novio —le relaté los acontecimientos y cómo habían acusado a Erik injustamente—. Disculpa que te lo pregunte, pero es algo rutinario, ¿estás segura que él no robó el reloj de tu padre? —por un momento me sentí ofendida de su pregunta y quise irme de ahí, pero me obligué a recordar que era el único que podía ayudarme.

—Completamente, mi padre le declaró a la policía que lo había encontrado robándole, pero es imposible, él estaba conmigo cuando mi padre llegó y este traía su reloj puesto, Erik no pudo haberlo robado —respondí un poco brusca.

—Ya veo, así que tu padre es un hombre de armas tomar —dijo dando un ligero cabeceo y anotando en su libreta.

—Dígamelo a mí, he vivido toda mi vida a la sombra de Thomas Williams —Entonces levantó la cabeza y me prestó verdadera atención.

—¿Thomas Williams?, ¿eres hija del prestigioso abogado Thomas Williams? —uno más que conocía a mi padre, esperaba realmente que no fuera amigo suyo, sino estaría perdida.

—Sí, ¿lo conoce? —pregunté temiendo la respuesta, pero me tranquilicé un momento después cuando lo escuché hablar.

—Muchacha, en esta ciudad todos lo conocen y déjame decirte que tu novio no se enfrenta a un enemigo pequeño —en sus palabras no había simpatía así que supe que no eran amigos, cosa que agradecí infinitamente.

—Lo sé, por eso espero que usted pueda ayudarlo —le hablé con seguridad, queriendo que entendiera que su ayuda era importante para que se resolviera nuestra situación.

—Haré todo lo que esté en mis manos, iré a verlo lo más pronto posible para hablar con él —eso me hizo recordar algo.

—¿Usted podría por favor entregarle esto? —le dije tendiéndole el sobre, lo tomó sin hacer ninguna pregunta.

—Por supuesto, ahora revisaré toda la información que tenga, mi hija me dijo que no puedes venir mucho así que con ella te estaré informando sobre el avance del proceso y el costo de mis honorarios —honorarios, obviamente tenía que pagarle y yo ni siquiera había pensado en eso, la preocupación estaba regresando, pero la deseché, de alguna forma conseguiría el dinero, no me importaba lo que tuviera que hacer.

—Claro, se lo agradezco mucho —nos despedimos y salimos nuevamente. Cuando estábamos en la calle se me ocurrió una idea—, Rose,

¿podrías por favor acompañarme a un lugar? —como siempre, sin hacer muchas preguntas, aceptó.

—Claro, vamos, esto de la aventura se pone cada vez mejor —dijo con su habitual sonrisa, y yo negué, nada podía estar más lejos de una aventura que aquello.

Nos detuvimos frente a la casa de la madre de Erik, estaba nerviosa al pensar que tal vez ella no quisiera verme y estuviera tan molesta conmigo como lo estaba Anne, me bajé del auto con temor, mis manos temblaban, pero no estaba dispuesta a irme de ahí sin hablar con ella, caminé hasta la puerta y después de tomar una respiración, llamé con un pequeño golpe, la escuché al otro lado y un minuto después, abrió.

—Sara —me saludó con algo de sorpresa.

—Señora Claire, lamento molestarla, pero me gustaría hablar con usted —enseguida se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Claro, cariño, pasa —me sorprendió que me hablara de forma cariñosa, no estaba molesta conmigo, por fin me sentí aliviada, al menos ella no me culpaba, la seguí hasta el sofá y me senté después de ella—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó intentando levantarse, pero la detuve tomándola de la mano.

—No, se lo agradezco mucho, pero no puedo quedarme mucho tiempo, solo quería decirle que lo siento mucho, que no quería que esto pasara —volvió a sentarse a mi lado y me miró sin ningún reproche.

—Hija, lo que pasó no fue tu culpa y eso Erik y yo lo tenemos muy claro —mientras hablaba tomó mis manos en las suyas y las acarició, ese simple gesto hizo que mi corazón se alegrara, ella era una mujer tan llena de amor, que podía transmitirlo en una simple caricia, pensé que así era como deberían ser todas las madres.

—Sin embargo, no hace que me sienta menos culpable, Anne me lo advirtió, me dijo que le traería problemas y yo lo ignoré —comencé a llorar sin poder evitarlo, en el fondo me sentía tan culpable como me acusaba la tía de Erik.

—No le hagas caso a mi hermana, a veces no mide lo que dice, tú eres una chica buena y no serías capaz de hacerle mal a nadie —la abracé y ella me rodeó con sus brazos.

—Le prometo que haré lo que sea para sacarlo de ahí, ya hablé con un

abogado y él ira a visitarlo —le dije alejándome, su cara se iluminó y vi sus hombros relajarse.

—No sabes cuánto te agradezco, yo no tengo dinero para pagarlo —yo tampoco lo tenía, pero eso no se lo iba a decir.

—Quédese tranquila, yo me encargo de todo —traté de tranquilizarla, sin embargo, en el fondo la preocupación me estaba consumiendo.

Después de despedirme regresamos a la universidad, me sentía mejor sabiendo que ella no me culpaba de lo sucedido con su hijo, cuando llegamos corrimos de nuevo a la biblioteca, antes de entrar, detuve a mi compañera.

—Rose, de verdad te agradezco mucho todo esto que estás haciendo por mí —le di un corto abrazo y besé su mejilla.

—No digas nada, si esto es más emocionante que una película de acción, nunca había huido de un matón, de haber sabido que tu vida era tan emocionante me habría hecho tu amiga antes —le sonreí, pensando que realmente mi vida nunca tuvo nada emocionante hasta que conocí a Erik.

En la mesa se encontraba mi bolso y la sombra no se había movido de su sitio, a pesar de que habíamos tardado casi dos horas en ir y volver, solo esperaba que hubiese valido la pena toda la aventura.

Cuando regresé a mi casa decidí ir al invernadero, la sombra me siguió, pero cuando iba a entrar se lo impedí, ese era el lugar donde había pasado horas con Erik, donde había sido feliz por primera vez y no permitiría que nadie lo invadiera.

—No te atrevas a seguirme ahí dentro —le dije poniéndome frente a él para impedirle la entrada, me miró desde su posición mucho más alto que yo, arrugando su frente.

—Su padre me dijo que no la dejara sola —me habló haciendo énfasis en cada palabra como si fuera una tonta que no entiende lo que se le dice.

—¿Eres imbécil o qué? —últimamente estaba aprendiendo a decir muchas malas palabras, cosa que me hacía sentir bien—, ¿a dónde crees que iría?, ¿me ves alas para salir volando por el techo?, no te atrevas a entrar aquí si no quieres que una de esas macetas termine de sombrero en tu cabeza —ahora fui yo quien recalqué cada palabra para dejarle claro que no entraría ahí por nada del mundo, sus ojos se dilataron y vi la rabia que sintió en ese

momento por tener que soportarme, era bueno que el odio fuera mutuo.

—Loca estúpida —me dijo y se alejó, respiré hondó y me dirigí al único lugar de esa casa donde me había sentido bien. Todo estaba como él lo había dejado; los implementos, sus guantes, las plantas ordenadas por colores, me senté durante horas allí, llorando y recordando las horas que pasamos allí juntos, las bromas que me hacía y cómo tarareaba alguna canción, cuando estaba concentrado en su trabajo. Esperaba, rogaba porque todo saliera bien, que algún día Erik y yo tuviéramos una oportunidad.



Capítulo Doce

El tiempo seguía pasando lentamente, es extraño como no te das cuenta de eso cuando eres libre, no te preocupa mucho lo que harás mañana porque tienes la certeza de que llegará y seguramente tendrás algo en qué ocuparlo, sin embargo, estando encerrado, el mañana parece demasiado lejano para siquiera pensar en él, pensaba en Sara y en las razones que tuvo para no visitarme, entonces recordé el momento cuando la escuché decirle a su padre que le prometía no volver a verme si me dejaba tranquilo, tal vez me había dejado llevar por mi tía y la acusé injustamente, mi niña bonita era demasiado buena, el egoísmo no era algo que pudiera ser parte de ella, me moví tratando de encontrar una posición más cómoda, seguía dolorido por la paliza, pero al menos los tipos no se habían vuelto a acercar a mí.

El miércoles siguiente me sentía algo mejor y estaba dispuesto a buscar algo que hacer, no podía pasarme más tiempo esperando que sucediera un milagro que me ayudara a salir de la cárcel para poder continuar con mi vida, pedí ir a la oficina del director y hablé con él, me permitieron trabajar en un taller de carpintería, cosa que me serviría para no pensar en lo que iba a pasar. Me encontraba con John quien resultó ser el encargado del lugar, me enseñaba las diferentes herramientas con las que podría trabajar cuando

escuché que me llamaban.

—Erik Scott —me giré y uno de los guardias se encontraba en la puerta.

—Sí, soy yo —dije acercándome a él.

—Tiene una visita de su abogado —el hombre lucía bastante serio, más bien parecía molesto, eso de trabajar en una prisión como que no era muy gratificante.

—Vaya, parece que por fin tengo un abogado de oficio —le dije a John quien asintió con una sonrisa, seguí al guardia hasta la sala de visitas y me guio hasta una mesa donde se encontraba un hombre mayor revisando unos documentos, sin decir nada más, se alejó —. Buenas tardes —dije cuando estuve a su lado, levantó la cabeza y un segundo después se puso de pie.

—Buenas tardes, Erik —saludó tendiéndome la mano a la que correspondí—, Soy Gregory Moore, tu abogado, siéntate por favor, ¿tuviste algún problema? —preguntó señalando los golpes que todavía se podían ver en mi cara.

—Parece que alguien me quiso enviar un regalo —respondí pasando la mano por mi cara que todavía no se veía nada bien, lo vi enarcar una ceja.

—Ya veo —me senté frente a él y esperé hasta que terminó de organizar los documentos que tenía en su maletín—, bueno, estuve estudiando tu caso, cuando Sara fue a verme...

—Espere —el hombre se calló enseguida—, ¿dice que Sara fue a verlo? —El hombre me miró como si no comprendiera mi pregunta.

—Sí, ella fue quien me envió —mi corazón volvió a latir con normalidad desde que estaba ahí, mi niña bonita no me había dejado solo—, ¿pasa algo? —preguntó dudando.

—No, es solo que pensé que era un abogado de oficio —asintió y continuó hablando.

—Entiendo, pero no, tu novia estudia con mi hija y hace dos días fue a hablar conmigo para pedirme que te ayudara, como te dije antes he estudiado tu caso y debo ser sincero, nos enfrentamos a Thomas Williams y ese hombre no juega limpio.

—Dígamelo a mí —decir que no jugaba limpio era un verdadero eufemismo, ese hombre era el cinismo personificado.

—Voy a hacer todo lo posible para lograr que te asignen una fianza y puedas salir libre mientras esperamos el juicio; por lo pronto, debemos buscar

pruebas que te ayuden, o en el mejor de los casos, lograr que retire la denuncia en tu contra —escuchar eso hizo que mis esperanzas decayeran, nunca lograría que retirara la demanda, eso lo tenía muy claro.

—Él no hará eso, me desprecia y buscará la forma de mantenerme alejado de su hija, hace dos días envió tres tipos a matarme, ¿de verdad cree que haría algo para sacarme de aquí? —pregunté señalando lo obvio.

—Te hiciste de un enemigo del que hay que tener mucho cuidado, voy a tratar de hablar con el director para que te mantengan alejado de esos hombres, no queremos que atenten de nuevo contra ti mientras logro que te asignen una fianza.

—Parece conocerlo muy bien —dije queriendo conseguir más información de alguien que podía estar cerca de Thomas.

—Estamos en el mismo medio, conozco a casi todos los abogados de esta ciudad y te puedo asegurar que Williams es de la peor calaña —su tono dejaba ver el desprecio que sentía por el padre de Sara y supe que al menos tenía un aliado.

—¿Usted no cree que me pueda ayudar mucho, verdad? —el hombre me miró un momento dudando si responder o no.

—Se lo dije a Sara y te lo diré a ti, estamos ante un caso complicado, Williams tiene muchas influencias y estoy seguro que las moverá todas para hundirte, pero trataremos de encontrar una salida, tampoco es como si el hombre fuera invencible —terminamos de revisar los documentos y me enseñó las declaraciones que tenía de Sara donde decía que estábamos juntos, que ella me invitó a entrar a su casa, no como su padre afirmó que entré para robar —, me olvidaba de algo —dijo rebuscando en su maletín—, tu novia te envió esta carta —una nueva luz brilló, recibí el sobre emocionado y conté los minutos para que se fuera y poder leer su contenido, así que cuando el abogado se despidió por fin, corrí a mi celda donde sabía que a esa hora nadie me molestaría, me senté en la litera con la espalda apoyada en la pared y la abrí con manos temblorosas, sus primeras palabras me llenaron el corazón de esperanza.

Mi amado Erik:

Perdóname por tardar tanto en ponerme en contacto contigo, pero las cosas no han sido fáciles, sin embargo, no voy a darme por vencida, lamento tanto que estés allí, ahora

pienso que Anne tenía razón, que solo te causo problemas, que no soy lo suficientemente fuerte. Cómo quisiera que las cosas fueran de otra forma, que mi padre no se comportara como un monstruo, pero es con lo que he vivido siempre, no obstante, te prometo que te sacaré de ahí y cuando lo haga si no quieres verme de nuevo lo entenderé, alguna vez te dije que si en algún momento piensas que estar conmigo de alguna forma te afecta, me lo dijeras y te prometía que te dejaría tranquilo, Erik, te amo demasiado para hacer algo que te lastime y si estar conmigo te hace daño prefiero que estés lejos pero feliz.

El abogado está haciendo lo posible por conseguir una fianza, mientras tanto yo seguiré buscando la forma de que mi padre retire la denuncia, no sé cómo, pero te juro que lo lograré, por favor no pierdas tu fe en mí, eres el único para quien he sido importante.

Te amo, Sara.

Leí la carta varias veces y me sentí culpable, me pedía que no perdiera la fe en ella y yo lo había hecho cuando mi tía me enseñó el periódico con las fotos. Ahora comprendía que había un motivo detrás de ello, mi niña bonita no se acercaría por su voluntad al cerdo que trató de abusar de ella, su padre tendría que estar detrás de eso, la guardé y volví al taller donde John me esperaba con una mirada expectante.

—¿Qué pasó con el abogado?, ¿te dio alguna esperanza? —preguntó en cuanto me vio entrar.

—De hecho, sí, me dio más que esperanzas, lo envió mi novia — contesté con una enorme sonrisa, el hombre me la devolvió, sabedor de lo importante que era para mí que ella no me hubiera abandonado.

—Me alegro, muchacho, espero que todo se resuelva pronto —me dio una palmada en el hombro mientras decía aquello.

—Yo también lo espero, por cierto, tenías razón —dije dirigiéndome a tomar los implementos de trabajo.

—¿Sobre qué? —preguntó confundido.

—Sobre que el corazón nunca se equivoca —vocalicé poniendo mi mano en el pecho de forma teatral.

Y era cierto, el corazón nunca se equivocaba, el mío no se equivocó en escoger a Sara.



Capítulo Trece

Esa mañana al llegar a la universidad, Rose me comunicó que su padre había ido a ver a Erik y que este se encontraba bien, eso me hizo sentir más tranquila, pero el problema continuaba, no tenía el dinero para pagar los servicios del abogado y debía conseguirlo de alguna manera. De regreso en mi casa me encerré en mi habitación, mientras daba vueltas buscando una solución, una idea surgió, no era lo más correcto pero era la única salida que tenía, abrí la puerta y la sombra no estaba por ningún lado, parecía que me estaban dando algo de libertad, caminé por el pasillo y bajé la escaleras, mi libertad terminó unos minutos después cuando lo vi sentado leyendo el periódico; en cuanto me vio, me lanzó una mirada de fastidio, como si yo fuera ese mosquito que no se puede quitar de encima, parecía que él también intentaba estar libre un rato, se la devolví diciéndole que él para mí era peor que una sanguijuela.

Caminé sin prestarle atención, pero era más rápido que yo y en un minuto lo tuve frente a mí cerrándome el paso.

—¿A dónde cree que va? —preguntó cruzándose de brazos.

—No creo nada, voy a la biblioteca a buscar un libro —dije intentado rodearlo.

—Su padre no me dijo que estuviera autorizada para entrar ahí —en ese momento me enfurecí, lo empujé sin lograr que se moviera un solo milímetro.

—Pero tampoco te dijo que no lo hiciera, imbécil —grité tan fuerte que estuve segura que escucharon en toda la casa, sus ojos se oscurecieron y en ellos apareció una mirada asesina.

—Cuide sus palabras, mocosa —mientras hablaba, se inclinó para que su mirada quedara justo a la altura de la mía.

—¿O qué?, ¿me vas a pegar? —pregunté sin amilanarme, tenía un propósito y él no impediría que lo cumpliera.

El sujeto me miró como si fuera justo eso lo que quisiera hacer, pero simplemente se apartó y me dejó pasar, luego me siguió, eso no ayudaba nada, tenía que estar sola en la biblioteca si quería lograr mi objetivo, me hice la que buscaba un libro bajando varios de las estanterías, la suerte quiso que en ese momento recibiera una llamada y luego de mirar la pantalla salió del lugar dejándome sola por fin. Rápidamente cerré la puerta y corrí hasta el escritorio, busqué en todos los cajones pero no encontré nada, entonces mi vista se desvió al cuadro en la pared, detrás de él se encontraba la caja fuerte, de nuevo me sentí derrotada, no sabía la combinación, seguí rebuscando tratando de encontrar lo más rápido posible algo que me ayudara, uno de los cajones estaba cerrado con llave; afortunadamente, las encontré en otro muy escondidas detrás de unos documentos, abrí pero solo encontré más documentos, comencé a revisarlos para ver si en alguno estaba la combinación, nunca se me hubiese ocurrido robar a mi padre, pero Erik era más importante que mi conciencia, así que iba a conseguir el dinero para la fianza y el abogado como fuera, me estaba dando por vencida cuando tomé una carpeta, la abrí buscando algo que me sirviera y entonces vi mi nombre y la palabra fideicomiso, recordé lo ocurrido en la fiesta cuando lo escuché hablando con el tal Brandon, tal vez no tenía el dinero para la fianza, pero en mis manos tenía algo más importante, cerré todo de nuevo y escondí el documento en mi blusa, luego tomé dos libros de derecho que no me interesaban y salí con el corazón acelerado rogando porque no se diera cuenta, afortunadamente la sombra continuaba hablando y solo me miró cuando pasé por su lado.

Cuando estuve en mi habitación cerré la puerta y le puse seguro, tiré los libros al piso y corrí a la cama, saqué el documento para leerlo, lo que encontré me asombró, en ese momento comprendí por qué mi padre quería apoderarse de él. Era una suma de cincuenta millones de dólares que había dejado mi abuelo a mi nombre, según lo estipulado yo podría disponer de él cuando cumpliera dieciocho años, tenía veinte y nunca supe que ese documento existía, una sonrisa se extendió por mis labios, por fin tenía en mis manos el boleto de salida de Erik de la cárcel, si mi padre quería ese dinero lo tendría, pero me iba a dar algo a cambio.



Estuve de pie en la ventana esperando ver llegar su auto y cuando por fin lo vi me preparé para lo que vendría, salí de mi habitación y bajé las escaleras, cuando abrió la puerta me miró e hizo el intento de pasar por mi lado como si de una pared se tratara, pero me moví quedando frente a él.

—Necesito hablar contigo —le dije antes de que pudiera ignorarme.

—No tengo tiempo para tus estupideces —respondió, empujándome y siguiendo su camino.

—No sabía que cincuenta millones lo fueran —le hablé a su espalda, se detuvo enseguida y supe que por fin tenía su atención.

—¿De qué estás hablando ahora? —preguntó girándose, pero la duda se reflejaba en sus ojos.

—¿Quieres tratar el tema aquí delante de tus empleados? —pregunté refiriéndome a los dos hombres que se encontraban en ese momento con nosotros, mi sombra y su compañero que últimamente parecía el perro guardián de mi padre; les hizo un gesto con la cabeza y ambos desaparecieron.

—Entra —me dijo abriendo la puerta de su despacho—, y más te vale que sea importante lo que tienes para decir.

—Lo es padre, claro que lo es —caminó hasta llegar a su escritorio y se sentó, luego apoyó la barbilla en sus puños mientras me miraba de forma amenazadora.

—Habla —dijo sonando impaciente, punto para mí, eso necesitaba,

que se desesperara tanto que estuviera dispuesto a todo por conseguir ese dinero.

—Te escuché el día de la fiesta hablando con el hijo del alcalde — caminé de un lado a otro fingiendo tranquilidad, como si le estuviera hablando del clima, nunca permitirá que se diera cuenta cuánto me había afectado escucharlo hablar de mí como si no significara nada.

—Así que ahora también escuchas conversaciones ajenas —me recriminó.

—No lo hice con intención, además eso ya no importa, lo realmente importante es que sé que quieres un fideicomiso que está a mi nombre —dije sin dejar de caminar, por fin vi la comprensión en sus ojos, se alejó del escritorio y apoyó la espalda en la silla mientras aflojaba su corbata.

—¿Y? —preguntó después fingiendo desinterés, me detuve y lo miré, no respondí enseguida, estaba jugando un juego muy peligroso, pero estaba dispuesta a ganarlo, caminé hasta quedar cerca.

—Lo tengo en mi poder —respondí apoyando las manos en su escritorio.

—¿Qué dices? —se puso de pie tan rápido que me sobresalté y me hizo retroceder, estrelló sus manos sobre la superficie mientras su rostro se desfiguraba por la ira—, ¿te atreviste a meter tus manos en mis cosas?

—En realidad no son tus cosas —dije con voz temblorosa, cosa que odié, no quería tener miedo, no podía tener miedo en ese momento, comenzó a acercarse a mí y me alejé enseguida, estaba segura que intentaría golpearme —, te voy a firmar el documento, te daré todo —hablé rápidamente tratando de llamar su atención y por suerte lo logré.

—¿Por qué? —preguntó sin cambiar su expresión, así que me jugué mi última carta.

—No es por qué, es a cambio de qué —hablé levantando el rostro y con toda firmeza de la que fui capaz.

—Con que quieres algo a cambio, no eres tan tonta después de todo — regresó a su puesto y se sentó con la espalda recta y los brazos a cada lado sobre los apoyabrazos, en esa pose que adoptaba de superioridad.

—Eres tú quien siempre ha querido pensar que lo soy —me encogí de hombros como si no me importara que toda mi vida me hubiese tratado de esa manera.

—Habla de una vez y dime qué quieres —al fin había llegado al punto que quería.

—Quiero que retires la denuncia que pusiste en contra de Erik —sus fuertes carcajadas me confundieron, un momento tenía su mejor mirada asesina y al siguiente, reía como si le hubiese contado algún chiste.

—Vaya, estaba confundido, eres más tonta de lo que pensaba —habló en tono de burla—, estás dispuesta a renunciar a todo por el mugroso —controlé mi ira al escucharlo llamar a Erik mugroso, no me convenía hacerlo enojar si quería negociar con él.

—¿Renunciar a todo? —Ahora fui yo quien reí—, eso depende del punto de vista, no puedo renunciar a todo si nunca he tenido nada.

—Por supuesto que nunca lo has tenido ni lo tendrás, ¿crees que dejaría cincuenta millones en manos de una estúpida como tú?, si no he dispuesto de eso es porque el imbécil de tu abuelo lo arregló todo para que solo tú pudieras tener acceso a él.

—Pues entonces eso quiere decir que yo tengo el poder y si quieres tu maldito dinero me tendrás que dar la libertad de mi novio a cambio —ya estaba harta de sus insultos.

—Está bien, como sea, dame el documento y retiro la denuncia —estiró su mano esperando que se lo diera, negué, en realidad él pensaba que era estúpida.

—No, así no es como funciona, tú retiras la denuncia y cuando mi novio esté libre, tendrás tu dinero —me miró con tanto desprecio que me hizo pensar si en algún lugar de su corazón había otro tipo de sentimiento hacia mí, luego se dio por vencido.

—Está bien, tú ganas, redactaré un nuevo documento donde me cedes tu derecho y cuando esté listo lo firmarás, ahora sal de mi vista —me dio la espalda, pero no quería que él tuviera la última palabra.

—También quiero que le digas a ese hombre que deje de seguirme y que me regreses mi ordenador y mi teléfono —sin decirme nada, se acercó a un armario de donde sacó mis cosas y las puso de mala gana sobre su escritorio, las tomé y me fui, la sombra no apareció por ningún lado, por fin era libre de nuevo. No pasó mucho tiempo antes de que la sombra apareciera en mi puerta con un documento que debía firmar, vaya si mi padre tenía prisa por ser unos millones más rico, lo tomé y le cerré la puerta en la cara sin decirle nada.

Esa misma noche la empleada fue a buscarme, cuando abrí, me miraba como siempre con cara de fastidio, era una persona muy desagradable y seguía

sin poder quitarme la idea de que era una especie de bruja.

—La buscan en la puerta —dijo y se alejó de nuevo, la seguí y me apresuré a la entrada para ver de quien se trataba, mi amiga se encontraba de pie con las manos metidas en sus bolsillos mientras jugueteaba con una pequeña piedra.

—Rose, ¿qué haces aquí? —me preocupó verla a esa hora ahí y tuve un mal presentimiento, ella no vendría si no era para darme alguna mala noticia,

—Tenía que hablar contigo, te hubiese llamado, pero no tengo tu número, por cierto, tu empleada es bastante desagradable, ni siquiera me permitió pasar —dijo mirando por encima de mi hombro.

—Lo lamento mucho, es una mujer extraña —me disculpé, pero tampoco la invité a entrar no quería que se encontrara con mi padre y le hiciera alguna grosería.

—Yo diría amargada, pero eso no importa, vine porque mi padre quería que te avise que la denuncia en contra de tu novio fue retirada, mañana mismo lo dejarán libre —mi corazón se quería salir de mi pecho, mi amado Erik, por fin lo volvería a ver.

—Gracias, Rose, muchas gracias —le dije dando saltos de alegría a los que ella se unió.

—A mí no tienes que agradecerme, creo que algo pasó y tu padre recapacitó —por supuesto que algo había pasado, pero eso ya no importaba.

Mi amiga se despidió y regresé a mi cuarto, feliz; parecía que todo comenzaba a volver a la normalidad, tenía que avisarle a la señora Claire, pero antes le daría el documento a mi padre, los busqué en el cajón de mi mesa de noche y luego me dirigí a su despacho, llamé una vez y entré sin esperar que me respondiera, no apartó la mirada de su ordenador.

—Ya supe que retiraste la denuncia y aunque sé que actuaste motivado por la ambición, te agradezco que lo hicieras, aquí está el documento firmado —lo deposité en su escritorio y en ningún momento me dirigió una mirada, me di por aludida y me dispuse a salir de ahí.

—Sara —me detuve esperando por lo que iba a decirme—, te aguanté toda la vida porque tenías algo que me interesaba, pero ahora eso me pertenece, así que no quiero verte más, recoge tus cosas y sal de mi casa —un

nudo se formó en mi estómago, ¿qué me fuera? ¿A dónde iría?, sin embargo, no le respondí, seguí caminando alejándome de él, llegué a mi habitación y sin perder más tiempo me dispuse a empacar las pocas cosas que tenía, mi ropa y mis libros, miré por última vez el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo y me sorprendió darme cuenta que no lo echaría de menos, salí de ahí con dos maletas y sin rumbo fijo, no me detuve a mirar atrás, ese nunca fue mi hogar.

Tomé un taxi, lo primero que haría era avisarle a la madre de Erik que su hijo sería liberado, luego buscaría qué hacer con mi vida. Cuando llegué pensé en decirle al taxista que me esperara, pero eso me costaría mucho y no tenía tanto dinero, así que bajé mis maletas y las arrastré hasta el porche, las puse a un lado y luego llamé a la puerta, la señora Claire me abrió luciendo agotada.

—Sara, querida, que bueno verte de nuevo, pasa —me saludó con su habitual calidez y me alegré de poder por fin darle algo de paz.

—Gracias, señora, vine porque le tengo buenas noticias —hablé muy feliz.

—¿Acaso el abogado puede hacer algo por mi hijo? —preguntó sonando ansiosa y llevándome de la mano hasta la sala.

—Es algo mejor, mi padre retiró la denuncia, Erik saldrá mañana.

—Oh —dijo llevándose las manos a la cara, escuché su sollozo y me acerqué para abrazarla —no sabes lo feliz que me siento, estaba tan angustiada de ver a mi muchacho en esa situación.

—Lo sé y de nuevo lamento ser la causante de ello —dije mientras acariciaba su espalda.

—No digas eso, lo importante es que ya se solucionó —lo había logrado y no podía sentirme más feliz, sobre todo viendo la alegría reflejada en el rostro de la señora Claire.

—Debo irme, mañana vendré a buscarla para que vayamos juntas a esperarlo ¿le parece? —me puse de pie y caminé hasta la puerta con ella siguiéndome.

—Por supuesto, te estaré esperando —estaba a punto de irme cuando se fijó en mis maletas—, ¿por qué traes esas maletas?

—Bueno, es que... en realidad es una larga historia —una que no quería contarle, ¿qué le diría?, le pagué cincuenta millones a mi padre para

que dejara a Erik libre y luego él me echó de su casa, eso no era algo que quisiera relatar.

—¿Tu papá está involucrado en ella? —preguntó mirando directo a mis ojos.

—Algo así —traté de evadir sus preguntas.

—Ven cariño, Erik no me perdonaría que te deje en la calle —dijo instándome a que entrara de nuevo a la casa.

—Se lo agradezco, pero no quiero incomodarlos —me avergonzaba quedarme ahí, no quería invadir su espacio.

—No lo haces, tú eres de la familia, vamos adentro que hace frío, voy a preparar chocolate caliente —tomé mis maletas y las dejé en la entrada mientras la seguía a la cocina.

Esa noche dormí en el cuarto de mi novio, se sentía bien estar ahí, rodeada de sus cosas, me abracé a su almohada y aspiré su olor, era como estar cerca de él, aunque aún tenía la inquietud de donde iría, pero preferí dormir y pensar en ello en la mañana, lo único que importaba era que por fin sería liberado y volveríamos a estar juntos, eso si no decidía que yo significaba demasiados problemas.



Capítulo Catorce

Un nuevo día comenzaba, paradójicamente me estaba adaptando bien, aparte de John, ahora hablaba con dos chicos más que trabajaban en el taller conmigo, ambos estaban presos por asuntos de drogas, no eran malos tipos, simplemente las circunstancias los habían empujado por el camino incorrecto y finalmente yo no era quien para juzgarlos, así que me limitaba a lo mío sin hacer muchas preguntas; de nuevo un guardia vino a buscarme avisándome que tenía una visita de mi abogado, me limpié las manos en el pantalón y lo seguí teniendo la esperanza que de fueran buenas noticias, lo vi esperándome con una gran sonrisa y supe que sí eran buenas noticias.

—Señor Moore, me alegra verlo de nuevo —saludé estrechándole la mano—, y te alegrará más saber porqué vengo —su tono jocoso me animó aún más.

—Usted dirá —dije impaciente por escuchar lo que me iba a decir.

—Retiraron la denuncia, esta misma tarde saldrás —sus palabras en lugar de aliviarme me preocuparon, el que Thomas Williams me dejara en paz solo podía significar que había hecho algún trato con Sara que implicara que ella no me vería de nuevo.

—¿Sabe usted por qué lo hizo? —pregunté inquieto.

—La verdad es que no tengo idea, solo me llamaron del juzgado para informarme, pero no me dieron detalles.

—Entiendo —me miró frunciendo el ceño.

—No te ves tan feliz como pensé que estarías —¿cómo explicarle mis preocupaciones?

—¿Ah?, claro que sí estoy feliz es solo que... olvídelo, no es nada —no podía contarle lo que me estaba preocupando en ese momento.

—Está bien, iré a arreglar los últimos documentos, a las dos estaré aquí para acompañarte.

—Se lo agradezco mucho —lo vi alejarse hacia la salida y me quedé ahí de pie sintiéndome entre feliz y preocupado. Caminé de vuelta al taller para darle la buena noticia a mis compañeros, aunque no podía apartar de mi mente la idea de que mi liberación no era gratuita.

—Te felicito, muchacho —me dijo John dándome un abrazo.

—Gracias, John, prometo que vendré a visitarte —sentía un profundo agradecimiento por él, era lo único bueno que había conseguido en ese lugar, la amistad de un hombre como John.

—Prefiero que no lo hagas, este sitio no es para un chico como tú, ni siquiera si solo vienes de paso, es mejor que continúes con tu vida y te olvides de este lugar.

—Algunas cosas no se olvidan fácilmente —dije seguro de que esa experiencia quedaría grabada en mi memoria por siempre.

—Lo sé, pero al menos podemos fingir que no existen —supuse que era esa la forma que encontró para sobrevivir ahí, fingiendo que las cosas malas no existían.

Me despedí de ellos y me dirigí a mi celda para tenerlo todo listo, empaqué las pocas cosas que tenía, luego me senté en la litera y esperé. Parecieron horas hasta que por fin el guardia vino a buscarme. En la sala el señor Moore me estaba esperando, me acompañó a la salida y cuando las puertas se abrieron lo primero que hice fue tomar aire, curiosamente sentía como si este fuera diferente al que se respiraba dentro, comencé a mirar a todos lados hasta que vi a mi madre quien tenía los ojos llorosos, pero mi corazón se quiso salir de mi pecho cuando me fijé que mi niña bonita la acompañaba, comenzó a correr hasta llegar a mí, se lanzó a mis brazos y la

atrapé rodeándola con ellos mientras ella repartía besos por todo mi rostro.

—Mi amor, por fin estás libre —decía mientras me seguía besando.

—Eso fue gracias a ti, mi niña bonita, estoy feliz de verte —la besé, queriendo recuperar el tiempo que habíamos estado separados, olvidándome de la presencia del abogado y de mi madre, ella correspondió con la misma pasión, introduje mi lengua en su boca y la devoré como un hambriento, finalmente recobré la compostura y me separé.

—¿Qué te pasó? —preguntó abriendo mucho los ojos cuando vio los moretones que aún no desaparecían.

—No fue nada, no te preocupes —parecía que iba a decir algo más, pero entonces mi madre nos interrumpió.

—Erik, hijo —me separé de Sara para abrazar a mi madre quien se aferró a mí como si fuera un salvavidas, besé su cabeza mientras acariciaba su espalda.

—Mamá, me alegra mucho verlas a ambas aquí esperándome.

—No sabes lo emocionada que me puse cuando Sara fue a verme para decirme, pero ¿qué te hicieron?, mira como tienes la cara —*si tan solo viera el resto del cuerpo*, pensé.

—Un pequeño incidente sin importancia mamá, olvídalo —resté importancia al asunto, queriendo que no se dieran cuenta de nada, afortunadamente parecía que el señor Moore no les había dicho lo que pasó.

—Te preparamos una comida de bienvenida —comentó mi madre más animada.

—Gracias, mamá, no tenías que molestarte —estaba ansioso por volver a casa y comer la comida de mi madre.

—No fue molestia, además Sara me ayudó —me giré hacia mi niña bonita y deposité un beso en su frente.

—Gracias también a ti, mi amor —Le susurré al oído.

Después de agradecer al señor Moore por su ayuda, nos despedimos y fuimos a casa, solo había estado dos semanas fuera pero me parecía que llevaba años sin ver mi hogar, tomé a mi novia de la mano y entramos juntos, quería preguntarle cómo había logrado que su padre retirara la demanda, porque estaba seguro que ella había tenido algo que ver, pero ese no era el momento indicado, así que decidí esperar a que estuviéramos solos, todo estaba limpio como siempre, mi madre era una obsesionada de la limpieza y

eso no cambió nunca a pesar de su enfermedad.

Estábamos en un ambiente de fiesta, pero me extrañó no ver a mi tía y mis primos por ningún lado, así que dejé a mi novia un momento y fui a la cocina para preguntarle a mi madre.

—Mamá, ¿por qué la tía Anne no vino con Amanda y James? —la vi mirar hacia la sala como asegurándose que estábamos solos.

—La verdad, hijo, es que no sé qué le pasa a mi hermana últimamente, por alguna razón no quiere estar en el mismo sitio que Sara, es como si su sola presencia le molestara —escuchar eso me enfadó.

—Pues si no quiere estar en el mismo sitio que mi niña bonita no hace falta que venga, Sara es parte de mi vida y si ella no puede soportarlo, es su problema —volví a salir molesto y la vi ahí sentada mirando por la ventana, era el ser más dulce que conocía, no entendía la animadversión que mi tía sentía hacia ella cuando se suponía que la conocía de toda la vida y le tenía cariño—, ya regresé —me miró con esa sonrisa que me calentaba el corazón y me acerqué para besarla.

—¿Por qué no ayudamos a tu madre? —preguntó acariciando mi rostro.

—Esa es una buena idea, tú le ayudas mientras yo pongo la mesa —me dio un corto beso y se fue a la cocina mientras la observaba.

Comimos en una agradable charla, les hablé de la prisión y de mi amigo John, omití la parte donde el padre de Sara pagó para que me asesinaran, no le vi sentido a preocuparlas. Mientras tomábamos el café miré el reloj y me di cuenta que eran las nueve de la noche, necesitaba estar a solas con mi novia para averiguar lo que quería.

—Cariño, ¿no quieres que te lleve ya a tu casa?, no quiero que se haga tarde y tengas problemas con tu padre —se quedó mirándome, parecía no saber qué decir, así que mi madre habló por ella.

—Hijo, Sara se está quedando aquí —dijo como si fuera lo más normal del mundo, miré de una a la otra sin comprender lo que estaba pasando.

—¿Cómo?, ¿pero por qué? —pregunté sin detenerme a pensar que la pregunta brusca la molestaría, se levantó de la mesa apresuradamente, casi

haciendo que su silla cayera al piso.

—Lo siento, no pretendía incomodarte, ahora mismo busco mis cosas —como siempre hacía cuando algo la molestaba, bajó la cabeza.

—No, espera —pedí, tomándola del brazo—, lo siento, mi amor, no era mi intención que te sintieras mal, solo me sorprendió escuchar que te quedas aquí, yo estoy feliz de tenerte conmigo todo el tiempo.

—Chicos, iré un rato a la casa de mi hermana, así ustedes aprovechan para hablar y aclarar todo —agradecí que mi madre entendiera que necesitábamos tiempo a solas.

—Claro, mamá, no te preocupes por la mesa que yo recojo.

—Está bien, cariño —me dio un beso en la mejilla y puso su mano en el hombro de mi novia de forma cariñosa, luego salió de la casa.

—Dame un momento recojo todo esto y luego vamos a mi cuarto para que podamos hablar tranquilos.

—Yo te ayudo —comenzamos a limpiar todo en silencio y cuando terminamos la tomé de la mano y la conduje a mi cuarto, cuando abrí la puerta, me di cuenta que había dormido ahí, no sé por qué no pensé en ello cuando mi madre me dijo que se estaba quedando en casa, pero imaginarla durmiendo en mi cama hizo que tuviera otro tipo de pensamientos más lujuriosos, el lugar era muy sencillo, la cama estaba cubierta con la colcha que me hizo mi madre con pequeños retazos de colores, hice que se sentara y yo la imité sentándome a su lado.

—Entonces, mi niña bonita, ahora sí quiero saber todo lo que pasó —tomé sus manos y las acaricié mientras esperaba que hablara.

—¿Te molesta que me haya quedado aquí? —Preguntó con cierto aire de tristeza.

—Ya te dije que no, que me encanta tenerte conmigo, pero quiero saber cómo es que tu padre no está derribando la puerta para llevarte a rastras con él —, tomó aire antes de volver a hablar.

—En realidad, él me echó de su casa —dijo mirando al piso.

—¿Cómo que te echó?, maldito imbécil, ¿te dejó así no más en la calle sin preocuparse por lo que pudiera pasarte? —tuve un ataque de ira, quería tenerlo de frente y acabar con él.

—Bueno, me dijo que siempre me había tenido a su lado porque yo tenía algo que le interesaba, pero una vez que lo tuvo en su poder ya no quería tener que verme —se limpió las lágrimas y supe que, a pesar de todo, le dolía el comportamiento de ese hombre.

—No te preocupes, mi amor, aquí estarás bien —allí no había tantas comodidades, pero buscaría la forma de hacerla sentir como si fuera su casa.

—Yo no quiero que te sientas obligado a vivir conmigo, solo me quedé porque no tenía a dónde ir, pero ya estoy buscando un lugar.

—Ni se te ocurra volver a decir eso, te quedas aquí y punto, yo no voy a permitir que mi mujer este por ahí sola —no supe de dónde había salido eso, pero era verdad, ella era mía y la iba a cuidar. Me miró con sus ojos llenos de amor, ese amor que me hacía sentir que todo era posible.

—Gracias, te amo.

—Yo también te amo, mi niña bonita —la besé y el beso comenzó a descontrolarse, pero me obligué a detenerme, había algo más que aún no me explicaba—, una cosa más, ¿cómo lograste que retirara la denuncia?

—Eso no importa —trató de esquivar mi pregunta intentando besarme de nuevo, pero muy a mi pesar, la detuve.

—A mí sí que me importa, así que no me mientas y mírame a los ojos, quiero saber la verdad —me miró un momento y luego desvió la mirada.

—Le di eso que quería y por lo que me aguantó todos estos años —habló tan bajo que tuve que inclinarme para escucharla y aún así no estaba seguro de haber escuchado bien.

—¿Y qué era eso tan importante que él quería? —temí la respuesta, ¿qué podría tener Sara que su padre quisiera?

—¿Por qué mejor no lo olvidamos? —había tanta súplica en sus palabras que estuve a punto de claudicar.

—Porque nunca estaría tranquilo pensando que sacrificaste algo que significaba mucho para ti.

—Entonces puedes tranquilizarte —me dijo cambiando su expresión por una sonrisa —no le di nada que me importara.

—Sara, quiero saberlo —le hablé serio, debía entender que no era algo que fuera a dejar pasar así nomás.

—Está bien —pareció derrotada—, hace unos días me obligó a ir a una fiesta donde me encontré con el tipo aquel que quiso sobrepasarse conmigo —sentí la furia encenderse dentro de mí al recordar ese incidente—, comenzó a molestarme, pero lo amenacé con hacer un escándalo.

—Esa es mi chica, no permitas nunca que nadie te intimide —me sentí orgulloso de su valentía.

—Pensé en ti y me sentí fuerte —me miró a los ojos mientras hablaba, tuve deseos de desnudarla y hacerle el amor ahí mismo, pero había algo que

resolver, así que tendría que esperar—, el caso es que me dejó en paz, pero luego, por casualidad, los escuché a él y a mi padre hablando.

—Continúa —la insté a que siguiera porque se había quedado callada de pronto.

—Mi padre le hablaba de un fideicomiso que mi abuelo materno me había dejado, pretendía que el tal Brandon me conquistara, para luego convencerme de firmar un documento donde se lo cedía.

—Son un par de miserables —sentí que se me encogía el corazón al pensar en mi niña bonita a merced de esos dos desgraciados.

—Cuando fui a ver al abogado y me habló de sus honorarios caí en la cuenta de que no tenía dinero para pagarle, así que se me ocurrió una idea, fui al despacho de mi padre, quería encontrar la combinación de la caja fuerte.

—¿Pensabas tomar su dinero? —estaba más agradecido que preocupado de que hubiese pensando en robar a su propio padre por ayudarme.

—Dicho así suena feo, pero no tenía otra opción.

—Lo siento, cariño, estabas preocupada por mí —le dije tomándola para sentarla en mis piernas, apoyó su cabeza en mi pecho y besé su cabello mientras esperaba que continuara con su relato—. ¿Qué pasó entonces?

—Bueno, pasó que no la encontré, pero en cambio, sí encontré el documento del fideicomiso, después de revisarlo, supe que mi padre haría cualquier cosa por él, así que le propuse un trato que aceptó.

—¿Cuánto? —sabía que tenía que ser una suma importante si Thomas había decidido dejarme en paz.

—¿Cuánto qué? —era buena fingiendo inocencia, pero yo era bueno consiguiendo respuestas.

—¿Cuánto dinero había en ese fideicomiso?

—Eso ya no tiene importancia, lo único en lo que debemos pensar es que estás libre.

—¿Cuánto? —pregunté de nuevo.

—Cincuenta millones —me atraganté, ni en todos mis sueños me habría imaginado esa suma.

—¿Cómo? —grité tanto que se sobresaltó y se puso de pie, hice lo mismo y comencé a caminar por toda la habitación como león enjaulado—. ¿Estás loca? —pregunté deteniéndome.

—¿Por qué me dices eso?, yo solo quería ayudarte —pareció herida por mis palabras y enseguida me sentí culpable.

—¿Sabes que ese podría haber sido tu futuro?, lo tiraste todo por la borda por mí.

—Te equivocas, mi padre nunca me hubiera permitido tocar ese dinero de todas formas, leí el documento, decía que yo podía disponer de él cuando cumpliera dieciocho años, eso fue hace dos años y ni siquiera sabía de su existencia —traté de calmarme, era cierto, su padre era demasiado ambicioso como para renunciar a él.

—Tienes razón, lo siento si te asusté, te agradezco que hicieras ese sacrificio por mí, pero me parece demasiado.

—Nada de lo que haga por ti será un sacrificio —la abracé y pronto nuestras bocas estaban unidas en un apasionado beso.

—Te necesito ahora mismo —dije mientras besaba su cuello, mi cuerpo despertó.

—¿Y si viene tu madre? —susurró en medio de un jadeo cuando di un pequeño mordisco en su oreja.

—No vendrá, siempre que va donde la tía, se tarda un rato.

Comencé a desnudarla y a recorrer su cuerpo con mis manos, la tendí sobre la cama y me puse encima de ella, me incliné para tomar unos de sus pezones en mi boca; estiré mi mano y acaricié su centro, comencé haciendo movimientos circulares y la escuché gemir al tiempo que arqueaba su cuerpo, seguí saboreando sus pechos. Cuando supe que estaba lista, nos giré para que quedara sobre mí, entré en ella despacio, la observé mientras subía y bajaba reflejando en su rostro el placer que estaba sintiendo, era lo más hermoso que había visto nunca y yo el hombre más afortunado por tenerla, la sentí tensarse y supe que había llegado el momento, ambos gritamos al unísono nuestra liberación.



Dos meses después.

Salí del trabajo y me subí a mi moto, quería llegar pronto a casa, hacía dos meses que Sara vivía con mi madre y conmigo y no podía sentirme más feliz, su padre nos había dejado en paz y nunca más supimos de él. Al perder mi trabajo como jardinero en su casa, el señor Roberts, mi jefe en el mercado, me ayudó a conseguir un trabajo a tiempo completo en el taller mecánico de su hermano, mientras mi niña bonita trabajaba en una floristería; no ganaba mucho, pero la veía feliz y eso era lo único que importaba. Llegué y las escuché conversar en la cocina, me encantaba llegar y ver a las dos mujeres de mi vida juntas, todo era perfecto.

—Erik, mi amor —corrió y se lanzó a mis brazos como solía hacer siempre que me veía llegar, mi madre nos observaba con una sonrisa.

—Mi parte favorita del día, que me reciban con un beso en cuanto cruzo la puerta.

—Tengo una sorpresa —dijo feliz.

—¿Ah sí?, ¿y qué es? —se separó de mí y caminó hasta la mesa, tomó un sobre y me lo entregó, cuando vi el sello me emocioné, después de irse de casa de su padre también abandonó la universidad, la carrera que estudiaba no le gustaba y tampoco tenía cómo pagarla, así que decidió optar por una beca en una escuela de música.

—Obtuve la beca —mientras lo decía, daba pequeños saltos.

—Eso es genial, mi niña bonita, no sabes lo feliz y orgulloso que me siento de ti —la levanté del piso para darle vueltas mientras la escuchaba reír a carcajadas.

A la mañana siguiente las invité a dar un paseo para celebrar, pero mi madre prefirió no acompañarnos, algunos días su enfermedad la limitaba y no le permitía salir. Fuimos en la moto, a Sara le encantaban esos paseos, reía como una niña y abría los brazos cuando aumentaba la velocidad, como si quisiera volar. Decidimos parquearla y continuar nuestro paseo andando, paseamos tomados de la mano comiendo chucherías y riéndonos, al pasar por un juzgado, una idea se me ocurrió.

—¿Sara? —se detuvo y me miró—. Yo sé que esto no es lo ideal, que todas las chicas sueñan con una fiesta y un vestido —me observaba con expresión confusa mientras me ponía de rodillas—. ¿Te casarías conmigo?

—¿Casarnos? ¿Cómo?, ¿cuándo? —miró a todos lados como

preguntándose si no le estaba jugando una broma.

—¿Qué tal ahora mismo? —dije haciendo un gesto hacia el juzgado que estaba frente a nosotros, miró en la misma dirección que yo y por fin vi en ella un gesto de comprensión, una sonrisa se extendió por su rostro y luego rodeó mi cuello con sus brazos mientras me besaba.

—Claro que me quiero casar contigo —le devolví el beso, feliz, no podía creer que hubiese aceptado, otro lo habría tomado como una locura.

—Espera, ya regreso —corrí hasta una esquina donde una mujer vendía flores, tal vez solo estuviera usando un vestido de verano en lugar de uno de novia, pero al menos tendría un ramo, compré uno pequeño con varias flores de distintos colores y regresé donde me esperaba mi futura esposa—. Toda novia necesita uno de estos —le dije tendiéndoselo, sus ojos brillaron y su rostro se iluminó, haciéndome sentir como si en lugar de un pequeño ramo, le hubiese dado un jardín entero.

—Gracias, son hermosas —dijo llevándola a su rostro para aspirar su dulce aroma; luego, sin que me lo esperara se lanzó a mis brazos y me besó.

Entramos y después de enseñar nuestros respectivos documentos, pagar la tarifa y conseguir dos testigos, comenzó la boda, cuando el juez nos declaró marido y mujer la abracé y besé sintiéndome feliz, mi niña bonita era ahora mi esposa.

—Ahora eres oficialmente la señora Scott —expresé emocionado, nunca pensé que casarse se sintiera tan bien.

—Me gusta cómo suena —dijo con una gran sonrisa, sus ojos también brillaban de felicidad.

—Te amo, mi niña bonita —pegué mi frente a la suya y hablé con todo el amor que sentía.

—Yo también te amo, mi Erik, mi amor —sus palabras se grabaron en mi corazón y supe que me acompañarían el resto de mi vida.

Salimos abrazados, deteniéndonos cada dos pasos para besarnos como adolescentes enamorados, las personas que pasaban por nuestro lado sonreían y nos miraban como si fuéramos un par de locos, y tal vez lo éramos, unos locos enamorados. Unas cuantas calles más arriba nos encontramos en un parque donde a esa hora las personas disfrutaban de la agradable tarde, mientras caminábamos, nos topamos con un hombre que tomaba fotos.

—Ven, mi amor, necesitamos una foto como recuerdo de nuestra boda —dijo casi arrastrándome hasta donde se encontraba el fotógrafo, cuando llegó el momento de posar para la cámara, la tomé en brazos y la miré a los ojos mientras ella me devolvía la mirada, así quedó plasmado nuestro día especial.

Quedamos en regresar en una hora, tiempo que tardaría en revelar la fotografía, aprovechamos para ir a una pastelería y pedir dos trozos de pastel de vainilla, después de todo, ¿qué es una boda sin pastel?, comimos entre risas y besos, como si nada más en el mundo importara.

De regreso, un marco que se encontraba en una vitrina llamó mi atención, era metálico con grabados de flores y mariposas, miré el precio para comprobar que se ajustaba a mi presupuesto y decidí que era un buen regalo de bodas, solo por ver su cara de felicidad valió la pena.

—Ven, tenemos que ir a un lugar para celebrar nuestra boda —la tomé de la mano y la llevé hasta donde estaba la moto.

—¿A dónde vamos? —preguntó siguiéndome.

—Es una sorpresa —dije guiñándole un ojo.

Emprendimos el viaje hasta la colina, mi lugar favorito y que ahora era también el de ella.

—¿Qué hacemos aquí? —pareció confundida de que la llevara ahí, tal vez porque la primera vez le dije que iba cuando me sentía perdido, lo que no sabía era que ahora quería darle otro significado a ese lugar.

—Aparte de contemplar el paisaje, vamos a celebrar nuestra noche de bodas —le dije besando su cuello.

—¿Aquí?, ¿y si viene alguien? —miró a todos lados como asegurándose que, en efecto, estábamos solos.

—Nadie viene a este sitio, solo yo y es aquí donde quiero hacerte el amor por primera vez como mi esposa —la besé mientras la desnudaba, me quité la chaqueta y la tendí en el césped, cuando estaba completamente desnuda, la recosté en ella y la observé por un momento, ahí vestida solo con las pequeñas flores blancas y azules del lugar hizo que mi corazón se

acelerara más, como si fuera posible. Nunca iba a dejar de impactarme, me desnudé sin apartar mi mirada de la suya y luego besé y acaricié cada espacio de su cuerpo; adorándola, diciéndole cuánto la amaba con cada caricia y cada beso.

Un rato después, nos sentamos y la abracé pegando su espalda a mi pecho, ahí, mientras nuestras miradas se perdían en el paisaje, desnudos en cuerpo y alma, le prometí que la amaría siempre, hasta donde me alcanzara la vida y aún más allá.

Y fue así, como a partir de ese día, comenzó nuestra verdadera historia.



Capítulo Quince

Seis años después.

Hoy era nuestro aniversario de bodas y estaba emocionada preparando una cena especial, Erik y yo habíamos sido felices en el tiempo que llevábamos casados. Después de graduarme, comencé a dar clases en una escuela de música; él, por su parte, cuando terminó sus estudios con honores, el decano de su facultad lo apoyó para que pudiera trabajar en una importante compañía automotriz. No éramos ricos, pero teníamos todo lo que necesitábamos, vivíamos en un pequeño apartamento de dos habitaciones; la sala y el comedor ocupaban el mismo lugar, la cocina era pequeña pero funcional, lo mejor de todo era que quedaba cerca de la casa de su madre y la veíamos casi a diario, tenía una buena relación con Claire, ella se había convertido en esa madre que nunca tuve.

De mi padre no volví a saber nada, salvo lo que salía en los periódicos o en la televisión, fue así como un año atrás me enteré que se había casado por tercera vez, con una mujer que tenía casi mi misma edad, eso no me extrañó tanto, así era Thomas Williams, siempre queriendo demostrar su

poder, aún en su esposa. Lo que sí me extrañó y mucho, fue cuando me enteré de quién se trataba, y es que era nada más y nada menos que Leah, la exnovia de Erik, supuse que aún guardaba la esperanza de tener ese hijo varón que tanto anhelaba y ella no desaprovechó la oportunidad de obtener poder, seguramente harían una buena pareja, los dos eran iguales, se merecían uno al otro. Por mi parte, dejé de pensar en él y de sentir pena por su falta de afecto, ahora era feliz, tenía mi propia vida, una que me gustaba y me hacía sentir amada, por ello mi esposo y yo decidimos que era momento para ser padres y desde hacía unos meses estábamos intentando que quedara embarazada.

—Mi amor, ya llegué —gritó en cuanto abrió la puerta.

—Estoy en la cocina —lo escuché llegar y luego sentí cuando sus brazos rodearon mi cintura, para después depositar un beso en mi cuello.

—Te traje esto —me dijo enseñándome un pequeño ramo de flores de varios colores, era igual al que me compró cuando nos casamos, me traía uno de esos casi todos los días, decía que quería recordar el mejor día de su vida, yo también pensaba que ese había sido el mejor día, cuando por fin Erik, el amor de mi vida, se convirtió en mi esposo.

—Muchas gracias, mi amor, son hermosas —giré mi cabeza para poder besarlo.

—Tú eres más hermosa —dijo devolviéndome el beso—, que bien huele —dijo un momento después enfocando su atención en la comida.

—Te preparé una cena especial y además tengo una sorpresa —me colgué de su cuello mientras hablaba.

—¿Te compraste ropa interior nueva y me las vas a enseñar? —me preguntó con ese gesto pícaro que solía hacer.

—No, bueno sí, pero esa no es la sorpresa.

—¿Qué tal si vamos a la habitación y me enseñas lo que compraste y luego me das la sorpresa?

—¿Qué tal si comemos primero?

—¿Piensas que tengo ganas de comer después de escucharte decir que compraste ropa interior nueva? —preguntó con esa sonrisa coqueta que lograba derretirme—. Está bien, sí tengo hambre, pero no de comida, de paso podemos practicar para ver si ahora si quedamos embarazados.

En ocasiones me parecía que Erik se obsesionaba un poco con la idea de tener un bebé, cuando salíamos se paraba en las vitrinas donde veía algo para niños y hablaba de todo lo que tendríamos que comprar para nuestro hijo,

no quería sentirme culpable porque no lograba embarazarme, pero algunas veces sin que pudiera evitarlo me sentía así. Me dejé arrastrar por el corto pasillo hasta nuestra habitación donde comenzó a besarme mientras me quitaba el vestido que traía puesto, cuando terminó su trabajo, se alejó un poco para mirarme, había comprado un conjunto de encaje azul marino —te ves hermosa, me encanta mi sorpresa.

—Te dije que esa no es la sorpresa —respondí riendo.

—Para mí es como si lo fuera, descubrir qué traes debajo de la ropa siempre me sorprende —terminó de desnudarme y en poco tiempo se desnudó él también, él sí que era hermoso, cada vez estaba más guapo, ahora no tenía ese aspecto de chico rebelde, era un hombre, su cuerpo había adquirido músculos que se marcaban con las camisetas que solía usar; cuando estuvo completamente desnudo se acercó y tomó posesión de mi boca, amaba cómo me besaba, nunca dejaría de sentir esa corriente eléctrica que recorría mi cuerpo cada vez que sus labios se posaban sobre los míos, sus manos acariciaron mis pechos mientras yo me arqueaba para darle más acceso a ellos, despacio me tumbó en la cama y luego se puso sobre mí mirándome a los ojos como hacía cada vez que hacíamos el amor, siempre me miraba a los ojos y en ellos podía ver reflejado el mismo amor que yo sentía por él—, te amo, mi niña bonita —me dijo entrando en mí, gemí y me aferré a sus hombros mientras sus movimientos rápidos me llevaban a la cúspide del placer.

Un rato después, vestidos nuevamente nos sentamos a la mesa para disfrutar de la cena.

—Me encanta la comida, te quedó deliciosa —siempre alababa mis comidas, aún cuando apenas nos casamos y yo era un desastre en la cocina.

—Me alegra que te guste, ahora sí te enseñaré tu sorpresa —corrí hasta el refrigerador y saqué un pastel de chocolate, su favorito. Cuando me vio llegar con él sonrió como un niño que ve llegar a Santa con su regalo de navidad.

—Yo también tengo un regalo para ti —caminó hasta donde había dejado su chaqueta y regresó con un pequeño paquete—, espero que te guste —rasgué el papel y dentro encontré una pequeña caja, cuando la abrí me recibió una cadena con un dije en forma de corazón.

—¡Es hermoso! —le dije lanzándome a sus brazos para besarlo, luego se lo entregué para que me ayudara a ponérmelo, cuando terminó me giró para

besarme.

—Te daría todo el universo si pudiera, nunca voy a poder compensar el regalo tan grande que significa tenerte conmigo.

—Mi Erik, para mí tú eres suficiente, eres lo mejor que me ha pasado.



Los días siguientes nuestra vida continuó como siempre, trabajábamos y en las noches cenábamos mientras nos contábamos todo lo que habíamos hecho en el trabajo, era parte de nuestra rutina, siempre hablábamos de todo y hacíamos planes para el futuro, nuestro sueño era comprar una casa con jardín donde pudiéramos plantar flores, queríamos recordar siempre la forma en que nos habíamos conocido, rodeados de plantas y flores de colores.

Una noche llegó con una bolsa con el logotipo de una farmacia, me preocupé cuando la vi, pues pensé que se sentía mal, pero luego me asombró cuando descubrí de qué se trataba.

—Mira cariño, compré varias pruebas de embarazo, no te digo que las uses ahora, pero es bueno tenerlas por si acaso —me dijo con una sonrisa esperanzada.

—De acuerdo —respondí sin saber que más decir, no quería herir sus sentimientos, me acerqué para darle un beso.

Tomé la bolsa y luego fui a guardarla en el botiquín. Esperaba sinceramente que pronto pudiera hacer uso de ellas, sin embargo, mis esperanzas murieron dos días después. Me desperté temprano para ir al trabajo y sentí una pequeña molestia en mi bajo vientre, cuando entré al baño ahí estaba, mi período hizo acto de presencia, una ola de frustración me invadió y sin pensarlo, lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, me senté en el piso y apoyé la cabeza en la pared mientras rodeaba mi cintura con los brazos, no me fijé que la puerta estaba abierta hasta que escuché la voz de Erik.

—¿Cariño, estás bien? —preguntó sonando preocupado, se arrodilló a mi lado y tomó mi mano.

—Lo siento —dije poniendo mi cabeza en su pecho.

—No te entiendo, dime por favor, ¿qué está pasando?, ¿por qué lloras?

—Vino mi período —le respondí entre lágrimas.

—Mi niña bonita, lo lamento tanto, todo esto es mi culpa —se levantó y caminó hasta el botiquín, sacó las pruebas caseras que había comprado y las tiró a la basura.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté confundida, regresó a mi lado y se sentó, luego me tomó y me sentó en su regazo.

—Porque soy yo quien te presiona con la idea del embarazo, lamento no darme cuenta de cuánto te lastimo.

—Erik, no digas eso, yo deseo tener un hijo tanto como tú.

—Lo sé, mi amor, pero no deberíamos pensar tanto en ello, es mejor que dejemos que las cosas sucedan cuando tengan que suceder, mientras más nos empeñemos, más difícil será, no quiero verte llorar de nuevo, para mí tú eres lo único importante.

—Tú también eres lo más importante para mí, por eso quiero darte todo.

—Tú ya me das todo mi niña bonita, lo has hecho desde que te conocí —me abrazó más fuerte dándome esa fortaleza que me hacía falta.

—Te amo.

—Yo también te amo, más que a mi vida —me dijo, besando mi frente —, ahora báñate mientras te preparo el desayuno, ¿te parece?

—Esa idea me gusta, tus desayunos son los mejores.

—¿Qué puedo decir?, soy bueno en todo.

—También eres muy creído —el momento de tensión había pasado, él siempre lograba que viera las cosas de otra manera, era como esa luz que aparece para mostrarte el camino justo cuando piensas que te perdiste.

Me bañé y me vestí con una falda lápiz de color gris que llegaba más debajo de mis rodillas, una blusa blanca de manga larga y zapatos planos de color negro, me recogí el cabello en una coleta y me puse un poco de maquillaje, me gustaba vestirme de esa forma para ir a trabajar, era la maestra más joven, pero quería que mis alumnos me vieran mayor, cuando salí de la habitación mi esposo ya tenía la mesa con el desayuno listo.

—Siéntate, mi amor, preparé tus huevos favoritos —habló mientras disponía todo en la mesa.

—Eres el mejor esposo del mundo, ¿lo sabías? —besé su mejilla y luego me senté.

—Por supuesto y tú la afortunada que me atrapó —me dijo guiñándome un ojo.

—No inventes, fuiste tú quien me atrapó a mí, desde el primer día que te vi supe que estaba perdida.

—Me pasó lo mismo, así que estamos en igualdad de condiciones, ahora come que se te va a enfriar —me dio un beso rápido y nos sentamos a comer.

—Hoy tenemos una reunión con la rectora de la escuela —comenté mientras ponía una cucharada de huevos revueltos en mi boca.

—¿Algún tema importante?

—No estoy muy segura, simplemente nos enviaron un comunicado avisándonos.

—Espero que no sea nada grave.

—Igual yo, me gusta mucho mi trabajo.

Terminamos de comer y mientras yo recogía los platos él se dio un baño, luego salimos juntos de la casa como hacíamos cada mañana, nos despedimos y se subió a su moto, yo me fui por mi lado hasta la estación del metro. Cuando llegué a mi trabajo fui al salón donde dictaba mis clases, estaba acomodando mi bolso en uno de los cajones de mi escritorio cuando vi entrar a Caroline, una de mis compañeras de trabajo, solíamos hablar, pero no éramos realmente amigas, ella tenía un carácter bastante particular, hablaba de fiestas y de hombres, contaba cómo salía con un tipo casado y la semana siguiente cómo lo dejó por otro porque ya le aburría, algunas veces me parecía que se comportaba como adolescente a pesar de tener treinta y dos años, sin embargo, no me importaba, no debía juzgar a las personas.

—¿Ya sabes el motivo de la reunión? —me preguntó mientras se acomodaba su falda bastante corta para mi gusto, a pesar de todo era una mujer atractiva, tenía el cabello tinturado de un color rojo intenso y unos ojos verdes que siempre resaltaba maquillándolos con colores oscuros.

—En realidad no tengo idea —respondí.

—Pues corre el rumor de que la rectora va a nombrar un nuevo

vicerector.

—Eso es bueno, a lo mejor necesita ayuda con todo el trabajo de la escuela.

—Eso es cierto, solo espero que sea hombre y además guapo, con la suerte que tenemos nos pone un anciano barrigón y calvo, pero vamos que se nos hace tarde y muero por saber quién ocupará el cargo —me aseguré de dejar los cajones bien cerrados y luego la seguí hasta la sala de profesores, los demás ya estaban ahí, así que saludamos y ocupamos nuestros lugares, unos minutos más tarde la puerta se abrió y la rectora entró acompañada de un hombre vestido con traje—. ¿Crees que ese es? —preguntó Caroline en un susurro.

—Puede ser, es el único que la acompaña.

—Buenos días —escuchamos hablar a la mujer que acababa de entrar y enseguida enfoqué mi atención en ella —les agradezco que hayan venido, el motivo de esta reunión es presentarles oficialmente a mi hijo Frederick Morrison quien se encargará de la vicerrectoría, espero que si tienen algún inconveniente se puedan acercar a él.

—¿Es muy guapo, verdad? —de nuevo Caroline susurraba la pregunta en mi oído, lo miré bien y realmente no le encontraba atractivo, aunque para ser sincera, el único hombre que existía era mi esposo, los demás eran solo personas, el hombre parecía tener unos cuarenta años, era alto, tenía cabello castaño claro peinado hacia un lado y ojos marrones, el traje lo hacía ver elegante y supuse que eso era lo que llamaba la atención de Caroline.

—Para mí es un verdadero placer trabajar con ustedes —habló el tipo haciendo que mi compañera lo mirara con ojos de borrego enamorado—, espero que nos llevemos bien y formemos un buen equipo de trabajo.

—Yo con él formaré lo que quiera —dijo Caroline en mi oído, negué moviendo la cabeza, no tenía sentido responderle nada, el hombre comenzó a pasar por cada uno de los puestos saludando y cuando llegó a mi lado me miró de una forma que me hizo sentir incómoda.

—Es bueno saber que aquí trabajan mujeres tan hermosas —me dijo de forma que solo yo lo pudiera escuchar.

—Bienvenido señor Morrison —traté de sonar lo más profesional posible, no me gustó cómo me habló aquel sujeto y menos cómo me estaba mirando en ese momento, cuando le tocó el turno a mi compañera la vi sonreírle como si estuviera haciendo un casting para una campaña publicitaria de alguna pasta dental, él le devolvió la sonrisa acompañada de un guiño.

Una vez terminada la reunión regresé a mi salón, mis alumnos eran los más pequeños, tenían edades comprendidas entre los cinco y siete años, me encantaba lo que hacía, mi trabajo era mi pasión, haber abandonado la universidad y entrar a la escuela de música fue la mejor decisión que tomé en mi vida, después de la de casarme con Erik, claro. Comencé la clase que ya tenía preparada, les enseñaría la forma correcta para tomar el violín.

—Bien chicos, una vez colocada la almohadilla, se posiciona el violín sobre el hombro izquierdo y se realiza una pinza entre la cabeza y el hombro —estaba terminando de hablar cuando escuché un ligero carraspeo en la puerta, me giré para encontrarme al nuevo vicerrector.

—Vaya, es una clase bastante gratificante, especialmente porque ver a la maestra ya sería suficiente —me dijo acercándose y posando su mano en mi hombro al tiempo que ejercía un poco de presión, me alejé enseguida, no me gustaba que ese hombre me tocara.

—Le agradezco mucho que tenga intención de ver cómo van las clases señor Morrison.

—Llámame Frederick por favor y te confieso que no me interesa ver todas las clases, solo la tuya.

—Debería ver la de la señora Thompson, también son muy buenas — dije refiriéndome a la profesora de piano, era la mayor de todos los maestros y estaba a punto de jubilarse, además me negué a tutearlo.

—Ya veremos, ¿qué te parece si cuando termines te invito a tomar un café para que hablemos más tranquilos?

—Lo siento señor, pero mi esposo me espera en casa —enfaticé la palabra esposo para que le quedara claro que no estaba interesada.

—Así que esposo, entiendo —dijo y salió de nuevo dejándome con una sensación de desagrado, esperaba sinceramente no tener problemas con ese sujeto, amaba mi trabajo y no quería perderlo por nada. Decidí olvidar la visita indeseada y seguir con mi clase.



Capítulo Dieciséis

Esa mañana me levanté más temprano de lo habitual, era el cumpleaños de mi niña bonita y quería darle una sorpresa, la miré para asegurarme que seguía dormida, tomé mis bóxer y me los puse, no me preocupé por buscar más ropa y salí caminando descalzo rumbo a la cocina, una vez allí, me puse su delantal de corazones y busqué los ingredientes que necesitaba, me dispuse a preparar un desayuno especial. Terminada mi tarea, fui a la sala a buscar una de las rosas que le había traído la noche anterior, rebusqué en todos lados por un pequeño florero que pudiese poner en la bandeja con la flor pero no encontré ninguno, entonces se me ocurrió una idea, recordé una escena de esas películas románticas que tanto le gustaban a mi esposa, puse la rosa en mi boca y luego tomé la bandeja, caminé hasta la habitación y abrí la puerta, ella ya estaba despierta así que me recosté en el marco, con la bandeja en un brazo y el otro levantado sobre mi cabeza en una pose que pretendía ser sexy pero que estaba seguro que me veía ridículo. Cuando me vio comenzó a reír y se sentó, la sábana que la cubría resbaló dejando al descubierto sus pechos, su cabello estaba revuelto y sus labios de un tono rojo natural invitaban a ser besados, nunca me cansaría de admirarla y mi corazón se seguía acelerando como la primera vez que la vi.

Me aparté de la puerta y comencé a dirigirme hacia ella moviéndome como un modelo de pasarela, pero debía reconocer que era pésimo en ello, sus carcajadas resonaban en la habitación, haciéndola lucir aún más hermosa, cuando llegué a su lado, deposité la bandeja sobre la mesa y retiré la flor de mi boca, acaricié su piel con ella y la besé.

—Feliz cumpleaños, mi niña bonita —dije, mientras esparcía besos por su rostro y su cuello.

—¿Tú eres mi regalo? —preguntó acariciando mi pecho por debajo del delantal.

—Solo si tú quieres —respondí mordiendo su oreja.

—Por supuesto que quiero, nunca había visto nada tan sexy como tú en ropa interior y mi delantal de corazones, alguien debió de haberme dicho cuando lo compré que te quedaría mejor a ti que a mí —dijo riendo.

Comencé a besarla mientras me ayudaba a desprenderme de mi particular atuendo, sus manos acariciaron mi espalda, enviando corrientes de electricidad por todo mi cuerpo, la llené de besos y caricias, y cuando estuve seguro que ya no la podía excitar más, entré en ella; hacerle el amor siempre era la experiencia más maravillosa, no importaba cuántas veces lo hiciera. El desayuno quedó totalmente olvidado y yo me dediqué a demostrarle a mi esposa cuánto la amaba.



Eran las cinco de la tarde, estaba listo para salir cuando mi jefe apareció en mi oficina.

—Erik, lamento molestarte, pero tengo un problema con un auto nuevo, ¿podrías revisarlo antes de irte? —estaba cansado, pero no podía negarme a su pedido.

—Por supuesto señor, ya mismo lo reviso.

—Te lo agradezco mucho, yo ya me voy porque tengo una reunión importante, pero tendré mi teléfono encendido, llámame si el problema es

grave.

—Entiendo señor, eso haré —volví a dejar las llaves de mi moto y mi chaqueta en el escritorio y me dirigí al taller para ver de qué se trataba, los autos me apasionaban, cada modelo nuevo que nos llegaba era para mí como una nueva aventura.

Unas horas más tarde por fin conseguí solucionarlo todo, unos cables mal conectados habían ocasionado un corto circuito, afortunadamente lo pude arreglar, miré mi reloj y eran las nueve de la noche, dejé todo listo para comunicarle a mi jefe al día siguiente las causas del daño y me fui a mi oficina por mi chaqueta y las llaves de la moto, me disponía a salir cuando escuché que me llamaban.

—Erik —me giré y Rebecca, la secretaria, caminaba en mi dirección, me sorprendió verla a esa hora todavía ahí, ya que ella salía a las cinco como todos los demás—, te estaba esperando —me dijo cuando estuvo a mi lado.

—¿Esperando?, ¿para qué? —pregunté enarcando una ceja.

—Bueno es que con los demás queríamos salir a divertirnos un rato, ya sabes, tomarnos unas copas, bailar, así que quería invitarte para que seas mi pareja, por eso te esperé —no estaba muy seguro de haber escuchado correctamente, ella al igual que todos en la empresa sabía que estaba casado.

—Mira Rebecca, te agradezco mucho tu ofrecimiento, pero mi esposa me está esperando.

—No seas aburrido, salir de vez en cuando no tiene nada de malo —dijo acercándose y poniendo sus manos en mi pecho.

—Lo siento, pero ese no es mi estilo de diversión —no alcancé a decir nada más porque sus labios se pegaron a los míos, me apreté rápidamente y la empujé, me di cuenta de que había sido brusco, pero no me importó—. ¿Qué te pasa?, ¿qué parte de soy casado y no estoy interesado no te quedó clara?

—Tú me gustas y pensé que tal vez podría pasar algo entre nosotros.

—Escúchame bien, no existe ni existirá un nosotros, yo amo a mi esposa y no la voy a traicionar, así que no te vuelvas a acercar a mí.

Me fui de ahí sintiéndome molesto, Rebecca no era una chica fea, podría considerarse guapa, con su color de piel oscura y sus ojos ámbar, tenía un cuerpo voluptuoso, símbolo inequívoco de sus raíces latinas, pero yo no estaba interesado y no me sentía atraído por ella de ninguna forma. Desde que

trabajaba ahí había sido amable conmigo, sin embargo, nunca me esperé que se lanzara sobre mí de esa forma, me subí en mi moto y conduje por la ciudad lo más rápido que pude, quería llegar pronto a casa y olvidarme de lo que pasó, cuando llegué, entré y encontré a mi niña bonita dormida en el sofá, la observé durante un momento y no pude evitar la sensación de haberla traicionado aunque no hubiese propiciado lo que pasó con esa mujer, Sara era toda mi vida, ella nunca se quejaba, vivíamos de forma modesta y aun así no parecía importarle, aunque toda su vida vivió en medio de lujos. Mi sueldo era bueno sin embargo gran parte de él se destinaba a las medicinas de mi madre, nos quedaba poco, aún así ella nunca decía nada, aceptaba todo con una sonrisa y una palabra amable, nunca iba a terminar de agradecer mi suerte por haberla encontrado, caminé despacio tratando de no despertarla, me incliné y la tomé en brazos para llevarla a la habitación, cuando iba a depositarla en la cama abrió los ojos y me sonrió.

—Hola, mi amor, lo siento, me quedé dormida.

—Hola, mi niña bonita, no te preocupes, se me hizo tarde en el trabajo.

—Cuéntame qué tal tu día —me dijo mientras se sentaba.

—No quiero hablar del trabajo, ahora lo único que deseo es hacerle el amor a mi esposa —comencé a besarla mientras la desnudaba, quería borrar el beso que me dio Rebecca, quería que mi mujer fuera la única que me tocara, le hice el amor de forma lenta, recorriendo cada rincón de su cuerpo, ese cuerpo que amaba, ese cuerpo que casi consideraba parte de mí mismo, finalmente agotados nos quedamos dormidos.

Me despertó un fuerte dolor de estómago, me levanté de la cama despacio para no despertar a mi esposa que dormía plácidamente, caminé hasta el baño y a cada paso que daba sentía que el dolor aumentaba, rebusqué en el botiquín por algún analgésico, sin querer, hice que algunos de los medicamentos cayeran produciendo un sonoro ruido, me apoyé en el lavamanos mientras respiraba pausadamente tratando de calmarme.

—¿Erik?, ¿estás bien, cariño? —la escuché preguntar al otro lado de la puerta, apreté mi costado con mi brazo intentando hacer que el dolor disminuyera para poder responderle sin que se diera cuenta, no quería preocuparla.

—Estoy bien, mi amor, solo es algo que comí y me cayó mal, no te

preocupes.

—Voy a traerte algo que te va a ayudar —seguí apoyado en el lavamanos unos minutos más y luego salí para sentarme en un sillón que estaba a un costado de la habitación, Sara regresó trayendo una taza—, es té de manzanilla, te ayudará a calmar el malestar —Dijo poniéndose en cuclillas a mi lado mientras me pasaba la taza, lo que sentía era mucho más que un malestar, pero eso no pensaba decírselo.

—Gracias, mi niña bonita —la tomé y bebí pequeños sorbos, extrañamente el dolor comenzó a remitir, lo que me hizo pensar que era cierto que algo me había hecho mal; cuando terminé, ella me ayudó a llegar a la cama y recostarme.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó preocupada.

—Verte siempre me hace sentir mejor.

—No bromees, me preocupa lo que te pasó.

—Lo sé, mi amor, pero ya te dije que fue algo que comí, ya se me pasará, no hay por qué preocuparse —se inclinó y me besó, luego se acomodó a mi lado y rodeó mi cintura con sus brazos, la apreté contra mí, Sara era la razón de mi vida y no quería que nada la afectara, el dolor desapareció y me quedé dormido de nuevo.

A la mañana siguiente, el asunto del malestar estaba completamente olvidado, llegué al trabajo temprano y me topé con Rebecca quien me miró como si quisiera clavarme un cuchillo, cosa que agradecía, y no es porque fuera masoquista, prefería su odio a sus atenciones no deseadas. El resto del día pasó sin ningún contratiempo, pero a la hora del almuerzo mientras comía, unas fuertes nauseas se apoderaron de mí, corrí al baño y vacié todo lo que tenía en mi estómago “y lo que no tenía también”, me apoyé en la pared sintiéndome débil, para ese entonces ya estaba convencido de haber comido algo que me sentó mal, pero por más que intenté recordar qué era, nada venía a mi mente, decidí no darle más importancia de la que en realidad tenía, me lavé los dientes y regresé a mi oficina, un rato después apareció mi mejor amigo Jack, quien trabajaba conmigo, ambos conseguimos el empleo al terminar la universidad, gracias a la ayuda del decano de nuestra facultad.

—¿Qué tal hermano?, ¿estás bien?, te ves algo pálido —preguntó sentándose en la silla frente a mí.

—Estoy bien, algo casando, eso es todo ¿y tú qué tal? —dije apoyando

los codos en mi escritorio.

—Sin novedades, creo que me estoy volviendo viejo o perdí mi encanto, por eso vine a invitarte a tomarnos unas copas cuando terminemos aquí —Jack seguía soltero, le gustaba estar de fiesta y con varias mujeres, pero eso era algo que yo no quería en mi vida, me sentía bien con mi esposa y no extrañaba para nada ser soltero.

—Lo siento amigo, pero quedé en pasar a ver a mi madre.

—Vamos, Erik, no seas aburrido, tienes veintinueve años y te comportas peor que mi padre que tiene sesenta.

—Jack, yo no puedo hacer las mismas cosas que tú, tengo una esposa que me espera en casa.

—¿A veces no te aburre tu vida?, vas de la casa al trabajo y viceversa, ¿no crees que te apresuraste al casarte? —ni siquiera lo pensé antes de responder.

—No y no, a todas tus preguntas, yo amo a Sara y casarme con ella fue la mejor decisión que tomé en la vida, por ello no me arrepiento de nada —asintió aceptando mis palabras.

—Bueno, la verdad es que si yo hubiese encontrado una mujer como la tuya tal vez estaría felizmente casado, pero creo que tú te quedaste la última que había, así que mejor me dedico a pasar el tiempo con el resto —no me molestaba su comentario sobre mi esposa, sabía que lo decía de buena forma, cada vez que mi amigo iba a casa ella lo atendía como si se tratara de un hermano, era por eso que él le tenía cariño.

—Sí, lo lamento por ti —dije fingiendo pesar.

—Está visto que contigo ya no puedo contar para emborracharme, me iré a buscar alguno que sí quiera ser feliz —reí ante sus palabras y lo vi salir en busca de algún compañero de juerga.



Los siguientes días continué con mi rutina y el episodio del malestar no volvió a repetirse, así que no volví a pensar en ello hasta que un domingo mientras estábamos en casa de mi madre este regresó, conversábamos animadamente mientras hacíamos planes para el verano, aún faltaban unos

meses pero a mi esposa le encantaba esa época del año así que no era extraño escucharla planearlo todo con antelación, en algún momento sentí un dolor agudo que comenzaba en el abdomen y pasaba a mi espalda, agradecí estar sentado en el sofá, me incliné hacia adelante mientras me llevaba mi brazo a un costado.

—¿Mi amor, estás bien? —la voz preocupada de Sara me hizo volver a mi posición inicial.

—Estoy bien cariño, es solo un dolor —traté de parecer calmado, como si el dolor fuera insignificante, aunque realmente dolía bastante.

—¿De nuevo?

—¿De nuevo qué? —preguntó mi madre que salía de la cocina con una bandeja con tazas de café.

—Erik se siente mal, ya le pasó hace unos días.

—No es nada grave, madre, solo algo que como y me hace mal.

—¿Estás seguro? —me preguntó preocupada.

—Sí, mamá, estoy seguro, no te preocupes.

—Será mejor que no tomes café, déjame ir a preparar un té —cuando se marchó mi esposa puso su mano en mi cara, siempre hacía eso, me acariciaba para hacerme sentir mejor.

—Creo que debemos ir al doctor —no quería nunca ver preocupación en sus ojos, haría lo que fuera para evitarlo.

—Todo está bien, mi niña bonita, no hay de qué preocuparse, no es como si fuera a morir o algo.

—No digas tonterías, pero es mejor si te receta algo para que mejores.

—Está bien, te prometo que si me sigo sintiendo mal iré mañana.

—Gracias —me dijo acercándose para besarme, le devolví el beso, mientras seguía sosteniendo mi costado queriendo que el dolor punzante que sentía desapareciera, pasado un tiempo y al ver que no se me quitaba, decidí que iría al hospital. No quería que mi madre se preocupara, así que fingí todo lo que pude, dije a mi esposa que regresáramos a casa, nos despedimos y cuando salimos le dije que tenía que ir al hospital, tomamos un taxi y en pocos minutos estábamos en urgencias.

—Señorita, puede ayudarnos, mi esposo se siente mal, tiene un fuerte dolor —le habló a la enfermera que se encontraba detrás de la recepción.

—Claro señora, por favor llene el formulario con sus datos mientras el médico de urgencias termina de revisar un paciente —Sara tomó el formulario

y nos sentamos en una silla; mientras ella lo llenaba yo recosté mi espalda en la pared, respiraba pausadamente para ver si de esa forma me sentía mejor, el tiempo pasaba y el médico no aparecía, unas dos horas después por fin me atendió, me hizo pasar a un consultorio al que no dejaron entrar a mi esposa.

—Buenas noches, señor Scott —dijo leyendo mis datos—, siéntese por favor y cuénteme que tiene.

—En realidad no estoy seguro, hace unos días que me estoy sintiendo mal —le relaté todos los síntomas mientras él me escuchaba atento.

—Bueno, no se preocupe, esos síntomas se pueden deber a diferentes factores, el más común es la gastritis, sucede cuando usted no se alimenta de forma adecuada o a horas adecuadas. Voy a recetarle unos medicamentos para el dolor y le recomendaré cambiar su dieta, si ve que no hay cambios, regresa y haremos algunos exámenes.

—Se lo agradezco —me dio una receta con una serie de medicamentos, me despedí y salí, en cuanto me vio mi niña bonita corrió a mi lado, la tranquilicé diciéndole que no se trataba de nada grave y luego regresamos a casa.

Las semanas pasaron y seguía empeorando, los dolores eran continuos, había perdido el apetito y bajado de peso, sabía que algo no andaba bien y mi esposa estaba cada día más preocupada por mi salud, así que decidí consultar con otro médico, aquel día asistí a la consulta, no le avisé a nadie, no quería que mi madre y mi esposa se preocuparan por algo que tal vez no fuera grave, me senté en la sala de espera y leí el nombre que estaba en el rotulo de la puerta: Dr. Jones. Cuando llegó mi turno caminé despacio y llamé, desde adentro una voz grave me indicó que pasara, al entrar me encontré con un hombre mayor de unos sesenta años, con gesto serio, pero luego me di cuenta que solo era apariencia, en realidad era bastante agradable.

—Buenas tardes, señor Scott, o ¿prefieres que te llame Erik?, debo confesarte que no me gustan mucho los formalismos.

—A mí tampoco, por favor llámeme solo Erik.

—Entonces, Erik, cuéntame que te trae por aquí —le relaté todo lo que me estaba pasando y el tiempo que llevaba sintiéndome mal, mientras tanto él solo asentía y tomaba apuntes.

—Bien, esto es lo que haremos, posiblemente el médico que te atendió antes no se tomó el tiempo de realizar análisis que siempre son recomendables

en estos casos, te voy a dar una orden para que te hagas análisis de sangre, cuando tengamos estos resultados, podremos dar un diagnóstico más acertado, es importante hacerlos lo más pronto posible, así que mañana mismo puedes realizar las pruebas de laboratorio, cuando tengas los resultados regresas y realizaremos un ultrasonido.

—Se lo agradezco mucho, doctor —me despedí y salí del ahí sintiéndome más tranquilo.

Sin falta al día siguiente pasé por el laboratorio y dos días después regresé a la consulta con el doctor Jones, luego de leer los resultados me guió a una sala donde me pidió que me quitara la ropa y me pusiera una bata, luego me hizo acostar en una camilla mientras maniobraba una máquina que solo había visto en la televisión y con mujeres embarazadas, observé mientras realizaba el ultrasonido, eso sonaba algo extraño; siempre asocié esa palabra con embarazos, sin embargo ahí estaba yo, con una bata que dejaba al descubierto mi estómago mientras el doctor miraba fijamente la pantalla.

—Bien, Erik, es todo, puedes ponerte de nuevo tu ropa, te espero en el consultorio.

—De acuerdo —su semblante no reflejaba nada, por eso no sabía si era bueno o malo lo que vio, me vestí rápidamente y luego me dirigí al consultorio, cuando entré me miró muy serio y me pidió que me sentara; en su mano tenía los resultados de los exámenes que me había practicado antes, además de las imágenes obtenidas de ultra sonógrafo.

—Primero quiero que sepas que, aunque lo que tienes es grave, no debes alarmarte.

—¿Cómo de grave? —pregunté alarmado.

—Erik, no me voy a andar con rodeos, me hubiese gustado darte esta noticia en compañía de alguien de tu familia, pero no tenemos mucho tiempo —mi corazón se aceleró cuando lo escuché decirme eso, me miró directo a los ojos y luego me soltó la peor noticia que pude haber recibido en la vida—: es lo que me temía, nos enfrentamos a un adenocarcinoma —bueno esa todavía no era la peor noticia, realmente no entendía nada, la peor noticia vino después cuando me aclaró lo que estaba sucediendo. Lo miré sin entender de qué hablaba, me habría podido decir que las vacas eran rosas y me habría resultado igual de extraño—. Un tumor cancerígeno en el páncreas —eso sí que lo comprendí, un sudor frío bajó por mi espalda y sentía que mi corazón

iba a salirse, pensé en mi esposa y mi madre y supe que no estaba listo para dejarlas.

—¿Cómo?, pero si yo soy un hombre sano, no bebo, no fumo, como saludable. ¿Cómo puede ser que esto me esté pasando a mí? —preguntaba sin poder creer que fueran ciertas sus palabras.

—Entiendo lo que dices, sin embargo en muchas ocasiones esto no es debido a los malos hábitos, sus causas pueden ser múltiples, el más común en estos casos se debe a una mutación genética, déjeme explicártelo mejor —dijo sacando una serie de folletos de su escritorio y señalando algunas imágenes—, verás, a los genes que ayudan a las células a crecer, dividirse y mantenerse vivas se les denomina oncogenes y los genes que ayudan a mantener el control de la división celular, reparan los errores en el ADN, o que provocan que las células mueran en el momento oportuno se llaman genes supresores de tumores. Los diferentes tipos de cáncer pueden ser causados por cambios en el ADN llamados mutaciones genéticas que activan los oncogenes o desactivan los genes supresores de tumores. Lamentablemente este tipo de cáncer suele detectarse en etapas avanzadas, esto debido a que en etapas tempranas no presenta síntomas.

—¿Me está diciendo que me voy a morir? —hablé sintiendo un nudo en mi garganta.

—Por supuesto que no, solo que estamos en un punto donde la única solución es un tratamiento intensivo de quimioterapia.

—¿Qué posibilidades tengo? —pregunté temiendo la respuesta.

—Eres un hombre joven y tienes muchas posibilidades, por lo pronto es importante que comencemos el tratamiento lo antes posible, lo arreglaré todo para que comiences el viernes.

—Pero hoy es miércoles —dije como si el día importara, en realidad mi mente aún no procesaba lo que acababa de escuchar.

—Así es, te quedan dos días para que puedas organizarlo todo, es importante que vengas acompañado, si no lo haces no podremos aplicar el tratamiento.

—Está bien —respondía, pero sentía que no era yo quien lo hacía.

—Erik, sé que esto es difícil, pero no tiene por qué ser el final, ¿quieres que llame a alguien de tu familia para que venga por ti? —su pregunta me hizo reaccionar, claro que no quería que llamara a nadie, tenía que ser yo quien se los contara, lo que no sabía era cómo iba a hacerlo.

—No se preocupe, estoy bien —negué con la cabeza para darle más

énfasis a mis palabras.

Me despedí del doctor y en cuanto salí del consultorio caminé sin rumbo, un rato después me encontraba en el mismo parque donde Sara y yo nos tomamos la foto de nuestra boda, me senté en un banco y por fin dejé salir mi frustración, no recordaba cuando fue la última vez que lloré, pero esa era una muy buena ocasión para hacerlo, debía admitir que tenía miedo, no por mí, sino por las personas que amaba; mi niña bonita, ella era lo más importante en mi vida, ¿cómo lo haría si yo no estaba?, y mi madre, ella dependía de mí, desde que mi padre había muerto yo era su único apoyo, sin mí no tendría a nadie más, no, no podía pensar en eso, no lo haría, iba a luchar hasta mi último aliento, tenía muchos motivos para hacerlo, pensé en ese hijo que tanto anhelábamos Sara y yo, imaginé una pequeña copia suya corriendo por todos lados y llamándome papá, nunca se lo decía, pero quería que tuviésemos una niña que se pareciera a ella. Con un nuevo propósito, limpié mis lágrimas y me puse en marcha para llegar a casa, aunque mi mundo en ese momento parecía derrumbarse sabía que siempre tenía a mi niña bonita para aferrarme y no dejarme vencer.



Capítulo Diecisiete

Estábamos tomando un descanso, Caroline hablaba y hablaba mientras yo daba vueltas al vaso de jugo que tenía en las manos, me preocupaba Erik, cada día lo veía más decaído, había dejado de comer y era demasiado obvio su bajo peso, algunas noches se paseaba por el apartamento durante horas creyendo que yo dormía, aunque intentaba que hablara conmigo siempre me decía que no pasaba nada con una sonrisa, besaba mi frente y seguía con lo suyo como si no tuviera importancia, no entendía su necesidad de querer protegerme de todo, porque estaba segura de que eso era lo que hacía, intentaba protegerme, siempre tratándome como una figura de cristal que se puede romper en cualquier momento.

—¿Sara, me estás escuchando? —aparté la mirada de mi vaso para enfocarla en Caroline, quien me miraba con un gesto de molestia,

—Perdón, ¿qué decías?

—No sé qué le ves de interesante a ese jugo que estás tan concentrada en él, llevo rato hablándote y no me prestas atención.

—Lo lamento, estaba distraída.

—Vaya, no me había dado cuenta —dijo con sarcasmo—, en fin, te estaba diciendo que el señor Morrison no te quita los ojos de encima, ese

hombre está interesado en ti —giré hacia donde mi compañera dirigía su mirada para ver que en efecto el señor Morrison tenía sus ojos clavados en mí.

—Ese hombre no me agrada —hablé sin detenerme a pensar que era mi superior y hablar mal de él podría costarme mi trabajo, por suerte Caroline no pareció darle importancia a mis palabras.

—Pues entonces eso es porque eres muy tonta, si se fijara en mí yo sí que aprovecharía.

—Adelante, aprovecha, yo estoy felizmente casada y a diferencia tuya no me la paso buscando hombres como si fueran dulces en una dulcería —me levanté molesta y me alejé de ella, su actitud me fastidiaba, lo único en lo que quería pensar era en mi esposo y su comentario me parecía de mal gusto.

Estaba en el salón preparando la clase, en media hora llegarían mis alumnos, escuché pasos y pensé que se trataba de Caroline, así que no me giré, pero entonces unos fuertes brazos me rodearon.

—¿Viniste aquí para estar sola y esperarme? —preguntó el señor Morrison rozando mi oreja con sus labios, sentí la bilis subir por mi garganta al tener las manos de ese hombre tocándome.

—¿Qué le pasa? Suélteme —dije tratando de soltarme de su agarre.

—No te hagas la que no sabes de qué hablo, me estuviste mirando en el patio —el tipo estaba demente. ¿Qué yo lo había estado mirando?

—¿Está loco? —en esa posición casi rozaba mis pechos con sus manos, como pude, me giré y lo empujé con fuerza, luego estampé mi mano en su cara—. No se atreva a tocarme, se llevó la mano a su mejilla y me miró como si realmente no comprendiera mi actitud.

—Deja de hacerte la digna, tú me provocaste.

—¿Qué lo provoqué?, ¿pero de qué habla? —iba a acercarse nuevamente a mí cuando Caroline entró.

—¿Está todo bien? —nunca me había sentido más feliz de verla.

—No hemos terminado —dijo el señor Morrison y salió, llevé mi mano a mi pecho mientras respiraba agitadamente.

—Ese hombre se estaba sobrepasando contigo ¿verdad? —asentí, no lograba que me salieran las palabras—, Sara, de verdad lo lamento, ese hombre es un cerdo, nunca me imaginé que se iba a atrever a tanto.

—Creo que voy a tener que renunciar —dije controlando un sollozo.

—Es mejor que lo denuncies con la rectora.

—Ella es su madre, ¿crees que me va a creer?, es mi palabra contra la suya.

—Yo te puedo apoyar —enfaticó sus palabras poniendo su mano en mi hombro.

—Ahora solo quiero salir de aquí —dije con voz temblorosa.

—No te preocupes, yo me hago cargo de tu clase, es mi hora libre.

—Gracias —no había terminado de hablar cuando ya estaba huyendo de ahí.

Estuve un rato caminando, al final me senté en una cafetería y pedí un té, estaba junto a la ventana, veía la gente pasar, el mundo iba y venía, pensé en tantas personas que se cruzan en tu camino y sin embargo son invisibles, una mujer que caminaba con una pequeña niña de la mano llamó mi atención, ella reía mientras la niña hablaba y saltaba, entonces una imagen vino a mi mente, Erik y yo caminando por la calle llevando a nuestro hijo de la mano, sonriendo de sus travesuras, estaba tan perdida en mis fantasías que me sobresalté cuando sentí una mano posarse en mi hombro.

—¿Sara?, no puedo creer que seas tú.

—Rose —dije con una sonrisa y me levanté para abrazarla, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, exactamente desde que abandoné la universidad. Estaba diferente, su ropa negra había sido reemplazada por un elegante vestido blanco y su cabello que siempre tenía muy corto ahora llegaba hasta sus hombros.

—Me alegra mucho verte, ¿me puedo sentar? —preguntó señalando la silla que estaba frente a mí.

—Claro, a mí también me alegra mucho verte, ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado, pero cuéntame ¿que ha sido de tu vida?

—Pues estudié música y ahora trabajo dando clases en una escuela —le conté sintiendo cierto orgullo de mi trabajo, pero eso fue hasta que recordé el incidente con Morrison.

—¿Qué pasó con el chico aquel que estaba en la cárcel? —preguntó mientras hacía una seña a la mesera.

—El chico aquel ahora es mi esposo, llevamos seis años casados —cuando lo dije sentí que mi corazón se calentaba, me sentía orgullosa y feliz de hablar de Erik y contarle al mundo que a pesar de los obstáculos lo habíamos

logrado.

—¿En serio?, no puedo creerlo, me alegro mucho por ustedes.

—Te lo agradezco, tú tuviste mucho que ver con ello, ¿y qué hay de ti?

—quise saber qué había hecho en estos años, a pesar de no haberla visto en todo ese tiempo siempre la recordé con un cariño especial por todo lo que había hecho por Erik y por mí.

—No mucho, terminé la universidad y ahora trabajo con mi padre, me gusta lo que hago.

—¿Y tienes novio, o estas casada? —pregunté con curiosidad.

—No nada de eso, sigo sola, creo que no existe ese hombre que logre tocar mi corazón.

—Tal vez tenga un candidato —dije sonriendo y pensando en Jack, él seguramente podría lograr llegar al corazón de Rose.

—Me lo pensaré, ahora debo irme —dijo mirando su reloj—, me dio gusto verte y espero que haya una próxima vez, tenemos muchas cosas de que hablar, dame tu número y te llamo para que quedemos uno de estos días.

—Por supuesto, tienes mucho para contarme —luego de intercambiar números nos despedimos, terminé el té y salí de la cafetería, mientras caminaba despacio en medio de personas que corrían de un lado a otro, llevando sus propios afanes tomé la decisión de renunciar a mi empleo, aunque me encantaba mi trabajo no permitiría que ese hombre se aprovechara, levanté la mirada al cielo y lo vi cubierto de nubes grises que presagiaban que se avecinaba una tormenta, nunca se me hubiese ocurrido que al llegar a casa me esperaba una tormenta aún peor.



Capítulo Dieciocho

Abrí la puerta y entré sin llamar, total él y yo nunca lo hacíamos.

—Hola, Jack —saludé a mi amigo que se encontraba sentado en su escritorio.

—Hey, hermano, hasta que te dignas a visitar a los pobres —respondió cruzando sus brazos detrás de su cabeza.

—Eres un imbécil —le dije riendo por su comentario.

—Eso lo dices porque envidias mi carisma —me gustaba el sentido de humor contagioso que siempre tenía, nunca hablaba sin soltar una de sus bromas.

—Lo que tú digas, chico carisma, vine porque necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras —lo pensé durante un momento buscando la forma de decirlo sin que sonara mal, pero al final decidí que no había una forma buena de hacerlo, por más que lo adornara, el resultado siempre sería el mismo.

—Necesito que me acompañes mañana a una sesión de quimioterapia —se lo solté así sin más, me miró como si me hubiesen salido tres cabezas.

—¿Eso es algún nombre de un bar cuyo dueño tiene un sentido del

humor muy retorcido?, si es así, entonces te acompaño amigo, ya te había dicho que necesitabas una buena dosis de diversión —lo observé sin decir nada, cuando se dio cuenta de que no reía, su semblante cambió—. ¡Mierda!, me estás hablando en serio ¿verdad? —asentí—. ¿Está enferma tu mamá? —preguntó pareciendo preocupado, él conocía a mi madre y sabía que su salud no era muy buena.

—Es para mí —dije calculando su reacción, que obviamente no fue buena.

—¿Pero qué mierdas dices? —se puso de pie y se inclinó sobre su escritorio—, esas cosas solo le pasan a los ancianos, ni a los ancianos, mi abuelo tiene ochenta y está más sano que nosotros, deja de bromear con eso amigo, no es gracioso.

—Yo también lo pensaba hasta que ayer el médico me lo confirmó, nada me gustaría más que fuera un mal chiste, aún sigo esperando despertar y que sea solo una pesadilla.

—Estoy seguro que se equivocó, tiene que haber una equivocación, busquemos otro médico, sí, eso es lo que haremos —en ese momento mi amigo se paseaba por su oficina como león enjaulado.

—Jack, detente, no hay tal equivocación es algo que asumí y necesito que tú lo hagas también, estoy tratando de ser fuerte, por favor ayúdame —se detuvo enseguida y enfocó su mirada en mí, había desaparecido todo rastro del Jack bromista y solo quedaba el amigo que me miraba con comprensión.

—Lo siento —dijo acercándose y dándome un abrazo—, lo siento hermano, es que tú no mereces algo como esto, eres el mejor tipo que conozco y solo deberían pasarte cosas buenas, claro que te acompaño, verás que todo va a salir bien, tienes que recuperarte, si te mueres me quedo con tu esposa.

—Esa es una amenaza tonta lo sabes ¿verdad? —agradecí que aún tuviera ánimo para hacer bromas.

—Por supuesto, pero es la única que se me ocurre —sabía que con Jack no tenía que fingir así que decidí ser sincero.

—Estoy asustado, estuve buscando información en internet, tengo un tipo de cáncer muy agresivo, muchos pacientes no sobreviven a él.

—No digas tonterías y deja de creer toda la basura que hay en internet, recuerdo cuando tenía catorce busqué un método para alargar el pene, sobra decir que era una mierda.

—¿Lo tienes pequeño? —pregunté sonriendo tratando de aligerar el ambiente.

—No seas cabrón, por supuesto que no, ¿acaso no ves la cantidad de mujeres que se mueren por mí?, pues te diré que no es solo por mi bello rostro.

Agradecí tener el apoyo de mi amigo, pues no estaba muy seguro de poder hacerlo solo, y aún no estaba preparado para decírselo a mi madre ni a mi esposa, realmente no estaba seguro de estarlo en un futuro cercano.



Al día siguiente nos encontrábamos en la sala de espera, Jack movía su pierna de forma nerviosa, me atrevería a decir que incluso estaba más nervioso que yo, permanecíamos en silencio, de todos modos ¿qué se podría decir en estos casos?

—¿Cómo se lo tomó Sara? —preguntó de pronto.

—No se lo dije.

—¿Estás loco? ¿Cómo que no se lo dijiste?

—No sé cómo hacerlo, no quiero que se preocupe.

—Erik, sería bueno que en algún momento dejes de tratarla como una muñeca a la que tienes que cuidar para que no se rompa, tu esposa es más fuerte de lo que tú crees, yo no tengo problema en venir contigo, pero es ella quien debería estar aquí, y estoy seguro que no se tomará muy bien que se lo ocultes.

—Lo sé, solo estoy reuniendo fuerzas para hacerlo.

—Hazlo amigo, verás cómo todo es más fácil —volvimos a quedarnos en silencio un rato, hasta que decidí que era momento de plantearle algo que estaba dando vueltas en mi cabeza.

—Jack, ¿puedo pedirte un favor?

—¿Otro?, no voy a entrar ahí y sostener tu mano, eso dañaría mi reputación.

—¿Ahora quién está siendo un cabrón?

—Está bien, sostendré tu mano, no importa que esa enfermera guapa a la que le estoy echando el ojo crea que soy del otro equipo.

—Estoy seguro que puedes convencerla de lo contrario, pero no es ese

el favor que quiero pedirte.

—¿Ah no?, ¿entonces? —me giré para mirarlo a los ojos, él era el único en quien podía confiar y sabía que, si yo no estaba, haría un buen trabajo cuidando de mi madre y mi esposa.

—Prométeme que si no lo logro cuidarás de ellas.

—No comiences con esa mierda, Erik, déjalo.

—Promételo, Jack —insistí necesitando estar seguro de que, si yo no estaba, él cuidaría de ellas.

—No voy a prometerte nada, tú no vas a ninguna parte —se levantó y caminó por el pasillo alejándose de mí, sabía que, aunque no le había arrancado una promesa, mi amigo lo haría.

—¿Señor Scott? —miré en la dirección donde escuché que me llamaban y me encontré con la enfermera en la que Jack se había fijado, me levanté y caminé hasta donde se encontraba.

—Soy yo —le dije cuando estuve frente a ella.

—Muy bien, por favor acompáñeme —me guió por un corto pasillo hasta una sala donde habían dispuesto una serie de sillones que muy a mi pesar se veían bastante cómodos, algunos de ellos ocupados, en uno se encontraba una mujer de unos cincuenta años, su piel se veía pálida y tenía la cabeza cubierta con un pañuelo estampado de flores, un poco más alejado de ella había un niño de no más de ocho años, la que debía ser su madre se encontraba a su lado tomando su mano, este no tenía un solo cabello pero se había apartado su barbijo y pude notar que lucía un sonrisa esperanzada, en ambos casos vi que tenían un catéter conectado a una solución por el que estaban recibiendo el medicamento vía intravenosa; estaba tan distraído con la escena que se presentaba frente a mí que no escuché que la enfermera me hablaba hasta que sentí su mano en mi hombro.

—Lo siento, estaba distraído.

—No se preocupe, sé que puede ser impresionante, por favor póngase esto —me dijo entregándome una bata y un barbijo igual al que usaban los demás pacientes y la madre del niño. Hice lo que me pidió y unos minutos más tarde me encontraba recostado en uno de los sillones, giré la cabeza para encontrarme al chico mirándome, me saludó con su mano y respondí el saludo. Un momento después la enfermera regresó llevando un carro con una bolsa de suero, conectó la intravenosa a mi mano, luego sujetó al bolsa al tripie, la observé mientras aplicaba los medicamentos directamente a la bolsa—, bien, señor, ahora se quedará tranquilo mientras los medicamentos ingresan a su

cuerpo mediante su torrente sanguíneo, este proceso puede tardar unas horas, además de que tendrá algunos efectos secundarios como náuseas, vómitos y cansancio, es por esto que este procedimiento se realiza con un intervalo de tres semanas, para dar tiempo al paciente a que se recupere, sin embargo si el doctor considera necesario que se haga en tiempo menos prolongado, se lo hará saber. ¿Tiene alguna duda? —tenía muchas, pero la única que me preocupaba en ese momento era si esto iba a funcionar, aunque estaba seguro de que ella no tenía la respuesta.

—No, se lo agradezco mucho.

—Entonces regresaré en un rato para ver cómo va todo —ella se fue y yo me quedé ahí, cerré los ojos y pensé en Sara, mi niña bonita. En ese momento me sentí bien de no haberle dicho nada, no quería imaginarla en ese lugar tan lúgubre, ella era la luz, la razón por la que iba a luchar para salir de eso.

Estuve allí unas cinco horas, las más eternas de mi vida, cuando por fin la enfermera apareció para quitarme la intravenosa, me sentí aliviado.

—Los efectos pueden aparecer en una o dos horas así que le recomiendo que vaya a su casa y descanse, el doctor lo verá en dos días.

—Se lo agradezco mucho —me levanté y me di cuenta que la señora mayor y el chico con su madre ya no estaban, me quité la bata y el barbijo y los arrojé a un cesto donde me indicó la enfermera, cuando salí al pasillo me encontré con Jack quien estaba sentado en el mismo lugar de antes, tenía los codos apoyados en las rodillas mientras miraba al piso.

—Jack, lamento haber tardado tanto, no sabía cuánto tiempo duraba esto —cuando me escuchó, enseguida se puso de pie.

—No digas tonterías, hermano, no me importa esperarte, ¿estás bien?, te ves un poco pálido.

—Estoy bien, pero debo ir a casa, la enfermera me advirtió que puede tener algunos efectos.

—Entonces es mejor que vayamos para que descanses.

Mi amigo me llevó a casa, eran las dos de la tarde y Sara no regresaría hasta las cinco, esperaba estar recuperado para cuando ella llegara, no tenía fuerzas para dar explicaciones en ese momento, mi amigo quería quedarse, pero le insistí en que estaría bien, así que se dio por vencido y terminó por

irse, me recosté y me dormí por algún rato, cuando me desperté mi estómago se revolvía, corrí al baño y me arrodillé para poder vomitar, era como si me estuvieran arrancando las entrañas.

—¿Erik? —esa voz me desgarró, no era hora para que llegara, no era momento para decirle la verdad, pero mi cuerpo no respondía y seguía vomitando—. Erik, mi amor, ¿qué te pasa? —la sentí arrodillarse a mi lado mientras mojaba mi cara con una toalla—, Erik, por favor dime que te está pasando —su voz sonó quebrada y supe que estaba llorando, me obligué a mirarla y vi su rostro bañado en lágrimas.

—Lo siento, mi niña bonita —dije sin fuerzas.

—¿Por qué?, dímelo, ¿qué tienes? —me abrazó y luego me ayudó a levantarme y llegar a la cama, una vez allí se sentó y apoyé mi cabeza en sus piernas, seguía llorando mientras acariciaba mi cabello y entonces supe que no tenía más tiempo, aspiré su olor a flores y me dejé llevar por sus suaves caricias.

—Lo lamento tanto —le dije, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—No te entiendo —me senté para mirarla a los ojos, estos estaban rojos por el llanto, besé sus lágrimas y me preparé para romper su corazón, pegué mi frente a la suya y tragué el nudo que tenía en la garganta. ¿Cómo haces para romper el corazón de quien más amas?, aún si no era mi culpa lo que estaba pasando, no me sentía con fuerzas para hacerlo.

—Todo va a estar bien, te lo prometo, aunque no lo parezca ahora —permaneció en silencio y eso me ayudó para poder continuar, tragué el nudo que se había instalado en mi garganta—, hace unos días fui al doctor, seguía sintiéndome mal, me hizo algunos exámenes —las fuerzas me estaban abandonado y no sabía cómo seguir con aquello.

—¿Qué te dijo? —me aparté y enfoqué mi mirada en ella, sus ojos estaban llorosos y su nariz roja, acaricié su cara, tenía grabado en mi corazón cada rasgo suyo, cerré los ojos y suspiré, no quería ver el dolor en los suyos que amaba tanto cuando le dijera lo que estaba pasando.

—Descubrió que tengo cáncer —se alejó como si hubiese recibido una bofetada.

—No, no... —dijo poniéndose de pie mientras caminaba hacia atrás negando con su cabeza, cubrió su boca con la mano y un fuerte sollozo escapó de su garganta—, eso no es cierto.

—Mi amor, escúchame, todo saldrá bien te lo prometo —me puse de pie y estiré mis brazos—, hoy comenzó mi quimioterapia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —gritó cambiando su estado de dolor a uno de furia.

—Yo solo quería protegerte —le dije llorando, prefería morir a causarle dolor, aún así se lo estaba causando.

—Maldita sea, yo no quiero que me protejas, tenía derecho a saberlo, tenía derecho a estar contigo en estos momentos y tú me lo negaste, me hiciste a un lado.

—Por favor, no digas eso, no pretendía hacerte daño.

—Ese es el problema, que siempre has creído que soy una debilucha sin carácter incapaz de enfrentar las cosas.

—Por favor, perdóname —me acerqué para abrazarla y a pesar de su molestia me lo permitió.

—Te odio —dijo mientras lloraba con su rostro enterrado en mi pecho.

—Lo sé —acariciaba su cabello mientras la dejaba llorar.

—No es cierto, no te odio.

—Lo sé —respondí de nuevo con una sonrisa.

—Todo lo sabes.

—Eso es porque soy un hombre sabio.

—Tengo mucho miedo —habló sin dejar de llorar.

—Yo también lo tengo, mi niña bonita, pero no podemos permitir que esto nos derrumbe, no voy a dejar de luchar por ti, por nosotros.

—Lamento haberme enojado —dijo levantando la cabeza para mirarme—, te amo.

—Yo te amo más —junté mis labios con los suyos, en ese momento no importaba lo que pasara al día siguiente, pues sabía que ella siempre estaría conmigo.



Capítulo Diecinueve

Lo observaba dormir, sentada a un lado de la cama, estaba tan sereno en su sueño que difícilmente se podría imaginar que algo tan terrible estaba sucediéndole, limpié mis lágrimas que seguían cayendo, no había parado de llorar desde el momento que se durmió, quería ser fuerte pero no sabía cómo hacerlo, Erik era mi fuerza, la razón de mi vida. Maldije mil veces, él no merecía estar pasando por eso, no mi amado Erik, tan amante de la vida, él, que siempre lograba encontrar algo bueno a todo, él, que siempre lograba que las cosas malas se convirtieran en buenas.

En ese momento algo más vino a mi mente, había decidido renunciar a mi trabajo al día siguiente, pero esa ya no era una opción, ahora íbamos a necesitar todo el dinero posible, así que tendría que buscar la forma de librarme de los avances del tal Morrison sin perder mi empleo, miré por la ventana y el cielo oscuro de la noche se me antojó tan igual a la situación en la que nos encontrábamos en ese momento, pero nuestras vidas nunca habían sido fáciles, aún así siempre logramos salir adelante y estaba segura que ahora también lo haríamos pues nos teníamos el uno al otro y eso sería siempre lo más importante. Finalmente me levanté y caminé hasta la cama, despacio

levanté la sábana; tratando de no despertarlo, me acomodé a su lado, aún dormido sintió mi presencia y me rodeó con su brazo, me acurruqué escondiendo mi cara en su pecho, aspiré su aroma, ese que alguna vez declaré como mi favorito, y permanecí inmóvil durante casi toda la noche, solo queriendo estar a su lado.



—Hola, mi niña bonita —desperté escuchando mis palabras favoritas, el sol entraba por la ventana y la mejor vista de todas me recibió, mi amado Erik me sonreía como hacía siempre.

—¿Estás bien? —fue lo primero que pregunté.

—Lo estoy, y quiero que tú lo estés también, anoche no dormiste mucho, lo sé por las marcas debajo de tus ojos.

—No tenía mucho sueño.

—También estuviste llorando —dijo, besando mis ojos—, por favor, no te derrumbes, mi amor, no tú que eres mi único sustento.

—Lo siento, te prometo que seré fuerte.

—Tú siempre has sido fuerte cariño, nunca he visto a nadie con más fortaleza que tú, por eso te necesito, hoy debo hablar con mi madre y no creo que pueda hacerlo solo.

—Lo sé, yo estaré ahí siempre —lo besé queriendo que en algún momento despertara y todo fuera un mal sueño.

Nos levantamos y luego de desayunar nos preparamos para ir a casa de Claire, hoy no iba a ser un buen día para nadie, si yo estaba mal con la noticia no quería imaginar cómo se pondría la pobre mujer, caminamos en silencio tomados de la mano aprovechando que su casa estaba cerca, de alguna forma era como si no quisiéramos llegar, cuando por fin estábamos frente a la puerta, vi a Erik tomar una respiración profunda, por un momento cerró los ojos y supe que no quería hablar con su madre.

—Mi amor —le dije para llamar su atención, cuando me miró, vi preocupación en sus ojos—, todo saldrá bien, sé que es difícil pero tu madre

podrá con esto.

—Mi padre murió de cáncer, no estoy seguro que ella pueda tomárselo tranquilamente.

—Lo hará, para eso estamos tú y yo, para ayudarla a sobreponerse.

—Gracias, mi niña bonita, si no te tuviera estoy seguro que no encontraría un motivo para luchar —besó mi frente y luego nos dispusimos a enfrentar a Claire.

—Chicos, los estaba esperando —dijo en cuanto nos vio cruzar la puerta, se acercó para abrazarnos como hacía siempre, nos saludó tan efusivamente como si llevara meses en lugar de día sin vernos—, Erik, cariño, ¿estás bien?, te ves un poco pálido, seguro estás trabajando mucho y no comes adecuadamente, te prepararé tu almuerzo favorito —él la miraba con una sonrisa triste sin decir nada, tragué el nudo que se formó en mi garganta, para Claire, Erik nunca dejaría de ser su niño, le dio un beso en la mejilla y luego me saludó a mí, traté de disimular con una sonrisa. Nos sentamos en la sala y un rato después llegó Anne, saludó a su sobrino de forma efusiva y a mí como siempre con un simple—: ¿qué tal Sara? —ella nunca me había perdonado lo que pasó con mi padre cuando Erik estuvo en la cárcel por su culpa, seis años después, me seguía recriminando.

A la hora del almuerzo Anne parloteaba sobre el nuevo novio de su hija, mientras Claire le prestaba atención a lo que decía, miré a Erik y me di cuenta que estaba jugando con su comida, comiendo pequeños bocados, sabía que últimamente no podía comer mucho, estiré mi mano y le di un suave apretón, me respondió con un guiño.

—Creo que es el momento —le dije bajito para que solo él me escuchara, asintió y apretó más fuerte mi mano, se giró para mirar a su madre y durante un momento la contempló, en su mirada había tanto dolor que mi corazón ya roto se fragmentó aún más; lo vi abrir la boca y volverla a cerrar como si las palabras se negaran a salir, apreté más su mano y respiré profundo tratando de no dejar escapar mi llanto.

—Mamá —dijo al fin con voz temblorosa, ella dejó de escuchar a su hermana y se enfocó en su hijo, él tragó y finalmente habló de nuevo—, hay algo que tengo que decirte.

—Claro, cariño, no me digas que por fin me darán la buena noticia de que Sara está embarazada —dijo llevándose las manos a la cara con

entusiasmo, lo vi tensarse y mi corazón se estrujó, quería salir corriendo de allí y no seguir presenciando aquello, pero mi amado me necesitaba, así que me obligué a mantenerme fuerte, seguía conteniendo el llanto que pugnaba por salir y cuando miré los ojos de Erik, vi que brillaban igual con lágrimas contenidas.

—No, mamá, no es eso —me miró buscando apoyo, y le di un ligero asentimiento, bajó la cabeza y respiró profundo—. Yo... mamá, yo... —parecía no encontrar las palabras adecuadas, una lágrima escapó de uno de sus ojos y la limpió rápidamente, luego levantó la cabeza nuevamente y miró directamente a los ojos de su madre, los de ella reflejaban preocupación.

—Erik —dijo ella inclinándose sobre la mesa para tomar su mano, me aparté un poco para dejarle espacio, con la mano libre él acarició su mejilla, nunca en mi vida había visto una escena tan dolorosa.

—Estoy enfermo —habló por fin en voz baja sin apartar la mirada de su madre.

—Claro que te ves enfermo, mírate como estás de pálido, seguramente Sara sigue siendo tan mala cocinera que comes cualquier cosa —intervino Anne.

—¡Tía, basta! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te metas con mi esposa? —le respondió enfocando su atención en ella.

—Anne, deja tranquila a mi nuera, ese comentario está fuera de lugar.

—Creo que mejor me voy, todo lo que digo es tomado como ataque hacia ella —se levantó de la mesa y se fue, los demás nos quedamos en silencio unos minutos.

—Sara, lamento que mi hermana se siga comportando así contigo —me dijo Claire unos minutos después.

—No te preocupes, no pasa nada —ella asintió y luego de nuevo volvió su atención a su hijo.

—Erik, cariño, ¿cómo que estás enfermo?, dime qué tienes —el ambiente seguía tenso, apoyé los codos en la mesa y bajé la cabeza preparándome para lo que sabía que vendría.

—Mamá, esto es difícil de decir —habló con voz temblorosa.

—Hijo, por favor, deja de dar rodeos que me estoy poniendo nerviosa —de nuevo él pareció no poder hablar, se levantó de la mesa y caminó hasta la ventana, se quedó ahí de pie dándonos la espalda y unos minutos después se volvió con su cara llena de lágrimas, verlo así tan vulnerable hizo que no pudiera más y comencé a llorar también.

—Tengo cáncer —dijo en un susurro que pensé que Claire no había escuchado, pero entonces ella abrió mucho los ojos y luego se llevó la mano a la boca.

—¿Qué?, no, no, no, eso no puede ser cierto, mi niño no —dijo levantándose para abrazarlo mientras lloraba.

—Tranquilízate, por favor —dijo estrechándola en sus brazos.

—Pero no entiendo, cómo es que está pasándote eso, ¿te lo dijeron hoy? —preguntó tomándolo de los brazos mientras miraba su cara.

—Me lo confirmaron hace unos días, ya comencé con el tratamiento de quimioterapia —cuando terminó de hablar, bajó la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste nada?, ¿o tú Sara? —Claire hablaba desesperada mientras agitaba los brazos.

—Ella tampoco lo sabía, apenas se enteró ayer en la tarde, no quería decirles para no preocuparlas.

—No debiste ocultar algo así, soy tu madre, debía estar a tu lado en todo momento —lo abrazó de nuevo como queriéndolo proteger de todo lo malo, como si entre sus brazos nada lo pudiera alcanzar.

—Lo sé y lo siento mucho —dijo él besando su cabeza.

—Ay, mi Erik, tú no, tú no —Claire lloraba abrazada a su hijo, mientras tanto yo me levanté para ir a la cocina y preparar un té, una vez allí me apoyé en la encimera y me permití llorar también, ¿acaso alguna vez se acabaría el dolor?

Claire lloró durante un tiempo hasta que logramos que se calmara, ella también estaba muy enferma, eso me hizo pensar que era una mujer fuerte, había afrontado su enfermedad, la muerte de su esposo y ahora lo de su hijo, ¿qué más pruebas le pondría la vida?



Dos semanas después Erik tenía su segunda sesión de quimioterapia, tenía miedo, era la primera vez que me iba a enfrentar verdaderamente con lo que estaba pasando, recordé aquel día que llegué y lo encontré en el baño vomitando, sabía que eso era producto del tratamiento que le estaban haciendo, llevaba un tiempo investigando en el internet.

—Cariño, despierta —le dije besando su cara.

—No quiero levantarme —se giró de lado y se cubrió de nuevo con la sábana.

—Tienes que hacerlo, debemos ir al hospital —lo abracé y apoyé mi cabeza en su hombro

—La quimioterapia —dijo abriendo los ojos.

—Así es, báñate mientras preparo el desayuno.

—Está bien —me besó y se levantó para ir al baño, cuando lo hizo, me di cuenta que en su almohada había una gran cantidad de cabellos, sabía que esto pasaría, sin embargo no impidió que esa vista me estrujara el corazón, me levanté y luego de recogerlos todos salí de la habitación, me senté en el comedor y comencé a llorar mientras miraba el montón de cabello en mi mano, los apreté contra mi pecho, queriendo que todo aquello fuera una maldita pesadilla, ¿por qué estaba pasando eso? ¿Por qué simplemente no podíamos ser felices?, cuando escuché que salió del baño, rápidamente me limpié las lágrimas y me dispuse a preparar el desayuno.

En el hospital las cosas no se veían mejor, una enfermera nos condujo a una sala y nos entregó unas batas y unos barbijos para ponernos encima de nuestra ropa, cuando entramos un niño de unos ocho años y sin nada de cabello saludó a Erik con la mano, este correspondió de la misma forma, su madre estaba sentada a su lado sosteniendo un libro, ella leía, pero era imposible no darse cuenta de la tristeza que empañaba sus ojos, era realmente una escena desgarradora, nos sentamos ahí durante cinco horas, sostuve su mano mientras le hablaba y recordaba cuando nos conocimos, traté por todos los medios de distraerlo y hacer que no pensara mucho en lo que estaba pasando, mi pecho se apretó haciéndome difícil respirar pero me mantuve firme.

Luego de la sesión hablamos con el doctor, quien nos confirmó que efectivamente el cabello de mi esposo comenzaba a caerse debido al tratamiento, llegamos a la casa sin decir nada y en cuanto entramos, lo vi dirigirse a la habitación, un minuto después, salió llevando una maquinilla.

—Hora de despedirse de la melena, ¿quieres hacer los honores? —preguntó ofreciéndomela, con una pequeña sonrisa las tomé con manos

temblorosas y no pude contener el sollozo que escapó en ese momento mientras miraba aquel artilugio que parecía insignificante—. Tranquila, mi niña bonita, eso solo cabello, ya crecerá de nuevo —dijo abrazándome, así permanecemos un rato, hasta que finalmente encontré las fuerzas para comenzar la tarea, hice que se sentara, lo acaricié como hacía siempre, amaba su cabello, me incliné para darle un beso en su cabeza y comencé a cortarlo, por cada cabello que caía al piso mientras lo cortaba mi corazón se rompía un poco, más y más lágrimas escapaban de mis ojos —. ¿Cómo me veo? — preguntó una vez terminé mi tarea, lo observé durante un momento con su cabello cortado al rape.

—Para mí siempre serás el hombre más guapo del mundo —dije finalmente, luego lo besé.

Al día siguiente regresamos a nuestra rutina, lamentablemente, aunque tuviéramos nuestros corazones rotos la vida continuaba, en mi trabajo una vez más me enfrenté a los acosos de Morrison; trataba de no quedarme sola en ningún momento y afortunadamente Caroline me ayudaba, sin embargo, aquel día tuvo que atender a la madre de una de sus alumnas y no me quedó más remedio que ir sola a mi salón. Dejé la puerta abierta de par en par tratando de que se convirtiera en mi salvación, pero nada disuadía a ese hombre, estaba escribiendo la tarea del día en el pizarrón cuando escuché la puerta cerrarse y el sonido inequívoco del seguro siendo puesto, mi corazón se aceleró por el miedo y me giré para encontrarlo recostado en la puerta mirándome.

—Por fin solos —dijo y comenzó a acercarse y busqué por algo que me pudiera servir para defenderme, pero no había nada a la mano.

—No se me acerque o voy a gritar —amenacé.

—Tú no harías un escándalo en un lugar lleno de niños, además, ¿por qué no terminas de reconocer que tú también me deseas? —mientras hablaba, el tipo miraba a mis pechos, en sus ojos había tal lujuria que me asustó aún más.

—Realmente es usted un psicópata, debería ir a ver un psiquiatra — dije retrocediendo.

—Lo único que quiero ver ahora es a ti, desnuda, deberías pensar seriamente en tu posición, dime, Sara ¿qué tanto te gusta tu empleo?, ¿qué estarías dispuesta a hacer para conservarlo? —mientras hablaba se iba acercando más y yo seguía retrocediendo hasta que choqué con la pared.

—Si lo que tengo que hacer para conservar mi empleo es dejar que me ponga sus asquerosas manos encima, prefiero irme a lavar baños a otro lado —iba a correr hacia un costado, pero él fue más rápido y me aprisionó dejándome sin escapatoria.

—Después que termine con todo lo que quiero hacerte, verás que no querrás ir a ningún lado —dijo acercando su boca a mi cara.

—Suélteme, maldito asqueroso, ¡ayúdenme! —grité lo más fuerte que pude, mi alma regresó a mi cuerpo cuando escuché unos golpes en la puerta.

—Sara, ¿estás bien? —preguntó Caroline al otro lado—, tus alumnos están esperando para entrar —Morrison me soltó y se alejó de mí.

—Ya habrá otro momento —dijo y se encaminó a la puerta, la abrió y salió sin mirar a nadie, Caroline entró corriendo seguida de los niños que no se habían percatado de nada y comenzaron a ocupar sus puestos.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación mientras acariciaba mi hombro.

—No, ya no puedo aguantar más esta situación —respondí, me sentía realmente desesperada.

—Maldito asqueroso, vamos, te acompaño para que hablemos con la rectora, ella tiene que hacer algo —negué, tenía que hacerlo de otra forma, no podía exponerme a que me despidieran, no ahora.

—Estoy bien, gracias por ayudarme —me miró sin dar crédito a lo que decía, ella no podía comprender mi situación.

—Como quieras —pareció exasperada y luego se fue.

Traté de continuar mi clase, pero la situación me sobrepasaba, varias veces me equivoqué o me olvidaba de lo que iba a decir, finalmente me di por vencida y les dije a los chicos que practicasen la lección anterior.



Capítulo Veinte

Estaba saliendo de mi oficina cuando me topé con Jack.

—Hermano, ¿qué te pasó? —preguntó refiriéndose a mi cabeza rapada. Pasé mi mano porque estaba extrañando mi cabello y recordando el llanto de mi niña bonita cuando tuvo que cortarlo.

—Tuve que quitarlo, se estaba cayendo por la quimioterapia —lo vi hacer un gesto de tristeza que trató de recomponer, pero era demasiado tarde, ya lo había visto.

—Bueno, si yo me viera igual de bien que tú, también me quitaría el mío, pero ya sabes este es mi encanto.

—Pensé que tu encanto consistía en el don de la palabra —dije riendo.

—¿Qué quieres que te diga?, tengo muchos —por un momento cambió su expresión a una más seria—, ¿en serio estás bien?

—Lo estoy, es solo cabello —dije tratando de restarle importancia.

—Bueno, no lo preguntaba solo por eso, pero me alegra saber que te lo estás tomando con calma.

—Lo hago, amigo —y era cierto, lo estaba tomando con calma, no podía darme por vencido, no cuando veía el esfuerzo que hacía mi esposa por

mantenerse firme.

—Me tengo que ir, ¿te parece si nos vemos a la hora del almuerzo y seguimos hablando?

—Claro, por qué no.

Nos despedimos y yo continué, tenía en mis manos un trabajo que me entusiasmaba, un nuevo auto al cual su dueño quería hacer varias modificaciones, comenzaríamos con mejorar el rendimiento del motor. Cuando me encargaron esta tarea me emocioné, modificar autos era lo mío, estaba dando indicaciones a los mecánicos que trabajaban conmigo, cuando escuché la voz de Rebecca a mi espalda.

—¿Erik? —me giré esperando encontrarme con su mirada de odio, pero me sorprendió que tuviera una media sonrisa, parecía que la amabilidad había vuelto.

—Dime.

—El señor Anderson quiere verte en su oficina —el señor Anderson era mi jefe, imaginé que querría que le contara los avances del trabajo.

—Por favor dile que en un momento voy.

—Claro, yo... —pareció que iba a decir algo más, pero al final se fue.

—Chicos, voy a la oficina del jefe; Ronald, encárgate mientras regreso —dije al jefe de mecánicos entregándole una llave que tenía en mi mano. Luego me dirigí a la oficina del jefe, llamé y esperé a que me diera permiso para pasar—. Buenos días, señor Anderson.

—Buenos días, Erik, siéntate, por favor —hice lo que me pidió y entonces decidí contarle sobre los progresos con el auto antes de que me preguntara.

—El auto va muy bien, creo que en una semana estará listo.

—Me alegra escuchar eso, pero realmente no es el motivo por el que te mandé a llamar —me confundió que dijera eso, la única razón por la que siempre me mandaba a llamar era para saber cómo iba alguno de los autos.

—Entonces, usted dirá.

—Primero quiero decirte que estoy enterado de tu enfermedad, y lamento mucho lo que está pasando —una sensación desagradable se apoderó de mí, yo no había mencionado nadie en la empresa lo que pasaba conmigo, el único que lo sabía era Jack y estaba seguro que no había dicho nada.

—Se lo agradezco mucho, señor —dije finalmente, esperando, no creía

que solo hubiese llamado para compadecerse de mí, me miró y luego de un asentimiento comenzó a hablar.

—Erik, en los cinco años que llevas trabajando para nosotros has sido uno de los mejores empleados, nunca hemos tenido una queja tuya, me atrevería a decir que no encontraremos a alguien más como tú, sin embargo, como sabes, no soy el único accionista de la empresa —me quedé mirándolo sin comprender realmente qué quería decir—. A lo que voy es a que la junta directiva se reunió y estudió tu caso y desafortunadamente decidieron que debemos prescindir de tus servicios, pues consideran que a largo plazo serías un riesgo para la compañía —tragué el nudo que se formó en mi garganta y traté de aparentar tranquilidad, una tranquilidad que desde hacía varias semanas no sentía.

—Comprendo, señor, no se preocupe —como hacían casi todos últimamente, el hombre me miró con pesar.

—Tú eres un buen muchacho y ten por seguro que, si solo dependiera de mí, continuarías trabajando aquí, sin embargo, te prometo que se te indemnizará de forma justa.

—Se lo agradezco mucho, y le agradezco por el tiempo que me permitió estar aquí —me levanté y le tendí la mano, en lugar de tomarla, rodeó su escritorio y me dio un abrazo.

—Las personas como tú nunca se dan por vencidas, es por eso que estoy seguro que no es el final para ti.

—De nuevo se lo agradezco mucho —dije y salí de su oficina, no miré a nadie mientras caminaba hacia la mía; una vez allí me senté y tomé un largo suspiro.

¿Y ahora qué? Unos minutos después comprendí que ahí sentado no solucionaría nada, así que fui al baño y me cambié el overol que tenía, me puse mi ropa de nuevo y tomé el teléfono—. Rebecca, soy Erik —hablé en cuanto contestó—, ¿por casualidad tienes una caja que me regales?

—Por supuesto, ahora mismo busco una en la bodega y te la llevo —su amabilidad había regresado por completo y me sentí mal de pensar que era porque también estaba enterada, lo último que necesitaba ahora mismo era causar lástima.

—Gracias —colgué y comencé a juntar mis cosas, tomé el portarretratos que tenía sobre mi escritorio con una foto de Sara, en ella estaba sonriente, se veía feliz, “mi niña bonita”, pasé mis dedos por el vidrio recordando el día que tomé esa foto, había sido el verano anterior durante un

fin de semana que fuimos a unas cabañas, estábamos dando un paseo por los alrededores y de pronto nos encontramos con un pequeño perro que ladraba, ella se acercó para acariciarlo y el pequeñín se aferró a la manga de su pantalón, mientras ella reía por la travesura del cachorro, yo aproveché para immortalizar el momento, unos minutos después, llamaron a la puerta y Rebecca entró llevando un par de cajas, se fijó en la foto que tenía en la mano.

—Aquí están, traje dos por si acaso —dijo depositándolas sobre el escritorio.

—Eres muy amable —agradecí con una sonrisa.

—Erik, de verdad lamento mucho lo que está pasando, y también lamento lo que pasó la otra vez, no debí faltarte al respeto a ti ni a tu esposa, ella es hermosa y entiendo porqué no puedes fijarte en nadie más, solo quiero que no te vayas de aquí guardándome rencor.

—No te preocupes por eso, hagamos de cuenta que nada pasó, ¿amigos? —pregunté tendiéndole la mano, lo hice de forma sincera, de todos modos, no tenía tiempo para rencores.

—Amigos —aceptó, tomándola con una sonrisa—, espero de verdad que todo se solucione.

—Yo también lo espero —se acercó y me dio un corto beso en la mejilla, luego salió dejándome solo, comencé a empacar todas mis cosas, un rato después la puerta se abrió de nuevo y apareció Jack.

—Rebecca me dijo que te despidieron ¿eso es cierto?

—Así es, parece que represento un riesgo para la empresa —dije sin dejar mi tarea.

—Maldito hijos de p... —se detuvo antes de terminar la palabra—. No puedo creer que te hicieran eso.

—Así funciona el mundo, Jack, en los negocios no hay corazón.

—Eso es solo basura hermano, tú eres bueno y ellos lo saben.

—Estoy enfermo, eso es lo único que les importa.

—¿Sabes?, no te lo había dicho, pero estoy pensando renunciar, mi padre me ayudará con un préstamo, quiero poner mi propio negocio, tal vez quieras unirte a mí y trabajamos juntos —miré a mi amigo, o más bien mi hermano, eso era Jack para mí, ese hermano en el que siempre podía apoyarme.

—Te lo agradezco mucho, solo espero estar en condiciones de hacerlo —en ese momento no estaba seguro de nada, había dejado de dar todo por sentado.

—Claro que lo harás —dijo acercándose para darme un abrazo y ayudarme a empacar.

Nos despedimos y salí de ahí llevando mis cosas, até las cajas a la moto y luego emprendí la marcha, sentía mi pecho apretarse y solo había un lugar donde quería ir, llegué al pie de la colina, aparqué y me bajé, subí la cuesta muy despacio, sintiéndome cansado, tenía que detenerme a cada rato para recuperar el aliento; al llegar a la cima me dirigí al árbol, me senté y apoyé la espalda en este, hacía mucho tiempo que no venía, había dejado de sentirme perdido desde que Sara llegó a mi vida, sin embargo en ese momento sentía que me perdía nuevamente, todo parecía ir mal, me encontraba en un callejón sin salida, cerré mis ojos y dejé que el suave viento que soplaba en ese momento, me tranquilizara mientras escuchaba el canto de los pájaros y el sonido de algunos insectos, por alguna razón ahí me sentía en paz, cuando abrí los ojos de nuevo me quedé viendo una pequeña ave de color rojo que recogía pequeñas ramas y luego volaba hasta el árbol donde construía un nido. Esperaba que cuando llegara el invierno no perdiera su hogar, en cierto modo éramos iguales, ambos construimos un nido con la esperanza de sentirnos seguros, pero la llegada de la nieve y los fuertes vientos acabaría con esa seguridad, yo estaba viviendo mi propio invierno, aunque para los demás, apenas comenzara el verano; cuando me calmé, decidí que era hora de regresar a casa.



Cuando entré escuché voces que provenían de la cocina, deposité las cajas que llevaba en el piso, supe enseguida que se trataba de mi madre, me alegró saber que estaba ahí, estaban tan enfrascadas en su conversación que no se dieron cuenta de mi presencia.

—Ya no sé qué hacer, Claire, estoy desesperada —decía Sara a mi madre sonando derrotada, me detuve, pensé que se refería a mí y la comprendía, yo mismo me sentía agotado, pero sus siguientes palabras me pusieron en alerta—. Ese hombre me acosa todo el tiempo, me da miedo

quedarme sola en el salón de clase porque pienso que en cualquier momento va a entrar e intentar sobrepasarse conmigo, se aprovecha de su posición de vicerrector y se cree el dueño del lugar —mi esposa sonaba realmente desesperada y eso hizo que me sintiera aún peor, cómo era que mi niña bonita estaba pasando por algo tan malo sin que yo lo supiera.

—Sara, tienes que denunciarlo —escuché que decía mi madre.

—Si lo hago me van a despedir y ahora no puedo perder mi empleo, el tratamiento de Erik es costoso y aunque el seguro cubre gran parte, nosotros tenemos que pagar algo también —cómo odiaba todo esto, mi esposa tenía que aguantar el acoso de un degenerado solo por mí, me giré y en silencio salí de nuevo, me subí en mi moto y conduje hasta la escuela donde trabajaba mi esposa, la ira hervía en mi interior, veía todo rojo, quería matar al desgraciado que se atrevió a tocarla.

Al llegar entré dispuesto a partirle la cara, pregunté por él en la recepción y la recepcionista muy amable me señaló su oficina, fui directo hacia ella y entré sin llamar, el hombre se sobresaltó, pero rápidamente recuperó la compostura y adquirió una pose arrogante.

—¿Se puede saber quién es usted y por qué entra de esa forma a mi oficina?

—Soy el esposo de Sara —le dije y sin más estampé mi puño en su cara, me sentía débil, aún así, golpeé con la suficiente fuerza para derribarlo, me acerqué y lo tomé del cuello para levantarlo y de nuevo lo golpeé, estaba descargando toda mi rabia en ese sujeto.

—¿Qué está pasando aquí? —escuché que preguntaba una voz a mi espalda, me giré para ver una mujer mayor de pie en la puerta con una mirada reprobatoria.

—No lo sé madre, este hombre entró y me atacó —respondió el mal nacido poniéndose de pie mientras se llevaba la mano a su nariz que sangraba.

—Su hijo ha estado acosando a mi esposa y la amenaza con despedirla si no accede a sus porquerías —solté con toda la ira que sentía, quería seguir golpeándolo, pero no podía hacerlo frente a su madre.

—¿Frederick? —preguntó, dirigiendo la mirada a su hijo, él iba a responderle cuando una voz se adelantó.

—Es cierto, yo he sido testigo de su acoso, desde que llegó se fijó en Sara y la persigue a todos lados, no importa que ella le haya dejado claro en

varias ocasiones que está casada y no quiere nada con él —todos nos giramos para ver a una mujer que apareció en ese momento.

—Me decepcionas, pensé que habías cambiado —dijo la mujer mirándolo con decepción.

—Mamá, yo...

—¡Silencio! —gritó y luego me miró—. Señor, lamento mucho lo ocurrido, Sara es una de mis mejores maestras, sus alumnos la quieren y la respetan, le aseguro que tomaré medidas y si ustedes deciden comenzar alguna acción penal están en todo su derecho.

—Se lo agradezco, señora, lo único que quiero es que se mantenga alejado de mi esposa, sino, le prometo que lo mataré —me fui sintiéndome más tranquilo, al menos mi esposa ya no tendría problemas.

Ya en la calle sentí que desfallecía, pero obligué a mi cuerpo a moverse, no sabía si sería capaz de llegar en la moto, pero no la podía dejar, así que conduje despacio rogando para no chocar, suspiré aliviado cuando por fin estuve en casa nuevamente.



Capítulo Veintiuno

Claire y yo nos encontrábamos en la mesa tomando un café cuando Erik entró hecho una furia, pasó por nuestro lado sin siquiera mirarnos y se encerró en la habitación, me puse de pie y comencé a seguirlo, pero ella me lo impidió.

—Déjame hablar con él por favor.

—Pero es que...

—Sara, todo estará bien, solo déjame ir a ver qué pasa —asentí y me quedé ahí viendo mientras ella abría la puerta y entraba, no la cerró así que me acerqué lentamente queriendo escuchar lo que iba a decirle, me asomé un poco y lo vi sentado en la cama sosteniéndose la cabeza con las manos mientras apoyaba los codos en sus rodillas—. Erik, cariño ¿está todo bien? —esperé para ver qué le respondería, pero entonces él se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—¿Que si está todo bien?, no, mamá, no está nada bien, estoy cansado, maldita sea, estoy tan cansado —nunca lo había visto actuar de esa forma, Erik siempre estaba calmado, eso solo me hizo ver que la situación lo estaba sobrepasando.

—Por favor, habla conmigo, dime qué pasa —imploraba Claire.

—Pasa que me despidieron de mi trabajo porque consideran que soy un riesgo para la compañía, pasa que llego a mi casa y me entero que un desgraciado acosa a mi esposa y ella simplemente lo soporta por mí, ¿qué más podría pasarme?, dímelo mamá, dime qué más —tapé mi boca con la mano para evitar el sollozo que estaba a punto de salir—. Ya ni siquiera sé si vale la pena seguir luchando —dijo mientras se sentaba en el piso y lloraba; Claire se acercó y lo abrazó y eso fue todo, entré corriendo y me arrodillé a su lado, cuando ella me vio se alejó y me permitió rodearlo con mis brazos, apoyó su cabeza en mi pecho y los tres lloramos.



Durante los meses siguientes, nuestra vida seguía de mal en peor, el dinero se estaba acabando, nadie quería contratar a Erik y cada día su salud se deterioraba más, un día tuvimos que vender su querida moto, él aparentó no importarle, pero en el fondo sabía cuánto le costaba desprenderse de ella, tres meses después nos encontrábamos en su sesión de quimioterapia cuando el médico fue a buscarme.

—Sara, me gustaría hablar contigo, ¿puedes acompañarme a mi consultorio?

—claro, doctor, no hay problema —besé a mi esposo en la frente y lo dejé recostado en el sillón conectado a la bolsa del medicamento mientras seguía al doctor por un pasillo hasta su consultorio. Cuando entramos se sentó detrás de su escritorio y me hizo un gesto para que tomara asiento frente a él.

—Verás, Sara, te pedí que vinieras porque quiero tratar un tema muy importante contigo.

—Claro, doctor —hizo un silencio que me pareció eterno, al final dejó salir un suspiro y continuó hablando.

—Lamento decirte que el tratamiento no está funcionando.

—¿Cómo que no está funcionando?, usted dijo que era lo que se hacía en estos casos.

—Sé lo que dije, pero también les dije que este tipo de cáncer es difícil de tratar y en el caso de Erik no ha habido ningún cambio.

—¿Me está diciendo que todo esto ha sido para nada? —estaba levantando la voz, pero no me importaba—. Él ha soportado todo esto por nada.

—Cálmate, por favor.

—¿Cómo quiere que me calme?, mi esposo está sufriendo y usted me dice que no hay solución.

—Tal vez haya una —eso llamó mi atención y de nuevo me enfoqué en él.

—¿Cuál, doctor?, dígame qué puedo hacer, lo que sea —pregunté desesperada

—No es seguro que vaya a funcionar.

—No importa, me voy a aferrar a cualquier esperanza de salvarlo.

—Bueno, pues el asunto es así, en un hospital de Boston están desarrollando un nuevo tratamiento experimental con muy buenos resultados.

—¿Y qué tengo que hacer? —me miró un momento dudando, finalmente me respondió.

—El problema es el costo, este tratamiento resulta muy costoso.

—¿De cuánto estamos hablando? —él sabía que no contábamos con mucho dinero.

—Son ciento cincuenta mil dólares —sentí que mi alma caía a mis pies, esa era una suma imposible para nosotros.

—Es demasiado —dije en un susurro.

—Lamento mucho no poder hacer nada más, ustedes no cuentan con un seguro médico, por ello deben correr con todos los gastos.

—Entiendo, pero no se preocupe, lo voy a conseguir —hablé decidida y así era, estaba dispuesta a hacer lo que fuera por mi amor.

Salí de ahí y caminé despacio de regreso con mi corazón roto, la vida era tan injusta, traté de no llorar, no quería que Erik me viera llorando y se preocupara, lo vi sentado esperándome y cuando nuestras miradas se cruzaron me sonrió, estaba delgado y muy pálido, sus hermosos ojos habían perdido el brillo, sin embargo, no abandonaba su fortaleza, lo amé más por eso, porque a pesar de todo seguía siento fuerte.

—¿Dónde estabas, mi niña bonita? —me preguntó en cuanto llegué a su lado, me senté y besé su mejilla.

—Fui a firmar unos documentos —le mentí, no iba a permitir que

tuviera más cargas.

—Debería ser yo quien cuide de ti y no al contrario —me dijo besando mi mano.

—Llevas casi seis años cuidándome y estoy segura que cuando mejores lo seguirás haciendo —sonrió y se acercó para besarme.

Cuando llegamos a casa lo acompañé a la habitación, aparté las mantas para que se recostara y luego lo cubrí con ellas, lo besé y salí nuevamente, me senté en el sofá y dejé salir las lágrimas que estaba conteniendo, era tanto el dolor que sentía en ese momento; mi esposo era un hombre joven y con ganas de vivir, pero la vida se le estaba escapando poco a poco, miré a mi alrededor pensando cómo iba a conseguir el dinero que necesitábamos, no teníamos nada de valor, el apartamento donde vivíamos era rentado, los muebles eran sencillos y no valían mucho. Estaba desesperada y sin salida, entonces una idea vino a mi mente, no era muy seguro que lo consiguiera, pero en ese momento era mi única opción, me limpié las lágrimas y regresé a la habitación.

—¿Está todo bien? —me preguntó cuándo me vio entrar.

—Claro que sí, mi amor, solo venía a avisarte que voy a salir a comprar comida, ¿está bien si te quedas solo un rato? —de nuevo le estaba mintiendo, pero me consolaba saber que lo estaba haciendo por su bien.

—Claro, mi niña bonita, no te preocupes.

—Te amo —le dije después de besarlo.

—Yo te amo más —dijo con una sonrisa, lucía agotado, cerró sus ojos y el sueño lo venció, besé su frente y caminé despacio para no hacer ruido.

Salí del apartamento rumbo a la parada del metro, tenía una meta que cumplir, solo esperaba contar con suerte, veinte minutos después me encontraba de pie frente al edificio donde estaban las oficinas de mi padre, saludé al portero y me dirigí a los ascensores, presioné el botón del piso quince y esperé los pocos minutos que tardó en llegar a su destino; aunque en mi nerviosismo me parecieron horas, por fin las puertas se abrieron dando paso a un amplio recibidor, decorado con tonos blancos y plata, con un estilo muy moderno, tomé aire y caminé hasta el escritorio de Nancy, su secretaria.

—Señorita Sara, qué gusto verla de nuevo —me saludó como siempre

con una amable sonrisa, ella era una mujer de treinta y cinco años bastante atractiva y una personalidad muy agradable, me sorprendió que me llamara señorita y no señora, pero imaginé que mi padre nunca le había dicho a nadie que estaba casada, sería demasiada vergüenza confesar que su hija se casó con un hombre humilde.

—Buenas tardes, Nancy, a mí también me alegra verte, ¿podrías preguntarle a mi padre si me puede recibir?

—Por supuesto, ahora mismo está solo en su oficina y no tiene reuniones pendientes, seguramente no tendrá ningún problema en recibirla — me dijo tomando el teléfono, la escuché cuando le mencionó que era yo quien necesitaba verlo y también vi el gesto de desconcierto, mi corazón se desinfló cuando pensé que se había negado, pero volví a recuperar la confianza un minuto después.

—Claro, señor, yo le digo —dijo y colgó—, verá, señorita, el señor se encuentra ocupado y dice que la atenderá cuando se desocupe —habló pareciendo avergonzada.

—Te agradezco mucho, voy a sentarme ahí a esperar —señalé un sofá que se encontraba a un costado, luego me encaminé hasta él y me senté, frente a mí había un gran espejo y por un momento me dediqué a observarme, mi ropa era sencilla, nadie que me viera pensaría que alguna vez pertencí al círculo social de Thomas Williams, y menos, que era su hija, vestía un simple pantalón negro, un suéter azul y zapatos muy bajos, mi cabello largo estaba recogido en una trenza suelta y no usaba nada de maquillaje.

Tres horas pasaron y me encontraba sentada en el mismo lugar, Nancy muy amablemente me había ofrecido café, agua y varias cosas más que ya no recordaba, sabía que mi padre lo estaba haciendo a propósito, para demostrarme que estaba por encima de mí, que yo no era importante. Estaba a punto de darme por vencida cuando escuché el teléfono, su secretaria contestó y luego me hizo un asentimiento, me levanté y sequé el sudor de mis manos en mi pantalón, caminé despacio hasta la puerta de su oficina y entré sin llamar, cerré de nuevo y me dispuse a enfrentarlo.

—Buenas tardes, padre —saludé tratando de sonar lo más segura posible.

—Ve al grano que no tengo tiempo que perder —no me extrañó que no me devolviera el saludo y menos que no me invitara a sentarme.

—Lamento mucho molestarte, pero...

—¿Si lo lamentas tanto para qué me molestas entonces? —me interrumpió antes de que pudiera terminar.

—Solo vine para pedirte un favor —mis manos comenzaron a temblar, me crucé de brazos intentado que no notara mi nerviosismo.

—¿Un favor, dices?, ¿no te habrá dejado el bueno para nada y querrás que te reciba de vuelta?, eso no va a pasar, tú te fuiste...

—No se trata de eso —esta vez fui yo quien lo interrumpió.

—Entonces deja de dar vueltas y habla para que desaparezcas de mi vista —estaba comenzando a arrepentirme de haber ido, pero tuve que recordarme que lo hacía por Erik y no importaba cuántas humillaciones recibiera si con eso conseguía la ayuda que necesitábamos.

—Vine para pedirte un préstamo —su risa me hizo sentir tonta e ingenua.

—¿Un préstamo?, ¿y cómo se supone que me vas a pagar?, ¿acaso lo hará el don nadie con quien te casaste?

—Papá, por favor, ten compasión, Erik está muy enfermo, necesitamos el dinero para un tratamiento, si quieres puedo trabajar aquí para pagarte, puedo limpiar los baños, los pisos, lo que sea.

—La respuesta es no, por mi ese zarrapastroso se puede morir, no me importa —escucharlo hablar así del hombre que amaba y que significaba todo para mí me enfureció y en ese momento sentí que se rompía el último eslabón de la cadena que me unía a él.

—Eres un miserable —me lanzó una mirada fría, era la primera vez que le hablaba de esa forma, pero no me importaba, simplemente dejé salir años de dolor y malos tratos—, quédate con tu maldito dinero y espero que te sea útil cuando te estés pudriendo en el infierno —me giré para salir cuando lo escuché decir mi nombre.

—Sara —me detuve, pero seguí dándole la espalda—, nunca te he querido porque no eres mi hija —sus palabras cayeron sobre mí como un balde de agua fría, permanecí en silencio y escuché cómo relataba toda su historia—. Cuando me casé con tu madre ella estaba embarazada, yo trabajaba como asistente en una prestigiosa firma de abogados, ansiaba escalar y por eso me gané la confianza del principal accionista, la oportunidad me llegó cuando un día él me propuso convertirme en socio a cambio de casarme con su hija descarriada, que se había embarazado de alguno de los muchos hombres con los que se acostaba cuando salía de fiesta y se emborrachaba; como te

imaginarás no podía dejar pasar la oportunidad, cargar el resto de mi vida con la hija de una puta y algún drogadicto cualquiera, era un precio que estaba dispuesto a pagar por conseguir lo que quería y ya ves, valió la pena, cuando el viejo murió, yo me quedé con todo, fue el mejor negocio de mi vida —el dolor de sus palabras me estaba ahogando, pero me obligué a tragar y girarme para mirarlo.

—Gracias por decírmelo, eso hace que me sienta menos culpable por despreciarte —dije con toda la frialdad de la que fui capaz.

Salí de ese lugar donde me sentía asfixiada, caminé rápidamente y al doblar la esquina me apoyé en la pared y me permití llorar, lloré por Erik y la maldita enfermedad que me lo estaba quitando, lloré por mí, por todos esos años que aguanté humillaciones de un hombre que creí que era mi padre, lloré mientras caminaba, mientras iba en el metro, mientras regresaba a casa, pero al llegar a la puerta, limpié mi cara y de nuevo me puse la máscara de fortaleza, había llorado suficiente, ahora era momento de seguir adelante, y ser esa fuerza que mi esposo necesitaba.



Al día siguiente me encontraba en mi escritorio revisando los exámenes de mis alumnos, me encantaba ser maestra, pero lamentaba que mi trabajo no fuera suficiente para pagar el tratamiento de mi esposo, tenía que buscar uno donde me pagaran más, pero ¿dónde?

—¿Sara? —levanté la cabeza para ver a Caroline, por su mirada supe que llevaba un tiempo hablándome, no era la primera vez que por estar distraída no le prestaba atención.

—Lo siento, estoy algo despistada.

—Ya me di cuenta, llevo rato llamándote, ¿sigues preocupada por lo de Morrison?, si es por eso no tienes que preocuparte, fue despedido y según escuché la rectora amenazó con denunciarlo ella misma.

—Sí, lo sé, ella habló conmigo, pero no es por eso que estoy preocupada.

—¿Tienes algún problema?

—No, bueno sí, es algo personal.

—Entiendo, si puedo ayudarte, por favor dímelo.

—La única forma que me puedas ayudar es dándome otro empleo con un mejor sueldo —dije en tono de broma, pero ella me miró seria.

—Bueno, pues... —miró para todos lados antes de volverse hacia mí —, tal vez sí pueda ayudarte.

—¿En serio?, no sabes cuánto te lo agradecería.

—Solo te advierto que no es un empleo del todo normal.

—¿A qué te refieres con que no es del todo normal? Pregunté con algo de sospecha.

—Verás —dijo acercando una silla para sentarse—, mi primo tiene un bar, a veces, cuando estoy corta de dinero suelo trabajar allí.

—¿Qué clase de bar?

—No es prostitución si lo estás pensando, claro que si algún cliente te lo propone y quieres ganarte un dinero extra no hay problema, pero puedes simplemente ser mesera, las propinas son muy buenas —me imaginé un lugar oscuro y lleno de borrachos y enseguida sentí que se revolvían mis entrañas.

—Lo siento, pero no, yo prefiero otro tipo de trabajo.

—Como quieras, pero si cambias de opinión, me avisas.

Esa misma noche mientras miraba a Erik dormir, pensando que el tiempo se nos estaba acabando, tomé una decisión, nunca nada sería suficiente si eso servía para ayudarlo, salí de la habitación para hacer una llamada.

—Caroline, soy Sara —supe que me estaba arriesgando, pero estaba desesperada—, acepto que me ayudes con el empleo.

—Bien, te veo en dos horas en el bar de mi primo —me dio la dirección y colgué, ahora mi problema era cómo salir de casa sin que mi esposo se diera cuenta, caminé despacio hasta la puerta y vi que no se había movido de su posición, con suerte dormiría varias horas mientras yo hablaba con el primo de Caroline. Ya solucionaría después lo de salir en las noches, tal vez inventara que daría clases de música particulares o algo, busqué alguna ropa que resultara adecuada para ir a ese sitio, pero me di cuenta que todo lo que tenía era demasiado cubierto, por fin encontré una falda que quedaba más arriba de mis rodillas y una blusa sin mangas, eso tenía que servir, me vestí, recogí mi cabello y me puse maquillaje, busqué unos zapatos

altos y estaba lista, me miré al espejo y sentí una opresión en mi pecho; por un momento me vi como una prostituta, pero Caroline me había dicho que solo serviría mesas y eso me tranquilizó, tomé mi bolso y estaba a punto de salir cuando la voz de Erik me paralizó.

—¿Sara?, ¿qué haces vestida así? —mi corazón latía rápidamente, ¿qué iba a decirle?, me quedé de espaldas un momento mientras encontraba las fuerzas para enfrentarlo, por fin me giré y lo encontré mirándome con tristeza.

—Erik, yo... —mi garganta se cerró y las palabras no me salían.

—Respóndeme, ¿a dónde vas a esta hora vestida así y toda maquillada? —ahora sonaba molesto.

—Déjame explicarte.

—Sí, estoy esperando que me lo expliques y ni se te ocurra mentirme.

—Yo solo... solo —bajé la mirada avergonzada—, quería conseguir más dinero.

—¿Por qué? —esa pregunta era de la que estaba huyendo, no le había dicho lo del tratamiento. Levanté la cabeza y lo miré, sus ojos estaban fijos en mí, como si trataran de escudriñar mi alma y entonces supe que nunca podría mentirle—. El doctor habló conmigo —dije limpiando mis lágrimas—, el tratamiento no está funcionando —lo vi tragar saliva, pero se mantuvo impassible.

—Entiendo —fue todo lo que dijo.

—No, no, tú no entiendes —me acerqué para abrazarlo y se apartó, eso me dolió aún más, él nunca me había rechazado—, hay otra esperanza, un tratamiento experimental, el problema es el costo, necesitamos mucho dinero.

—Entonces por eso tú decidiste vestirte como una mujer de la calle y salir durante la noche —habló con los puños apretados,

—Solo quería encontrar una solución, por favor entiéndelo.

—¡Maldita sea, Sara! —gritó alejándose de mí y llevándose las manos a la cabeza—, prefiero estar muerto a que tengas que prostituirte para salvarme.

—No, yo no, no iba a hacer eso —traté de explicarle, pero por primera vez en el tiempo que estábamos juntos lo vi enojado conmigo.

—Odio todo esto, no sabes lo que tengo que hacer cada día para no derrumbarme, quiero ser fuerte, te juro que quiero serlo, pero a veces todo me supera.

—Erik —dije llorando, se paró en seco y caminó hasta mi lado, me

rodeó con sus brazos y me apretó muy fuerte.

—No lo hagas, mi niña bonita, tú ya me has dado todo, entiéndelo.

—Por favor, no me pidas que me quede de brazos cruzados mientras tu vida se nos escapa de las manos —hablé con la cara enterrada en su pecho y mojándolo con mi llanto.

—Nunca nadie ha hecho tanto por mí como tú, no pienses que te quedas de brazos cruzados, toda mi fortaleza radica en ti, mírame —me dijo alejándose y levantando mi barbilla con su mano—, tú me lo diste todo, todo, no te guardaste nada para ti.

Juntó nuestros labios y me besó apasionadamente, lo abracé queriendo mantenerlo siempre conmigo, que nada lo apartara de mí, un rato después me llevó de la mano hasta la habitación donde comenzó a desnudarme, buscó un pañuelo y limpió el maquillaje, finalmente soltó mi cabello y pasó sus dedos por él.

—Siempre serás lo más hermoso que he visto en mi vida —dijo besándome una vez más mientras me llevaba a la cama.



Capítulo Veintidós

El médico había decidido suspender el tratamiento de quimioterapia, de todas formas, este no estaba funcionando, así que no tenía sentido seguir con él, aún no conseguíamos el dinero para el nuevo tratamiento, pero seguía intentándolo. Parecía que todas mis esperanzas estaban perdidas, pero esa mañana de nuevo el sol brilló, Sara se había ido a su trabajo y yo me encontraba sentado en la sala buscando en el ordenador por una forma de conseguir un crédito, mi cuerpo ya no estaba funcionando bien, cada día me sentía más agotado, escuché que llamaban a la puerta, deposité el ordenador a un lado y fui a abrir.

—Hey, hermano —saludó Jack con su eterna sonrisa.

—Amigo, qué bueno verte, pasa por favor, ¿quieres tomar algo? —me alegraba ver a mi amigo, él siempre lograba subir mi ánimo.

—Te lo agradezco, pero solo vine un momento, quería hablar de algo contigo.

—Tú dirás —dije haciendo señas para que se sentara.

—Erik, yo sé que necesitan un dinero para un nuevo tratamiento, hablé

con Sara y ella me lo contó.

—Así es, estoy intentando conseguir un crédito —dije apuntando al ordenador.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —no comprendí su pregunta, Jack era mi mejor amigo, pero eso no quería decir que le iba a cargar todos mis problemas.

—No sé, no se me ocurrió, de todos modos ¿para qué iba a decírtelo?

—No seas imbécil, pues para que yo pudiera darte el dinero —me quedé viéndolo, sin saber si había escuchado bien, él tampoco era rico y no creía que tuviera esa cantidad de dinero.

—¿Y de dónde lo ibas a sacar tú? —pregunté confundido.

—Del préstamo de mi padre —su respuesta me desarmó, sabía lo importante que era tener su propio negocio siempre habló de eso, desde que estábamos en la universidad y escucharlo ahora decir que lo iba a sacrificar por mí, me dejó sin palabras.

—¿Estás loco, Jack?, ese es el dinero de tu negocio —mientras hablaba, negaba con la cabeza, no podía permitir que hiciera eso.

—¿Crees que me importa un puto negocio cuando tú necesitas el dinero para algo más importante? —hasta ese momento no había comprendido dónde llegaba realmente la lealtad de mi amigo, mi hermano, eso era Jack para mí, mis ojos comenzaron a picar por los deseos que tenía de llorar.

—No, yo no puedo aceptarlo —dije bajando la cabeza, nunca podría agradecerle lo suficiente por su apoyo, nunca encontraría las palabras adecuadas para hacerle saber lo que su gesto significaba para mí.

—Escúchame bien, Erik, tú eres mi hermano y no voy a dejarte solo, cuando te recuperes veremos qué hacer con el negocio, pero por ahora tienes que curarte, por tu esposa y por tu madre, piensa en ellas.

—Gracias, Jack, yo no sé qué más decirte —dije abrazándolo sin poder contener las lágrimas.

—No me digas nada, tú harías lo mismo por mí.

Sin embargo, la esperanza había llegado un poco tarde, unos días después viajamos a Boston para comenzar el tratamiento, lamentablemente luego de una serie de exámenes los médicos decidieron que no era un candidato adecuado para este, ya que mi cáncer estaba muy avanzado, mi esposa y mi madre lloraron desconsoladas, pero por alguna razón me sentía tranquilo.

Regresamos a casa y el médico decidió recetarme medicamentos para controlar el dolor, a pesar de todo no tenía miedo y quería que ellas tampoco lo tuvieran. Un domingo muy temprano le pedí a Sara que me llevara a la colina, fuimos en taxi y al llegar, ella me ayudó a subir, poniendo mis brazos sobre sus hombros, mi cuerpo seguía deteriorándose y a veces perdía la fuerza, cuando por fin estábamos en la cima respiré el aire puro.

—Sentémonos debajo del árbol —dije y de nuevo ella me ayudó a llegar a él, una vez allí nos sentamos y apoyó su cabeza en mi hombro, cerré los ojos y dejé que la paz del lugar me envolviera, de pronto una idea vino a mi mente y comprendí que, aunque yo no estuviera, nunca la dejaría sola, sintiéndome más tranquilo abrí los ojos y me perdí en el horizonte—. ¿Es bonito mirar el horizonte verdad? —pregunté un momento después.

—Así es —me respondió, pero supe que me estaba mirando a mí y no a donde yo le indicaba.

—Ni siquiera estás prestando atención —le reproché con una sonrisa.

—Eso es porque justo en este momento estoy mirando mi propio horizonte —dijo besando mi mejilla.

—Entonces vas a tener que prometerme algo, mi niña bonita —dije girándome para mirarla a los ojos, sonrió como hacía siempre que la llamaba de esa forma.

—¿Qué es lo que deseas que te prometa? —preguntó.

—Prométeme que aprenderás a ver más allá del horizonte, siempre hay algo más allá —mientras decía aquello, acaricié su mejilla, me observó durante un momento y sin decirme nada más, volvió la cabeza para ver lo mismo que yo estaba viendo unos minutos atrás y entonces respondió.

—Lo que tú no comprendes es que para mí no existe nada más.

Permanecimos en silencio durante un tiempo, solo escuchando el canto de los pájaros y viendo las pequeñas flores del prado mecerse con el viento, en ese instante, comprendí dónde radicaba la verdadera belleza de la vida, en las cosas simples como el dulce olor de las flores, o en el canto arrullador de los pájaros, comprendí también que esta era tan efímera que no nos dábamos cuenta de ella hasta que se nos escapaba de las manos.



Capítulo Veintitrés

Estábamos dormidos y de pronto los gritos de Erik me despertaron, me levanté sobresaltada y lo vi retorcerse en la cama mientras su brazo sostenía su estómago.

—Erik, mi amor —me puse de rodillas rápidamente y traté de ayudarlo.

—Me duele, me duele mucho —verlo retorciéndose de dolor me partía el alma y hubiese hecho cualquier cosa para evitarlo.

—Tranquilo, cariño, voy a llamar a emergencias —tomé el teléfono y rápidamente marqué el número, le dije a la operadora lo que estaba pasando y luego de darle la dirección, colgué, tomé a Erik y recosté su cabeza en mis piernas mientras trataba de calmarlo—. Todo estará bien, mi amor, todo estará bien —decía más para tratar de convencerme a mí misma, unos minutos después se escuchó la ambulancia y corrí a abrir la puerta, los paramédicos entraron y luego de ponerlo en la camilla lo sacaron del apartamento, yo apenas si alcancé a ponerme una bata sobre mi pijama y los seguí, todo el camino hasta el hospital pedía a quien fuera que quisiera escucharme desde el cielo, que no me lo quitara, que no se llevaran mi razón de vivir.

Lo ingresaron y me informaron que llamarían al doctor Jones quien era el que llevaba su caso, mientras tanto, llamé a Claire y a Jack y me senté en la sala de espera, lloraba desconsolada sin saber que más hacer.

—Sara —Jack apareció corriendo—. ¿Qué fue lo que pasó?

—Se despertó gritando con mucho dolor, Jack, yo no sé qué voy a hacer sin mi Erik —dije en medio del llanto y del dolor que me estaba consumiendo.

—Tranquila, todo va a estar bien —respondió abrazándome, un rato más tarde llegaron Claire y Anne, ambas lloraban abrazadas.

—Buenas noches —dijo el doctor Jones acercándose a nosotros.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en cuanto lo vi, el hombre nos miró a cada uno con un gesto de pesar y supe que no diría nada bueno.

—Tuvimos que sedarlo, lamentablemente llegamos el punto que temíamos, la morfina ya no está haciendo efecto y sus demás órganos están fallando.

—¿Entonces? —preguntó Claire—, dígame doctor, ¿se pondrá bien mi hijo?

—Lo siento, quisiera decirles otra cosa, pero en este punto no voy a mentirles, el tiempo se está acabando, su corazón puede detenerse en cualquier momento —esas palabras destruyeron mi alma, el tiempo, el temido tiempo que no daba tregua, me lo estaba quitando, se estaba llevando mi vida, tapé mi boca mientras lloraba sintiéndome impotente. Un rato después en el que no había parado de llorar, Jack llamó mi atención.

—¿Sara, quieres que te lleve a casa para que te cambies de ropa? —lo miré confundida y luego me miré, había olvidado por completo que seguía con mi pijama.

—No, no puedo, Erik, mi Erik —dije sintiendo que si me iba no lo vería de nuevo.

—Escúchame, él te va a esperar —dijo poniéndose en cuchillas frente a mí—, él estará bien hasta que regreses, te lo prometo —miré a todos lados sin saber exactamente qué buscaba y finalmente asentí.

Cuando llegamos, Jack me dijo que esperaría en el auto, cosa que agradecí pues en ese momento no quería que nadie invadiera el espacio que compartía con mi amado.

Abrí la puerta y sentí que el vacío me golpeaba, sin saber qué más hacer me apoyé en la pared tratando de recuperar el aire que sentía que me faltaba, pero comprendí que lo que realmente me faltaba era él, Erik era mi aire, nunca pensé que se pudiera sentir un dolor tan grande, era como si desgarraran mis entrañas. Un momento después tomé fuerzas y comencé a caminar por el lugar donde habíamos sido tan felices los últimos seis años, me dirigí a la sala y pasé mi mano por el respaldo del sillón, recordé las veces que nos sentamos ahí a ver alguna película romántica, él las odiaba pero igual siempre las veía conmigo, mientras me hacía bromas sobre lo llorona que era en alguna escena triste, luego simplemente me abrazaba y me decía que amaba mi sensibilidad; seguí mi recorrido hasta el comedor, acaricié la superficie lisa de la mesa, ahí pasábamos mucho tiempo, mientras comíamos me escuchaba atentamente cuando le contaba historias sobre las travesuras de mis alumnos, como si le estuviera hablando de un tema de vital importancia. Miré hacia la cocina y vi el delantal de corazones, con una sonrisa triste recordé unos meses atrás el día de mi cumpleaños, aquella mañana lo vi entrar a la habitación llevando una bandeja con el desayuno, traía puesto solo unos bóxer y encima mi delantal y una rosa en su boca, era capaz de hacer cualquier cosa solo por verme feliz, limpié mis lágrimas, y caminé hasta la habitación, recorrí cada rincón de esta, él estaba por todas partes, me acerqué a la mesa de noche y tomé la foto de nuestra boda, me recosté en la cama abrazada a ella, su almohada aún conservaba su olor, mi olor favorito en el mundo, ese que quería que se quedara grabado para siempre.

No supe cuando tiempo estuve llorando hasta que recordé que Jack me esperaba, así que me levanté y fui a buscar ropa para cambiarme, al abrir el armario, de nuevo estaba Erik, sus camisas se encontraban colgadas en perchas, casi todas de colores blanco o negro, eran sus preferidos, pasé la mano por ellas y entonces tomé su favorita para ponérmela, me llegaba hasta la mitad de mis piernas, luego busqué unos jeans y una chaqueta, caminé a la salida y antes de cerrar la puerta di una última mirada deseando con todas mis fuerzas que mi esposo regresara conmigo a ese lugar para continuar nuestra vida feliz.

Al llegar al hospital, Claire nos informó que aún no tenía noticias, así que esperamos, solo esperamos, Anne la convenció y se la llevó a dar una

vuelta, mientras tanto, Jack y yo permanecemos sentados uno al lado del otro sin decir nada.

—Sara —ambos levantamos la cabeza y ahí de pie estaba Leah, nunca pensé que la vería de nuevo, seguía tan hermosa como siempre, solo que ahora tenía un añadido, su abultado vientre; sin poder evitarlo, sentí una punzada de envidia—, ¿puedo hablar contigo? —Miré a Jack y este se puso de pie.

—Voy a la cafetería, ¿quieres que te traiga algo? —negué y se alejó, noté que al pasar por el lado de Leah ni siquiera la miró. Ella se sentó en el asiento que él acababa de dejar libre.

—Creo que sigo sin caerle bien —dijo haciendo un gesto hacia Jack quien se perdía en el pasillo, asentí sin saber qué más decir—. Me enteré de lo que está pasando con Erik, lo lamento mucho —hablaba mirándose las manos, era como si fuera otra persona quien estuviera ahí, y no Leah, la arrogante, la que no le importaba nadie más que ella misma.

—Te lo agradezco —en ese momento no tenía muchas ganas de hablar con nadie, nos quedamos en silencio un momento hasta que por fin decidí romperlo—. Te felicito —dije señalando su enorme vientre.

—Gracias —respondió, su mano voló a este y comenzó a acariciarlo.

—Mi... Thomas debe de estar feliz —casi dije mi padre, pero al final cambié de idea, después de todo, él no era realmente quien me engendró. A pesar de todo, me alegraba por ellos.

—Lo estaba, hasta que nos dimos cuenta de que es una niña —de nuevo se hizo el silencio y pensé que de verdad existía el karma, Thomas Williams que siempre añoró tener un hijo varón y solo tenía niñas, sí, eso seguro se debía a la justicia divina—, nos estamos divorciando.

—Lo lamento, supongo —Hablé sin pensar mucho en si mis palabras la molestarían, la vi sonreír y por primera vez me pareció amable.

—Yo no, ese hombre es un bastardo sin sentimientos, era demasiado estúpida y creía que casarme con él me daría poder, supongo que recuerdas cómo era.

—Lo recuerdo —dije haciendo referencia al día que me lanzó el helado.

—Lo lamento por eso, era una niña consentida que creía que se lo merecía todo, ¿pero sabes qué?, ahora entiendo por qué Erik te escogió a ti, ustedes se aman de una forma que yo nunca podría comprender, tal vez muchos no lo hagan.

—De verdad has cambiado.

—Lo hice, tuve que aprender y no de la mejor forma —su tono denotaba lo difícil que había sido su vida al lado de Thomas, por primera vez la comprendía, sabía lo que era estar bajo su yugo y sentirse minimizada, un momento después se puso de pie—. Debo irme, yo solo quería que supieras que lamento mucho todo lo que está pasando y que espero que todo salga bien.

—Gracias Leah, gracias por venir —dijo sinceramente.

La vi caminar alejándose y me di cuenta de cómo a veces la vida nos obliga a cambiar a base de golpes, ahí estaba, la mujer altiva y orgullosa.

—Sara, Erik despertó y quiere verte —aparté mi mirada de Leah para ver al doctor Jones acercándose, me levanté rápidamente y lo seguí hasta la habitación de mi esposo. Abrí la puerta y me quedé ahí un momento observándolo, había perdido tanto peso que se veían sus huesos y su piel estaba tan pálida que casi parecía translúcida, solo pasaron cinco meses desde que diagnosticaron su cáncer, cinco meses en que la enfermedad no nos dio tregua, cinco meses en que cada día rogué por un milagro. En ese momento giró su cara y me vio ahí de pie.

—Mi niña bonita —me dijo con una sonrisa, sus ojos siempre tan expresivos estaban apagados, la luz ya no brillaba en ellos.

—Hola, mi amor —caminé hasta situarme al lado de la cama y me incliné para darle un suave beso, luego apoyé mi frente en la suya, tomó mi mano y me aferré a ella como si de esa forma pudiera mantenerlo siempre conmigo.

—Mírame — abrí los ojos y me separé un poco para mirarlo—, no estés triste, sabes que no soporto verte llorar.

—Lo siento —dijo limpiando mis lágrimas.

—Eres lo mejor que me ha pasado —acarició mi rostro y limpió mis lágrimas con sus dedos—, no pensaré si nuestro tiempo juntos fue mucho o poco, simplemente en que fue la época más feliz de mi vida, cada momento contigo fue un regalo y me hiciste tantos.

—Tú también eres lo mejor que me ha pasado y me seguirá pasando, por favor no me hables como si te estuvieras despidiendo.

—No, claro que no mi amor, no me estoy despidiendo, porque, aunque no esté presente me quedaré aquí siempre —dijo poniendo su mano en mi pecho donde mi corazón latía desbocado—, y donde quiera que vaya te estaré

esperando, porque estoy seguro que la muerte no es el fin; mientras tanto prométeme que vivirás por los dos, que buscarás la felicidad cada día.

—Por favor no digas eso, tú no vas a morir, te pondrás bien, tendremos ese bebé que tanto soñábamos —dije llorando con más fuerza, las lágrimas caían empapando la sábana y vi que de sus ojos también comenzaban a brotar lágrimas que descendían hasta su almohada.

—Vas a estar bien, eres más fuerte de lo que tú misma crees, mi niña bonita, tú siempre fuiste mi fortaleza, solo recuerda la promesa que me hiciste en la colina —recordé aquel día y la promesa.

—No la olvidaré, te prometo que aprenderé a ver más allá del horizonte, aunque no entienda realmente eso que significa.

—No te preocupes, mi amor, cuando llegue el momento lo entenderás. Siempre habrá algo más de lo que nuestro corazón percibe y nuestros ojos ven.

—Mi amado Erik, ¿cómo viviré sin ti? —mi voz se escuchaba tan rota como me sentía yo en ese momento, totalmente rota.

—Lo harás, mi amor, yo sé que lo harás —sus ojos estaban fijos en los míos, cuando iba a hablar de nuevo, se atragantó y comenzó a toser, enseguida me alarmé.

—Tranquilo, mi amor, voy a llamar al médico —me estaba girando para ir a la puerta cuando me tomo del brazo y negó.

—Por favor, cuida de mi madre, ahora eres todo lo que le queda.

—La voy a cuidar, te lo prometo, ella nunca estará sola.

—Lo sé, siempre te tendrá a ti.

—Te amo, Erik, te amaré siempre —mientras hablaba, acariciaba su rostro, levantó su mano y la puso sobre la mía manteniéndola en su cara.

—Y yo a ti, mi amor, me voy feliz porque tuve la suerte de haberte conocido y que me amaras como me has amado, nunca pude conocer un amor más grande.

Me incliné para besarlo mientras llenaba su rostro con lágrimas que se mezclaban con las suyas, me devolvió el beso y cuando me aparté, una sonrisa se dibujó en sus labios, en ese momento mi amado Erik cerró los ojos para no abrirlos nunca más, me abracé a su cuerpo y lloré, lloré hasta que mis lágrimas se agotaron y entonces lloré con mi corazón y con mi alma.



Más Allá del Horizonte.

¿De verdad había algo más allá? Durante mucho tiempo esa pregunta rondó por mi mente, hasta que un día por fin comprendí su significado y supe que Erik tenía razón, me encontraba en la colina recostada en el manzano observando la lejanía, se acercaba el otoño, el viento soplaba fuerte haciendo que las flores del árbol cayeran como copos de nieve que se marchitaban en el prado, esto me hizo pensar si así sería la muerte; un soplo que se lleva tu alma para que se marchite en algún prado lejano, el lugar feliz de mi amado seguía conservando la belleza que quitaba el aliento, sin embargo eso no lograba aliviar el dolor que sentía, fui allí buscando sentirme cerca de él, pero seguía sintiendo el vacío que me dejó su partida, sí, partida, nunca diría la palabra muerte para referirme a él, porque mi amado Erik viviría en mi corazón para siempre.

Miré al cielo imaginando que estaría en algún lugar observándome y recordé su promesa de que me esperaría donde quiera que fuera.

—Espérame mi amor, cuando sea el momento, nuestros corazones volverán a estar juntos —dije al infinito segura de que así sería, pues como me dijo antes de irse, los grandes amores no terminan con la muerte. Me levanté y caminé de regreso, cuando llegué, me sorprendió ver a Jack apoyado en su auto, en cuanto me vio, sonrió.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté extrañada.

—Vine a buscarte —dijo levantando los hombros, como si el hecho de que estuviera allí fuera lo más normal del mundo.

—¿Cómo sabías donde encontrarme?

—Erik me lo dijo —lo miré sin comprender cómo podría Erik habérselo dicho—, antes de irse quiero decir —agregó al ver mi confusión,

noté que él tampoco utilizó la palabra muerte—. Me dijo que si en algún momento te sentías perdida vendrías aquí, quería asegurarme de que estabas bien, le prometí a mi amigo que te cuidaría, sé que este tiempo ha sido difícil para ti, para todos lo ha sido, pero ahora tienes a alguien que te necesita, él te necesita —él, sí, él era el motivo por el que me levantaba cada día, desde que había llegado a mi vida lo había cambiado todo.

—Tienes razón, gracias por venir —le dije agradecida por que se preocupara.

—Ya sabes que eres como mi hermana pequeña y no podía dejarte sola en este momento —sus palabras me hicieron sentir un poco mejor, yo también lo veía como ese hermano que nunca tuve, era paradójico cómo Erik había traído a mí personas que siempre me hicieron falta; Claire, quien me trataba como si fuera mi propia madre y Jack, ese hermano que siempre quise, y así de esa forma mi amado no solo llenó mi corazón con su amor, sino que llenó cada espacio que mi vida tenía vacío.

—Es bueno que estés aquí.

—Siempre que lo necesites —respondió con una sonrisa.



EPÍLOGO

—Hola, mi amor—saludé pasando la mano por la fría lápida donde estaba grabado su nombre mientras depositaba una flor blanca sobre ella, *Erik Scott, Agosto de 1984 – Junio de 2013*, mi esposo amado, habían pasado tres años desde su partida y todavía el dolor no se iba, tal vez no se fuera nunca, pero había aprendido a vivir con él, especialmente porque tenía una razón para hacerlo, giré para mirar a mi hijo quien jugaba tranquilamente con su carrito, él era una pequeña copia de su padre, en ese momento recordé cómo descubrí que estaba embarazada.

Un mes después de la muerte de mi esposo me sentía demasiado sola y vacía, al punto de pensar que no tenía sentido seguir viviendo, caminé hasta el cuarto de baño y del botiquín saqué un frasco de pastillas que usaba para dormir, regresé a la habitación y me senté en la cama, todo me recordaba a él, cada rincón de ese lugar donde fuimos tan felices y a la vez donde fui tan desdichada cuando me fue arrebatado, no quería una vida donde no estuviera Erik, él era mi mundo, mi horizonte. Tomé una bocanada de aire y abrí el frasco vaciando todo su contenido en mi mano, serví un vaso de agua y me dispuse a cumplir con mi cometido, justo en el momento que me llevaba las pastillas a la boca, un fuerte viento que entró por la ventana derribó el portarretratos que descansaba en la mesa de noche donde estaba la única foto que teníamos de nuestra boda, esa que tomó

aquel fotógrafo que encontramos en el parque, me levanté rápidamente para tomarla dejando caer las pastillas al piso, al levantarlo, el vidrio estaba roto, así que con cuidado retiré la fotografía y la abracé mientras lloraba, tal vez por alguna razón Erik quería que viviera, era la única explicación que encontré en ese momento, lloré durante horas sentada en el piso con la espalda apoyada en la cama y aferrándome a mi pequeño tesoro, no sabía cómo podría seguir adelante, no entendía por qué quería que lo hiciera.

Una semana después descubrí que estaba embarazada, tuve que luchar con el cúmulo de sensaciones que me embargaron en ese momento, felicidad por saber que una parte de mi amor crecía dentro de mí y dolor por saber que él nunca vería cumplido su sueño de ser padre.

Y ahí estaba ahora, tres años después, regresando al lugar que más dolor me causaba, pero sabía que era algo que tenía que hacer.

—Lamento haber tardado tanto en regresar —hablé de nuevo a la fría superficie —pero no encontraba el valor para hacerlo, sin embargo, creo que llegó el momento de que conozcas a alguien —tomé a mi pequeño en brazos y lo acerqué a la tumba—. Mira, su nombre es Erik, igual que tú, también se parece mucho a ti, incluso en su carácter —besé a mi hijo en la frente mientras lo estrechaba en mis brazos y una lágrima corría por mi mejilla, tragué para pasar el nudo que tenía en la garganta y poder seguir hablando—, él no pudo conocerte pero te prometo que le hablaré de ti siempre, sabrá que tuvo como padre al mejor hombre del mundo —mi pequeño se removió queriendo que lo bajara y cuando lo deposité en el piso se acercó curioso a la lápida donde había una figura de un ángel, las lágrimas corrían ahora bañando mi rostro, mientras lo observaba en su inocencia fascinado con esta—. Te extraño mi amor, no sé cómo voy a hacerlo sin ti, es tan difícil levantarse cada día y seguir viviendo mientras tú no estás, pero lo estoy intentado y te prometo que lo seguiré haciendo, lucharé por hacerlo bien, lo haré por ti, porque sé que es lo que hubieras querido —seguí hablándole y contándole todo lo que había pasado, imaginando que de nuevo estábamos en nuestro comedor y él me escuchaba atentamente—. ¿Sabes?, mi padre, o el hombre que siempre consideré mi padre murió hace un año de un infarto, extrañamente gran parte de su fortuna quedó en mis manos, a veces pienso que se debe estar revolcando en su tumba —dije con una triste sonrisa—, al principio no quería

ese dinero, pero luego se me ocurrió que podría ser de ayuda, así que creé una fundación que se dedica a ayudar a personas con enfermedades como la tuya y de tu madre, me pregunto si habrías tenido una oportunidad de haber contado con la ayuda adecuada, lamentablemente eso es algo que nunca sabremos —limpié de nuevo mi cara—, al menos puedo ayudar a otros en tu nombre, la Fundación Una Esperanza para Erik acoge a muchas personas que no tienen recursos para pagar los costosos tratamientos, tu madre tomó la decisión de vivir ahí, ahora tiene nuevos amigos, el pequeño Erik y yo la visitamos a diario y ella se queda con nosotros los fines de semana, la estoy cuidando como te prometí, puedes estar tranquilo, ella nunca estará sola.

Estuve un rato más dejando salir todo el dolor que tenía guardado, hasta que decidí que era momento de dejarlo ir.

—Es hora de irme, pero volveré pronto, te amo, siempre te amaré —después de lanzarle un beso me puse de pie, una parte de mi corazón se había ido con él y sabía que nunca la iba a recuperar, sin embargo, la otra parte estaba justo a mi lado sosteniéndome con su pequeña mano, me incliné para tomarlo en brazos y cuando lo hice, rodeó mi cuello con sus bracitos y depositó un beso en mi mejilla, sonreí y lo besé de vuelta.

—¿Papá está en el cielo? —preguntó dirigiendo la mirada hacia el inmenso azul.

—Así es, mi amor, desde ahí nos cuida.

Comencé a caminar alejándome de la tumba, con la mirada puesta en el horizonte, pero teniendo la certeza que siempre habría algo más allá.

Desde el cielo, un ángel los observaba con una sonrisa pintada en su rostro, seguro de que llegado el momento volvería a reunirse con su amada. “Su niña bonita”.

FIN



NOTA DE LA AUTORA



Debo confesar que nunca me gustaron las historias que no tuvieran un final feliz, sin embargo, en el momento en que pensé en esta me sorprendí a mí misma cuando incluso antes de comenzar a escribir supe cómo iba a terminar. Fue así como inició, por el final, ¿y es que quién dijo que las grandes historias de amor son aquellas que terminan con un “y vivieron felices por siempre”?, sinceramente hoy creo que los grandes amores son aquellos que viven incluso más allá de la muerte.

De la muerte al amor.

Throuh Death To Love, Dante Gabriel Rossetti (1828-1882)

Al igual que las manos arduas, las nubes débiles huyen
De los vientos que arrasan el invierno de las aéreas colinas,
Como multiformes e interminables esferas
Que inundan la noche en una súbita marea;
Terrores de ígneas lenguas, de articulado mar.
Incluso entonces, en algún sombrío cristal de nuestro aliento,
Nuestros corazones evocan la imagen salvaje de la muerte,
Sombras y abismos que bordean la eternidad.

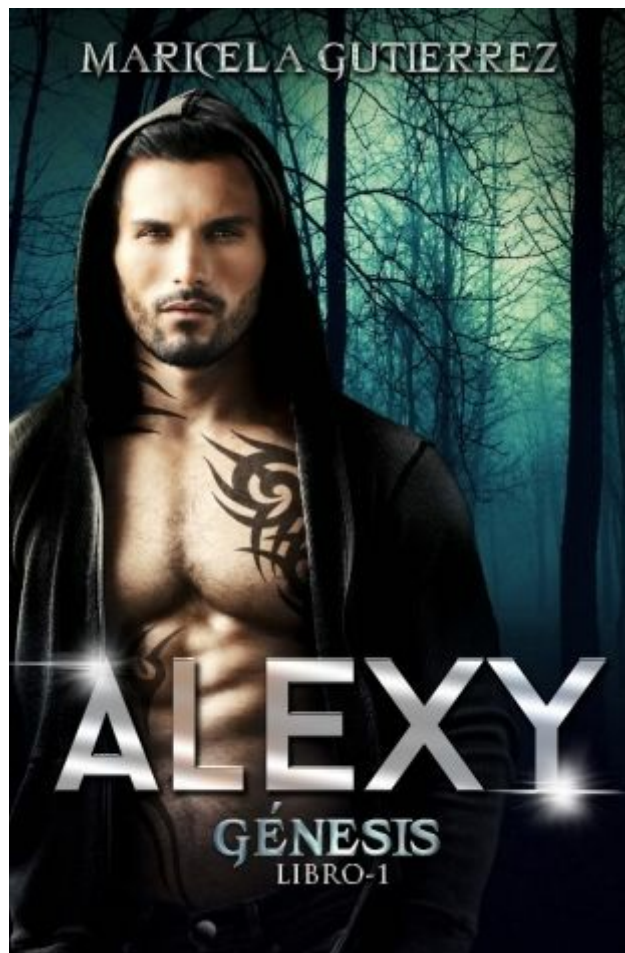
Sin embargo, junto a la inminente sombra de la muerte
Se alza un poder, que se agita en el ave o fluye en la corriente,
Dulce al deslizarse, encantador al volar.
Dime, mi amor. ¿Qué ángel cuyo señor es el amor, agitando la mano en la
puerta, o en el umbral donde yacen las trémulas alas, posee la esencia
flamígera que tienes tú?

Queridos lectoras y lectores:

Quiero compartir con ustedes un pequeño adelanto de lo que será mi próxima historia, espero que sea de su agrado.

Alexy

Libro 1 de la serie Génesis



Capítulo Uno

Alexy

Biertan, Rumania 1504

—Mira madre, puedo volar —gritaba mientras corría por el campo agitando los brazos, ella solo me miraba, sonreía y seguía trabajando en sus flores, amaba las rosas que tenía en su jardín, eran de un color rojo intenso que parecía brillar a la luz de la luna llena, vivíamos en una pequeña cabaña de madera, apartados de la gente del pueblo, me había prohibido que me acercara y sabía que allí no éramos bienvenidos porque las personas pensaban que había algo malo con nosotros, a mis diez años no entendía muy bien por qué, pero igual obedecía, tampoco entendía por qué solo podíamos salir durante la noche, hasta que un día de tanto insistirle me permitió salir en el día, fue tal mi decepción cuando comprobé los motivos, que nunca más quise hacerlo; a la luz del sol mis ojos se nublaban totalmente y lo único que veía era sombras blancas, le pregunté por qué pasaba eso y ella con una sonrisa triste respondió que estábamos malditos, que por ello no se nos permitía ver el sol, cuando dijo nosotros, pensé que se refería solo a ella y a mí; además, me resultaba confuso eso de ser maldito, la palabra no tenía ningún significado para mí, pero un tiempo después comprendí que no se trataba solo de los dos, sino que había más que eran iguales.

Dejé de correr y me acerqué para ayudarla con sus flores, besó mi cabeza y con mucha delicadeza comenzó a cortar algunas y a ponerlas en una canasta, siempre hacía eso para adornar la casa, de pronto el ambiente cambió, un viento muy frío comenzó a soplar, mi madre se puso nerviosa, como si presintiera que algo malo iba a pasar.

—Alexy, entra a la casa, ahora.

—¿Qué pasa madre?

—No preguntes, corre —enseguida obedecí y corrí a la casa con mi madre siguiéndome, las flores quedaron olvidadas en algún lugar. Cuando estuvimos dentro, puso seguro a la puerta y nos llevó a un rincón, hizo que me acurrucara y ella se acomodó a mi lado mientras me abrazaba, la escuché

hablar en un lenguaje que me resultaba desconocido, era como si estuviera haciendo una especie de oración, entonces el caos se desató, un fuerte ruido se escuchó y la puerta explotó en mil pedazos, por ella apareció una figura siniestra, vestido todo de negro, con su cabello largo que se agitaba con el viento, pero lo que más me impresionó fue ver que sus pies no tocaban el piso, estaba levitando, una risa malvada salió de sus labios y sus ojos brillantes tenían un color rojo, estaba aterrado mientras me aferraba más a mi madre.

—¿Madre quién es él?

—Shhh, tranquilo mi niño, no tengas miedo —me dijo y siguió su letanía de palabras.

—Tus oraciones no te ayudarán, Lenuta —escuché el extraño decir el nombre de mi madre, ella lo ignoró y siguió orando, de pronto un fuerte ventarrón comenzó a tirar todas las cosas de la casa, los platos caían de sus estantes y la mesa y sillas volaban por todos lados, la madera crujía como si se fuera a derrumbar en cualquier momento, mientras tanto, yo solo podía observar todo preso del pánico, miré hacia la entrada y vi la figura que se acercaba rápidamente a nosotros, sus pies seguían sin tocar el piso, era más bien como si volara, cuando llegó a nuestro lado, tomó a mi madre del cabello apartándola de mí, ella lanzó un grito de terror y supe que tenía tanto miedo como yo.

—Madre, no, déjala —me miró enseñándome unos largos dientes y pronto me di cuenta que las manos con las que sostenía a mi madre se habían convertido en garras, lloraba tratando de llegar a él, pero era apenas un niño y era más fuerte que yo. Sin siquiera moverse, me lanzó contra una de las paredes.

—Por favor, no le hagas daño a mi niño —pedía ella en medio del llanto, la criatura soltó una fuerte risotada que parecía salida del mismo infierno.

—Eres tonta, Lenuta, ¿pensaste que te esconderías de mí?

—Déjanos tranquilos —le gritó ella

—Vas a pagar el haberme desafiado, ¿ves niño? —dijo dirigiéndose a mí—. Mira y aprende lo que hago con los traidores.

—No le hagas daño, él también es tu hijo —escuché que dijo mi madre, ¿su hijo?, yo era hijo del monstruo, nunca había conocido a mi padre, ella nunca lo mencionó, saber que esa criatura espeluznante era mi padre, me dio más miedo aún.

—¿Y crees que eso me importa y me disuadirá de matarlo también?, no

tengo corazón y lo sabes.

—Maldito, te pudrirás en el infierno —las carcajadas resonaron en todo el lugar.

—¿Te olvidas que ahí vivo? —tomé fuerzas y me levanté para tratar de ayudarla, él la seguía sosteniendo de su cabello mientras la levantaba en el aire, cuando estuve cerca, me lancé a su espalda, traté de morderlo y arañarlo —. Pobre chico, no eres más que un molesto mosquito del que me puedo deshacer cuando quiera —de pronto se giró con una rapidez que me sorprendió y clavó sus largas garras en mi estómago, caí al suelo mientras escuchaba a mi madre gritar.

—No, mi niño, no —me obligué a mantener los ojos abiertos, pero hubiese deseado no hacerlo, el monstruo me lanzó una sonrisa y con un solo zarpazo cortó la cabeza de la mujer que más amaba en el mundo; quien me había dado la vida y había cuidado con todo el amor, su cuerpo sin vida cayó a un lado mientras borbotones de sangre que se mezclaban con la mía, inundaban el piso. Su cabeza quedó cerca de mí con los ojos abiertos, parecía como si me estuviese mirando, las lágrimas mojaban mi rostro y me quedé ahí esperando la muerte que me llevaría con ella.

San Francisco, Estados Unidos, junio de 2016

Abrí los ojos y miré al techo, no era una pesadilla, nosotros no las teníamos, era el maldito recuerdo que se reproducía una y otra vez, aparté las sábanas, me levanté de la cama y caminé desnudo hasta la ventana, afuera el cielo seguía oscuro, miré hacia el invernadero iluminado por luces artificiales, era lo único que tenía para recordar a mi madre, allí tenía plantadas cientos de rosas rojas, sus favoritas, busqué el reloj y eran las nueve de la noche, *hora de ponerme en marcha*, pensé. Me di un baño y luego busqué en mi armario unos pantalones de cuero y una camiseta negra, me puse mis botas de combate y recogí mi largo cabello en una trenza, al salir de la casa me encontré con Balaur, mi perro rottweiler echado al lado de la puerta, lo tenía desde que era un cachorro, lo encontré vagando por las calles, muriendo de hambre y decidí llevarlo conmigo, desde entonces éramos compañeros inseparables, acaricié su cabeza y me dirigí a mi moto, me subí y conduje hasta el club, vivía en una casa alejada de la ciudad, una vieja construcción del siglo XIX rodeada por un alto muro de piedra que la hacía lucir como una fortaleza, cosa que me gustaba

pues me ayudaba a no tener vecinos indeseados, hoy sería un día más para buscar a Razvan, llevaba siglos planeando mi venganza, pero el hijo de puta era bastante escurridizo, aunque eso no me importaba, si tenía que ir al infierno por él lo haría.

Llegué unos minutos después, El Club era nuestro lugar de encuentro, lo habíamos fundado varios años atrás, Tarek, Marcus y yo éramos un equipo, los tres perseguíamos la misma meta, la muerte de Razvan, la venganza por habernos robado todo, decidimos que este sitio sería una buena idea para pasar desapercibidos, le di el nombre de la rosa por mi madre, “no es que este sitio de perdición le hiciera mucha justicia”. Caminé en medio de borrachos y mujeres a medio vestir quienes se apartaban a mi paso, si hubiese sido creyente tal vez me habría sentido como ese tipo, el tal Moisés quien apartó las aguas del mar para hacer pasar un montón de gente, llegué hasta la mesa donde nos sentábamos siempre y ellos ya me esperaban, la gente sabía que éramos peligrosos, así que nadie osaba acercarse a nosotros a menos que buscara la muerte.

—¿Qué tenemos para hoy? —pregunté sentándome, Tarek me miró con su eterna sonrisa, mientras que Marcus apenas si levantó la cabeza, no solía hablar mucho y nosotros preferíamos dejarlo solo, no queríamos despertar su ira, a veces no la controlaba y no queríamos mierda esparciéndose por todos lados, si no fuera por las pocas veces que lo habíamos escuchado hablar, habríamos jurado que era mudo.

—Raven está de cacería, espero que nos tenga algo más tarde —respondió Tarek dando un trago a su whisky, aún no entendía por qué seguía tomando esa basura, no era como si se pudiera emborrachar o algo.

—Bien, vamos a esperar entonces —iba a decir algo más, pero lo olvidé en cuanto levanté la cabeza y me topé con un pequeño ángel, ella brillaba en medio de la oscuridad, caminaba detrás de Cassy, una de las mujeres que trabajaban en el bar, reí para mis adentros de lo contradictoria que resultaba la situación, un ángel en una guarida de demonios, parecía un conejo asustado, ¿si supiera la pobre dónde se había metido?



AGRADECIMIENTOS

Como siempre primero a Dios, quien me mostró el camino que debía seguir, además me regaló la imaginación y la capacidad de crear una nueva historia.

A mi esposo, quien siempre me apoya y anima a no darme por vencida y seguir luchado por alcanzar mis metas.

Mi hija, la razón de mi vida, por quien hago todo, espero que algún día cuando sea grande, pueda leer mis libros y sentirse orgullosa de mí.

Mi familia, quienes nunca han dejado de creer en mí, quienes con su entusiasmo me enseñan que vale la pena perseguir mis sueños sin importar cuán locos estos sean; mis hermanas, Odis, por el tiempo que dedicó a darle los toques mágicos a esta novela, por ese entusiasmo que me contagia siempre; Mariana, por emocionarse por cada uno de mis triunfos por pequeños que sean; Cenery, quien me animó a arriesgarme y hacerlo diferente, mis tres mosqueteras no saben lo feliz que me siento de ser el D'Artagnan de nuestra historia.

A mis queridas amigas del Club secreto, China Yanly y Rotze Mardini, gracias chicas por su apoyo, por las palabras de ánimo y por creer en esta historia, las amo locamente.

Cecilia Pérez, por el apoyo y el ánimo que siempre me das, gracias por la confianza y por creer que puedo ir más allá.

Y finalmente un agradecimiento muy especial a quienes leen mis libros y con sus palabras me demuestran que, aunque me falte un largo trayecto por recorrer, me encuentro en el camino correcto.



Maricela Gutiérrez Bonilla, nació en Trujillo, un pequeño pueblo ubicado al norte del departamento del Valle, Colombia, a los ocho años se mudó con su familia a la ciudad de Cali, donde vivió la mayor parte de su vida, estudió una carrera técnica en Administración y Finanzas y después de casarse, se trasladó a Ecuador, donde reside actualmente con su esposo y su hija.

Desarrolló su amor por la literatura desde muy niña, pasando por diferentes géneros, pero no fue hasta que llegó a sus manos *María*, una novela publicada en 1867 por el escritor Vallecaucano Jorge Isaacs, que descubrió su pasión por la novela romántica, a partir de ese momento se convirtió en una ávida lectora de este género, escribió algunos relatos cortos que nunca pensó en publicar, hasta que decidió darle vida a una historia de esas que tanto le gustan, *Abre Tus Alas*, su primer libro que se convirtió en un sueño que se propuso cumplir y con él espera que una larga cadena de sueños lo siga.